

Ezequiel Solana



VIDA Y
Fortuna
O ARTE DE BIEN VIVIR

EDITORIAL ESCUELA ESPAÑOLA. MADRID

HESPERIA
LIBROS HISPANICOS
ZARAGOZA
ESPAÑA

DG
COM

T. 1382144

C.

Obra aprobada
por la
Autoridad Eclesiástica
y por el
Consejo Nacional de Educación
para su empleo
en las
Escuelas de Enseñanza Primaria,
Nacionales y Privadas

ES PROPIEDAD

15.^a edición

EZEQUIEL SOLANA

VIDA Y *Fortuna*

o Arte de Bien Vivir

PAGINAS DEDICADAS A LOS ALUMNOS DE LAS ESCUELAS
PRIMARIAS, Y MUY ESPECIALMENTE A LOS DE ADULTOS



EDITORIAL ESCUELA ESPAÑOLA
HIJOS DE EZEQUIEL SOLANA - MAYOR, 4 - MADRID

Y A DIVA

NIHIL OBSTAT: D. ABILIO RUIZ VAL-
DIVIELSO, *Censor*.—11 de febrero de 1949.
IMPRIMATUR † CASIMIRO, *Obispo Au-*
xiliar y Vic. Gen.

0 177066

A QUIEN LEYERE

El «Arte de bien vivir» debe enseñarse en la escuela con no menos afán que el arte de leer. Sólo que no constituye una materia aislada, cuyos principios y preceptos deban enseñarse separados de los demás. Son ideas, son virtudes que se avienen con todas las enseñanzas, porque son como la sal, que, aplicada a los alimentos, los sazona y purifica.

Para vivir bien, es decir, para atender como se debe a la salud del cuerpo y a la salvación del alma con la mayor fruición para la vida, conviene poseer prudentes medios de fortuna. Estos medios se alcanzan principalmente con el trabajo y la economía, y a ellos hemos de referirnos con especialidad en estas páginas.

La economía no es un instinto natural; es una idea nacida de la experiencia, del ejemplo, de las mismas necesidades de la vida. Es también una consecuencia de la educación y el estudio. Sólo cuando los hombres son cultos y prudentes se hacen previsores y frugales. De ahí que un medio de hacer a los hombres económicos es hacerlos sanamente instruidos.

El salvaje devora en el día cuanto tiene y cuanto puede: no piensa en lo porvenir, no conoce la previsión. El hombre culto debe aprovechar el sobrante de los tiempos de abundancia para no carecer de nada cuando lleguen los de escasez. Gasta lo necesario hoy, sin dejar de preocuparte del mañana.

Esa que llamamos ciencia del ahorro es comprensible para

el niño desde su más tierna edad, como lo son las primeras nociones de la personalidad y la propiedad, que es por donde frecuentemente suele despuntar la inteligencia. Cuando todavía no han aparecido las pasiones, cuando nada hay que temer de la avaricia, que Dios ha hecho antipática a niños y jóvenes, se presenta, naturalmente, ocasión de hacer comprender cuánto importa saber usar bien del dinero; de preferir el ahorro al gasto inútil, y demostrar claramente que, sin aquél, ni los gastos más útiles son posibles.

Las ideas de laboriosidad y de ahorro han de presidir, aunque sea indirectamente, en todas las enseñanzas, porque el trabajo, no sólo es una necesidad, sino una fuente de salud y bienestar; y el ahorro, no es solamente medio de tener dinero, sino de hacerse ordenado y previsor de subordinar el apetito animal a la razón y a la prudencia, siempre que no se pasen los límites de la virtud y se caiga en los extremos viciosos del egoísmo y la avaricia.

La escuela es el lugar adecuado para que el niño aprenda el «Arte de bien vivir», para que se forme su carácter y se disponga a las luchas por la existencia en que ha de verse envuelto más tarde. Ahora bien; los medios de que ha de valerse el maestro para despertar en los niños las ideas de laboriosidad y previsión han de ser siempre ocasionales, porque estas enseñanzas no tienen libro de texto, y no pueden enseñarse sino como la virtud, haciéndolas practicar.

Dedicadas estas páginas a la lectura de los alumnos de las escuelas primarias y de adultos, hemos procurado variar todo lo posible los ejercicios; hemos intercalado algunas composiciones poéticas para la lectura en verso, y hemos iniciado, en fin, otros ejercicios de recitación, elocución, lectura explicada, cálculo, composición y escritura al dictado, que el maestro puede multiplicar cuando las circunstancias lo aconsejen. Alguien creerá que repetimos y machacamos demasiado, mas no se olvide que la repetición es el alma de la enseñanza.

Noble ha sido nuestro intento; si hemos acertado o no, el público ha de decirlo.

E. SOLANA

Para vosotros, jóvenes

El hombre sensato, el hombre culto, el hombre dueño de sí mismo—se os viene a decir en estas páginas—no malgasta sus energías y sus riquezas en el día de hoy: piensa en el día de mañana. Esta enseñanza fecunda es, sí, una norma práctica; pero no hay verdadera norma práctica de vida que no tenga un fondo moral, que no conduzca nuestra existencia por las vías de la salvación.

¿Podrá decirse que sea «práctico» el hombre que, entregado a la acumulación de bienes materiales, pierde su alma entre ellos? Poco práctico resulta atesorar en la breve duración de una vida humana en la tierra y buscar con ello la perdición para una eternidad.

Pensad en el día de mañana, como quiere este libro, y pronto advertiréis que la vida terrenal es el día de hoy, y la vida eterna, el día de mañana. Poco valor tendrían los pensamientos que queremos imbuíros si no os hicieran ver esto: que el

mañana esplendoroso, al que todos tenemos que aspirar, no puede ser olvidado por nada de este mundo.

Se os aconseja trabajo; se os recomienda economía. Y esto ¿sería sólo para hallarse a cubierto de una contingencia material adversa o difícil? Poco valdría entonces. Se trata de algo más. Se trata de que el hombre que posee virtudes más importantes de las que éstas son una muestra y también un camino. Esto es lo que queremos que comprendáis, jóvenes lectores, cuando se trata de fomentar en vosotros hábitos de trabajo y de economía, que no se trata de ganar la tierra, sino de buscarse un prudente bienestar en la tierra, desarrollando prácticas virtuosas que sirven para ganar el cielo.

¿Todo eso nada más que trabajando y ahorrando?, preguntaréis tal vez. No os diremos que nada más, pero sí que el trabajo y la economía darán indicio de la formación de vuestro carácter y de la recta firmeza de vuestra voluntad.

I.-La vida

1. El saber vivir.—El arte de saber vivir consiste en hacer lo más provechoso para la salud del cuerpo y la salvación del alma, con la mayor paz y alegría.

No sabe vivir quien falta a las reglas de la higiene y pierde la salud; y menos quien no cumple sus deberes morales y cae en las torturas del remordimiento de conciencia, Premio del saber vivir son la salud, el contento, la felicidad.

La felicidad absoluta no es de este mundo: sólo reside en Dios. Pero existe en la vida un reflejo de aquella felicidad, que consiste en el goce de pequeños placeres, producidos, generalmente, por el cumplimiento del deber, por la ejecución de acciones buenas.

Bien es todo aquello que se conforma con la ley moral y puede contribuir directa o indirectamente a la felicidad propia o ajena. Son bienes morales, entre otros, la tranquilidad de conciencia, la satisfacción del bien obrar, el hábito del trabajo, la instrucción y, sobre todo, el amor a Dios y al prójimo.

Mal es toda transgresión del deber, es la negación del bien, que puede proporcionar un dolor y disminuir la felicidad propia o la de nuestros semejantes. Son males morales la ignorancia, la corrupción, la deshonra, el crimen, el remordimiento, la pena: todo lo que nos coloca bajo el nivel de la sociedad moral en que vivimos.

La felicidad no depende tanto de la inteligencia como de la voluntad. Por eso puede ser feliz un hombre desprovisto de instrucción, siempre que sea fiel cumplidor de sus deberes morales, que abrigue sentimientos buenos, que muestre pureza de costumbres.

Tampoco es la riqueza quien da el verdadero sabor de la vida, sino el sencillo bienestar, la conformidad, la modestia, la reflexión, el trato afable, la laboriosidad, el gusto.

Sin embargo, la inteligencia, siempre dilatándose, abre nuevos y placenteros horizontes a la vida, por lo que debemos afanarnos en instruirnos. La pobreza, con su carencia de medios, se priva muchas veces de hacer el bien, por lo cual todo hombre debe firmemente resolverse a no ser pobre.

Buscad primero, dice el Evangelio, el reino de Dios y su justicia, que todo lo demás se os dará por añadidura.

EJEMPLOS

1.º No sabe vivir quien no sabe conservar su salud; porque conservar, asegurar y desarrollar las energías corporales es el primer deber que el hombre tiene para consigo mismo. Así, pues, el que pudiendo evitarlo vive en habitaciones malsanas; el que come con exceso; el que se embriaga; el que no hace el necesario ejercicio físico, no cumple su deber en esta parte.

Pero la mayor falta que puede cometerse, tratándose de la vida, es el atentar contra ella, es el suicidio.

VIDA Y FORTUNA

«El suicidio es un acto de extravío mental, es una perversión de los sentimientos morales, es una cobardía, porque cobardía es atentar contra la vida por no tener valor para soportar las contrariedades inherentes a ella. Pero, además de ser cobarde, el suicida comete un crimen contra sí mismo, contra la sociedad y contra Dios, pues perturba el orden moral, haciendo desaparecer una cosa sobre la que no tiene dominio, y expone su alma a una condenación eterna.



2.º Plinio (*) presenta como modelo del hombre perfecto, física y moralmente, a Spurina, anciano a quien él conoció en todo su vigor y fortaleza.

En su juventud fué valeroso soldado, y por sus méritos se le erigieron estatuas, como defensor heroico de la patria. Se retiró a la vida del campo para librarse de los vicios de los romanos en aquella época, y llegó a edad muy avanzada.

Se levantaba temprano, y desde luego comenzaba alternativamente el paseo y el estudio. Visitaba a los campesinos, entablado con ellos conversación sobre algo que pudiera serles útil. Visitaba a los pobres y a los enfermos; consolaba a los afligidos, y elevaba en horas determinadas sus preces al Cielo.

No tenía una hora sin ocupación señalada. Se entretenía en juegos alegres para distracción de los suyos, y en el juego de pelota para conservar la agilidad del cuerpo y la destreza de sus miembros. Se bañaba con frecuencia; cuidaba de los animales; cultivaba legumbres y flores para el sustento y adorno; daba consejos a los niños, y hasta se cuidaba del cultivo de la voz, con recitaciones de moral y trozos higiénicos.

Plinio refiere la impresión que le produjo la visita a este hombre extraordinario con estas palabras: «Nunca he visto un anciano cuyas costumbres me sirvan mejor de guía si llego a su avanzada edad. Nada más sano y metódico que su vida. Confieso que este orden en un hombre de tantos años y con el cuerpo erecto, la piel clara, los ojos vivos y la inteligencia despejada, atrae mi admiración tanto como cuando contemplo la regularidad con que se mueven los astros.»

En la vida cristiana suelen verse ejemplos semejantes.

(*) Todas las palabras marcadas con asterisco (*) deben consultarse en el Vocabulario que se inserta al final de cada capítulo

3.º Juan y Pedro son dos hombres de la misma edad y de iguales recursos; pero Juan conoce el arte de vivir y Pedro no.

Juan ha escogido para vivir una casa sana, que siempre tiene limpia. Dedicar al paseo y al estudio las horas que le deja libres el trabajo, y no priva a su cuerpo del tiempo que necesita para el descanso. Tiene la mirada viva, el entendimiento despierto.

La naturaleza le ofrece sus encantos; la lectura le permite perfeccionarse en su arte y le ofrece recreos indecibles; la economía le consiente hacer algunos ahorros para la vejez y ejecutar cada día obras dignas que prestan a su conciencia satisfacción y contento.

Pasa alegremente a través de la vida disfrutando de salud, de placer y bienestar, y cuando muera tendrán para él sus deudos agradecidos oraciones y recuerdos.

Pedro vive en una casa mala para ahorrar dinero. Trabaja y gana mucho, pero con desorden. Pronto ha agotado los gozos que proporciona el capital, y siente que la vida es para él vacía y triste.

Los viajes no le causan placer; y como no tiene afición a la lectura, no puede disfrutar de sus encantos. Todo le cansa y hastía. Ha corrido una vida de disipación y desorden; y como ha sido imprevisor, cuando llegue a viejo le aterrorizará el pensar que, consumidos sus recursos y no pudiendo ya trabajar, podría morir de hambre.

Cuestionario—¿En qué consiste el arte de saber vivir? ¿Qué se entiende por bien?—¿Qué se entiende por mal?—¿De qué depende la felicidad?—Precepto evangélico. Ejemplos.

2. La salud.—La salud es uno de los mayores bienes que el hombre puede poseer sobre la tierra. Las riquezas, los honores, la reputación, el poderío, de nada valen al hombre que no disfrute de buena salud: más le sirven de mortificación y pesadumbre que de contento.

Ahora bien; si la salud es tan importante que sin ella de nada sirven los demás bienes terrenos, debemos buscar y poner en práctica todos los medios imaginables de conservarla.

La higiene nos da las reglas convenientes para precavernos de toda clase de enfermedades.

Los pueblos de la antigüedad ponían a la higiene dentro de los dominios de la ley y de la religión. Licurgo* en sus obras y Moisés* en los Libros Sagrados consignaron sabios preceptos higiénicos.

Las reglas de higiene son muy sencillas: reducen-se a adoptar un buen régimen de vida y a tomar ciertas precauciones para conservar la salud.

La higiene no ha menester de drogas ni mejunjes: le bastan aire, sol, agua y ejercicio.

Se recurre al médico para recuperar la salud perdida. Pero la naturaleza es el mejor médico; ella crea, ella conserva, ella cura y hasta corrige las constituciones endebles y enfermizas. El hombre es quien contraría la naturaleza y acorta la vida, ya con su ignorancia y sus descuidos, ya con sus imprudencias y sus vicios.

El niño y el joven deben aprender las reglas de higiene que han dictado la observación y experiencia de muchos hombres sabios y discretos en el transcurso de los siglos; deben practicar estas reglas para convertirlas en hábitos, y así vivirán sanos y podrán alcanzar una vejez tranquila, serena y reposada.

Todas las reglas de higiene pueden reducirse a estos preceptos: respirar siempre aire puro, usar de agua y jabón en abundancia, tomar alimentos sanos sin exceso, hacer todos los días ejercicios al aire libre y moderar toda suerte de apetitos.



Pero así como en el orden físico el ejercicio y el aseo preservan al cuerpo de muchos desarreglos morbosos*, en el orden moral se exige la actividad de la mente en el estudio y la pureza de pensamientos para evitar las enfermedades del alma, como la ociosidad, la envidia, la doblez, la deshonestidad y otras que suelen conducir al hombre a una vejez prematura.



En la vida suelen experimentarse frecuentes contrariedades. Regla de higiene es soportarlas con ecuanimidad* y paciencia, porque el desasosiego, la melancolía y la zozobra fatigan el ánimo, alteran la salud y consumen la vida.

Haced hombres fuertes para mantenerlos sanos; haced hombres sanos, y tendréis mucho adelantado para hacerlos buenos.

Cuestionario. Concepto de la salud—Importancia de la higiene. Las reglas de higiene son muy sencillas; expónganse en resumen.—La higiene en el orden moral.—¿Cómo deben soportarse las contrariedades de la vida?

3. La educación.—Si observamos atentamente las condiciones de la vida, encontraremos que hay un problema esencial en el mundo: hacer mejor al hombre.

Y si estudiamos las condiciones de este problema, sacaremos pronto la consecuencia de que para

resolverlo no hay más que un medio: educar al niño.

La educación suministra todos los elementos necesarios para el completo desarrollo del individuo, y nos da en último resultado los medios para bien vivir. La educación dispone al hombre para el cabal cumplimiento de su destino.

Pero la educación es una obra larga y compleja, que comprende el desarrollo y perfeccionamiento de todas las facultades, y a la que deben ser dirigidos todos los afanes y cuidados de la vida entera. Cada día debemos procurar algo que nos haga mejores que el anterior.

El conocimiento de la vida comprende todos los conocimientos, y, por tanto, el estudio de la vida abraza todos los estudios. Pero lo esencial es conocer las verdaderas necesidades del vivir y los actos humanos que satisfacen estas necesidades. La felicidad se encierra muchas veces en el acto más sencillo.

Hay necesidades en el orden físico y necesidades en el orden moral. Todas son esenciales para la vida, porque el vivir consiste en la buena armonía y relación de estos dos elementos: cuerpo y alma. Pero en estas necesidades se dan distintas categorías.

Las necesidades físicas se refieren a la vida en el orden temporal; las necesidades morales implican una superior nobleza, pues nos apartan de los bienes materiales para elevarnos a la posesión de un bien supremo y eterno, en el que se encierra el fin del hombre.

La educación debe extenderse a todas las facultades del niño; pero la educación moral es la educación por excelencia.

Cuestionario.—Problema esencial que se presenta en el mundo; medio de resolverlo.—Necesidades en el orden físico y en el orden moral.—Nobleza de estas últimas.—Consecuencias.

4. El deber moral.—El cumplimiento del deber nos liga a la humanidad desde que tenemos uso de razón. Todos nos necesitamos en el mundo; todos debemos prestarnos mutua ayuda.

Ese deber es el primero de los vínculos sociales.

Los amos tienen deberes que cumplir respecto a sus criados, como los criados los tienen para con sus amos. Todo hombre en sociedad tiene deberes para con su familia, para con sus vecinos, para con su patria. Pero, en todos debe encontrar el hombre a su vez ayuda y protección.

Desde que el recién nacido es envuelto en sus pañales por la madre, con arrullos y sonrisas, hasta el momento en que una persona piadosa, con honda pena, enjuga el sudor de la frente a un moribundo, el hombre necesita ayudar y ser ayudado, socorrer y ser socorrido.

Romper entre los hombres los lazos del deber, sería precipitar a la sociedad en un abismo; sería conducir a la humanidad a su ruina.

Los deberes sociales se fundan en la simpatía, en la caridad fraterna, el amor. Todos los hombres reunidos constituimos la sociedad, y así cada individuo ha de considerarse como un miembro de ese cuerpo, como una parte de ese todo.

Todos debemos amarnos, porque todos somos hijos de Dios y, por consiguiente, hermanos.

El amor es el principio universal de lo bueno, y la simpatía, el consuelo más dulce que encuentra el hombre para aliviar sus penas.

La benevolencia, la dulzura, el amor que mostremos hacia nuestros semejantes, o que ellos nos



muestren a nosotros, han de ser siempre recompensados, han de producir una grata reciprocidad entre los favorecidos si conservan una sombra de dignidad humana.

La simpatía es el calor suave del hogar, que une con su señora a la sirviente, como une a la mujer con su marido y a los padres con sus hijos. No puede haber felicidad en una casa cuando todos sus individuos no están ligados por los vínculos del afecto y del cariño.

La simpatía vence al más empedernido corazón; desarma la cólera y fortalece el bien. Toda la fuerza humana no basta en ocasiones a vencer un obstáculo, y lo vence la dulzura

Refiérese que habiendo llegado San Juan a una extrema vejez, se hacía conducir por sus discípulos a la Iglesia para predicar a los fieles, y siempre les decía lo mismo:

«Hijitos míos, amaos los unos a los otros.»

Cansados ya, dice San Jerónimo, le preguntaron si no tenía otra cosa que decirles, y contestó:
<Si esto hacéis, no es menester más.>

El amor es uno de los grandes secretos de la vida; es el eslabón que une un corazón a otro corazón, un alma a otra alma. Si queréis ser verdaderamente felices, amaos los unos a los otros.

Cuestionario.—El deber moral es el primero de los vínculos sociales.—Cómo une a todos los hombres.—El fundamento del deber moral se encuentra en la caridad, en el amor.—San Juan resume toda la doctrina en este precepto: Amaos los unos a los otros. Tal es la doctrina del Evangelio.

5. El cumplimiento del deber.—La historia romana muestra un ejemplo, donde se ve a cuánto obliga el cumplimiento del deber.



Cuenta que Régulo* fué enviado a Roma por los cartagineses, siendo prisionero de éstos, con una comisión de notables encargada de pedir la paz. Mas antes se le hizo jurar que volvería a la prisión si la paz no se ajustaba.

Cuando la comisión se presentó en Roma, Régulo expuso a los senadores que venía a pedir la paz en nombre de Cartago; pero que como buen romano debía advertir que esta paz no convenía a los intereses de Roma. La paz no fué ajustada.

Régulo debía volver a su prisión restituyéndose a Cartago.

Los senadores, y hasta el mismo Pontífice (1), sostenían que, habiéndole arrancado el juramento por la fuerza, no estaba obligado a su cumplimiento.

—¿Habéis intentado deshonrarme?—exclamó Régulo—. No ignoro que me espera la muerte; pero ¿qué es esto ante la vergüenza de una acción infame? Esclavo soy de Cartago, pero tengo el corazón de un romano, que jamás faltará al cumplimiento de la fe jurada. Régulo regresó a Cartago y murió en el tormento.

Más que su vida, aprecia el hombre honrado su palabra.

Cuestionario.—¿Quién envió a Régulo a Roma?—¿Con qué objeto?—¿Con qué condiciones?—¿Cuál fué el proceder de Régulo?—¿Qué fin tuvo en Cartago?—¿Qué hubieras hecho tú en el caso de Régulo?—¿Qué hubieras aconsejado a los cartagineses cuando Régulo se restituyó a sus manos?

6. La felicidad.—Una de las cosas que los hombres anhelan con más vehemencia en la vida es la felicidad.

(1) Este Pontífice es anterior a Jesucristo, y no ha de entenderse por el de la Iglesia.

Al logro de la felicidad se subordinan todos los trabajos, todos los afanes, todos los anhelos. Pero cuando más nos empeñamos en conseguirla, más parece que la felicidad se aleja de nosotros.

Y es que la felicidad no está en la riqueza, donde todos la buscamos; ni en el poder y los honores, donde muchos pretendemos encontrarla.

Si ahí estuviera, no podrían disfrutarla los pobres ni los humildes, y nuestro divino Creador ha querido poner la felicidad igualmente al alcance de todos los hombres.

Tan feliz como un rey en su trono puede serlo un pastor en su cabaña y un mártir en el suplicio. Porque la felicidad no es una cosa exterior que debamos perseguir y acosar por el mundo para llegar a poseerla, sino que es una tranquilidad interior, una paz de espíritu, una satisfacción de conciencia que radica dentro de nuestra misma alma. Es feliz quien sinceramente cree serlo.

Tampoco consiste la felicidad en quererla exclusivamente para sí: eso es egoísmo. La propia felicidad sólo se consigue en esta vida obrando el bien, es decir, haciendo de alguna suerte la felicidad de los demás.

Tan imposibilitado está el egoísta de saborear los tranquilos goces de la felicidad, como el ciego de admirar la belleza de los resplandores del sol.

No espere ser feliz quien consume su vida en el trabajo, aspirando solamente con la codicia a la ganancia, y creyendo que en la riqueza ha de encontrar la felicidad. Quien mucho tiene, más desea, pues es bien sabido que nunca están los ricos satisfechos.

La felicidad no está en la grandeza de las cosas, en el vivir opulento, en el comer opíparo, sino en lo más modesto, en lo más humilde: en la verdad,

en la belleza, en la sencillez, en el cariño. Un noble impulso, una palabra afable, una acción magnánima, nos hacen acaso más felices que el oro, los honores y los placeres mundanos.

No espere ser feliz quien sienta remordimientos de alguna mala acción cometida: la felicidad se asienta sobre la justicia.

Puede decirse que la felicidad es como el premio de los servicios prestados al prójimo, la satisfacción del deber moral cumplido, el placer que se siente de haber sido útil de algún modo a los demás.

Nadie puede ser verdaderamente dichoso sin un elevado ideal, sin un alto propósito del vivir, sin un noble proceder en su conducta.

La satisfacción del bien obrar es lo que produce los más puros goces de la vida, pues todos los bienes materiales son frágiles, transitorios, perecederos.

Cuestionario.—¿Qué es lo que los hombres anhelamos con mayor vehemencia?—La felicidad no está en la riqueza. ni en el poder, ni en los honores; ¿dónde está la felicidad?—¿Quién será más feliz: el rico egoísta que esconde sus tesoros, o el pobre generoso que gasta útilmente lo que gana con su trabajo?—¿Cómo podrías tú procurarte la felicidad?

7. ¿Dónde está la felicidad?—Hubo un hombre, no hace mucho, en América, que a fuerza de trabajar llegó a ser multimillonario*. Casa espléndida, ricos trenes, todo cuanto podía apetecer lo poseía. Lo que, a pesar de sus grandes riquezas, no podía conseguir era la felicidad.

Como nada se resistía a sus deseos, frecuentó reuniones y fiestas, teatros y saraos, sin que se viera nunca su corazón satisfecho.

Salió al campo y recorrió llanuras y montañas, desde la fresca arboleda del profundo valle, hasta

la cumbre ingente donde anida el águila. Pero en ninguna parte se pudo considerar verdaderamente dichoso.

Entonces fletó por su cuenta un barco de rápido andar y grandes comodidades, y se dedicó a viajar. Cruzó tierras y mares, visitó las naciones más ricas, las ciudades más bellas, los monumentos más espléndidos y suntuosos. Con honda pena pudo advertir que la felicidad se alejaba más de él cuanto más la perseguía.

Descorazonado, cambió de rumbo y volvió a su país lleno de hastío y de tristeza.

Al desembarcar en la playa se le acercó un pobre impedido implorando su favor, y una mujer, llevando un niño de la mano, que le pedía pan para su hijo. Sintióse movido a compasión y entregó una moneda de oro a cada uno de aquellos pobres.

Estos, al verse así socorridos, se transformaron de súbito, mostrando al bienhechor juntamente su agradecimiento y su alegría.

Y aquel hombre que había recorrido el mundo entero en busca de la felicidad sin encontrarla, de vuelta en su país natal, sintióse por vez primera satisfecho, y exclamó:

—¡Ahora me creo verdaderamente dichoso!... ¡Soy feliz!

No andéis desolados por el mundo buscando la felicidad. La felicidad está dentro de vosotros mismos; la encontraréis en la satisfacción de conciencia; la produce el bien obrar.

Cuestionario.—Hablamos aquí de un multimillonario: ¿qué es lo que tenía?—¿Qué es lo que no podía conseguir? ¿Qué hizo para buscar la dicha?—¿Por dónde anduvo?—¿Cómo y cuándo la encontró?—Supongamos que tú posees medios prudentes de fortuna; ¿qué harías para ser feliz?

8. La patria.—Es el amor el vínculo estrecho que une a los hombre entre sí, y es el principio de la vida.

En el orden de los amores, después del amor a Dios, debe ocupar un lugar preeminente el amor a la patria.

La patria es el lugar donde nacemos, el país en que vivimos, donde se habla la lengua en que pensamos, donde están enterrados nuestros ascendientes y donde probablemente nosotros hemos de morir. ¿Cómo podremos dejar de amarla?



Todos queremos que en nuestro hogar reinen la paz, el cariño, el bienestar, la dicha. La patria es el hogar que comprende todos los hogares de la nación; es el conjunto de todas las familias sujetas a las mismas leyes, y hemos de procurar para ella todo el poder, progreso y libertad de que seamos capaces.

Entendemos aquí por libertad el derecho que tiene todo hombre de pensar, decir y hacer cuanto no se oponga al derecho natural de los demás, ni a las leyes emanadas de la nación en que vive y por ella sancionadas.

La libertad así entendida es sinónima de independencia. Todos debemos aspirar a que nuestra patria sea independiente y, por lo tanto, libre.

Sin libertad no se comprende la patria. Si abrimos la historia, vemos que todos los pueblos, y en todos los tiempos, han sufrido y luchado por la libertad, sosteniendo a veces cruentas guerras en que se han producido multitud de héroes y de mártires.

Los árabes invadieron a España, y durante ocho siglos estuvieron luchando los españoles por su independencia, hasta arrojar a los moros al Africa, de donde habían venido. En la historia no se registra una lucha más larga y más tenaz.

El alzamiento de Pelayo* en Covadonga y la rebelión de Daoiz y Velarde* en Madrid, en el famoso Dos de Mayo, luchando contra las huestes invasoras de Napoleón*, son ejemplos vivos de amor a la libertad de la patria.

La lucha con las armas en la mano es la prueba más viva y eficaz del amor a la patria; y cuando la necesidad lo pida, hemos de dar generosamente por ella nuestra hacienda y nuestra sangre. Este es uno de los deberes más sagrados.

Pero también se ama a la patria con el trabajo honrado de cada uno, con las fecundas iniciativas para engrandecerla, con el enaltecimiento de los varones que más pueden ilustrarla, con la salud, con el estudio, con las virtudes de sus propios hijos, que así pueden darle poder, riqueza y esplendor.

La disciplina, el respeto a las leyes y el trabajo asiduo son la base para el sostenimiento y la prosperidad de la patria.

El que ama verdaderamente a su patria no necesita alardear con palabras de este amor: lo prueba con hechos que públicamente la honran y enaltecen.

El que ama a su patria, no la denigra, no publica sus defectos sino para corregirlos; no ensalza sin motivo lo extranjero, con mengua de lo propio; no



DAOIZ Y VELARDE

consiente que en su presencia se la ultraje, humille o vilipendie.

La bandera es el símbolo de la nacionalidad, y no debemos pasar delante de ella sin descubrirnos, mostrándole en nuestro saludo nuestro homenaje.

En los pliegues de la bandera va envuelto el honor de la nación.

La grandeza de una nación se forma con el trabajo y las virtudes de cada uno de sus ciudadanos.

Cuestionario.—¿Cuál es tu patria?—¿Por qué la amas? ¿Cómo debemos entender la libertad de la patria?—Resumen sucinto de la historia de España.—¿Cuál es el hecho que tú consideras más glorioso en nuestra historia y por qué?—¿El amor a la patria se muestra sólo defendiéndola con las armas? Decir algunos actos pacíficos en que se muestra el amor patrio.

9. Un ejemplo de lealtad.—En la historia de España se encuentran mil ejemplos de bravura, de lealtad, de civismo, que pueden servirnos de estímulo y satisfacción.

Nos limitaremos a recordar aquí el hecho de Guzmán el Bueno* en la defensa de Tarifa. En este insigne patricio puede decirse que está personificado el carácter español.

Alfonso Pérez de Guzmán, llamado después el «Bueno», estaba encargado por el rey de la defensa de Tarifa.

Sitiaban los moros esta plaza, y, a pesar de sus furiosos ataques, no lograban dominarla.

El infante Don Juan, que había cometido la bajeza de unirse a los moros sitiadores, concibió la ruin idea de apoderarse de un tierno niño que Guzmán tenía encomendado a su nodriza, fuera de la plaza.

* Presentáronse los moros al pie de las murallas

conduciendo el infante Don Juan al niño robado. Desde allí hicieron al gobernador la proposición de que les entregara la plaza, amenazándole con matar a su hijo si no accedía.

Pérez de Guzmán contestó que no se rendía, ni entregaba su gente, ni traicionaba a su rey.

Los moros entonces, adelantándose con el niño, se prepararon con crueldad de fieras a consumir el horrendo sacrificio.

Guzmán echó mano al puñal de su cintura, y, valiente a la par que sereno, les increpó diciendo:

—Todo lo sacrificaré por mi patria y por mi honor, que es también el honor de mi hijo. Y si ha de morir él a manos de enemigos, y bajo el puñal de villanos, al menos mátdle con éste, que no está manchado por el deshonor.

Y les tiró el suyo.

No hay muerte más gloriosa que la muerte por la patria.

Cuestionario.—Hacer un resumen de la historia de Guzmán el Bueno en la defensa de Tarifa.—¿Entre qué sentimientos luchaba el corazón de Guzmán?—Pudo entregar la plaza y salvar la vida de su hijo; prefirió perder al hijo por salvar la plaza.—¿En qué está el mérito de la acción?—¿Qué hubieras hecho tú en su caso y por qué razones?

10. La honradez.—Honradez es lo mismo que proceder recto, propio de un hombre de honor y estimación; viene a ser como el exacto cumplimiento del deber, que da en la sociedad buena opinión y fama, adquiridas por la virtud y el mérito.

La honradez, más que una virtud, es un conjunto de virtudes que forman el carácter de la persona, virtudes que se fundan en la ejecución de las buenas acciones en el bien obrar.

El hombre, honrado es inflexible en el cumpli-

miento de sus deberes; es veraz, probo, íntegro, pundonoroso, leal, desinteresado. Se traza una línea de conducta, y no hay manera de desviarle de ella.

• El hombre honrado pone el honor por encima del poder, de la hacienda, de la vida. Y la tranquilidad y satisfacción que esto le produce, sobre dejarlo pagado, le conquista entre los hombres estimación y respeto.

Podrá ser pobre; mas cifra su honor en conformarse con la pobreza. Ejerce un empleo, y cumple con exactitud su cometido, sin distraer un minuto del trabajo que se le encomienda y se le paga. Debe administrar justicia, y no hay recomendación que le incline, ni dinero que le compre, ni soborno o amenaza que le venza.

Claro está que en el mundo no todos los hombres son honrados. Hay muchos pícaros, bellacos y bribones que, por desgracia, para mejor engañar, se disfrazan a menudo de hombres de bien.

• Sin duda quiso Dios que hubiera hombres malos en el mundo para que se destacara mejor el mérito de los buenos, como la noche oscura hace que más brillen y resalten los resplandores del día.

Tú, lector, quienquiera que seas, pon siempre en el honor el ideal de tu conducta. Pero ten presente que el honor es como la nieve: una vez perdida su blancura, no la recobra. Los españoles han sido siempre celosos de su honor. Por eso Calderón de la Barca hace decir, en *El alcalde de Zalamea*, una de sus más célebres comedias, a uno de los personajes:

*Al rey, la hacienda y la vida
se ha de dar; pero el honor
es patrimonio del alma,
y el alma sólo es de Dios.*

Cuestionario.—Exponer en pocas palabras lo que es la honradez.—¿Cómo procede el hombre honrado?—En tu estado y condición, ¿qué harías tú para que en tus actos resplandeciera la honradez?—¿Qué concepto han tenido los españoles del honor?—Citar las palabras de Calderón de la Barca en la comedia *El alcalde de Zalamea*.

Vida honrada

No ambiciono riquezas ni oropeles:
paz y tranquilidad es lo que ansio,
y ser dueño y señor de mi albedrío,
no esclavo del afán que engendra hieles.

Por coronas de mirto o de laureles,
quien persigue el placer o el poderío
trueca en celos, traición, dolor y hastío
benditos goces y cariños fieles.

Para una vida honrada es muy bastante
aire libre, agua pura, sol radiante,
sueño reparador, sobrio alimento;

y, limpios siempre espíritu y conciencia,
rendir a la Verdad la inteligencia,
y al Bien y a la Belleza el sentimiento.

Angel Avilés.*





11. El caballo robado.—En la tribu árabe de Negedeh había un caballo de notable fama, y cuya posesión ambicionaba un beduino* de la tribu próxima. A pesar de las ofertas que le hizo a su dueño, nunca pudo conseguirlo; y así, se propuso recurrir a cualquier medio para lograrlo y poseer el animal.

Disfrazóse un día de mendigo, enlodándose el rostro y cubriéndose de andrajos. Se sentó a la orilla del camino por donde había de pasar el árabe, y en cuanto vió a éste, le rogó muy ahincadamente que le asistiera; pues sentíase enfermo y no podía caminar.

El árabe, caritativo, descabalgó al momento, y le-

vantando del suelo al mendigo le colocó sobre la silla del caballo.

Apenas se vió montado el beduino, picó al caballo, y rompió éste en veloz carrera. Ya a alguna distancia, parándose, dijo el beduino al árabe:

—Ve cómo he resuelto el problema: no me querías vender el caballo por dinero, y ahora me lo llevo de balde.

El árabe contestó:

—Me has robado el caballo; no importa. Alah* lo ha querido: hágase su voluntad. Pero procura que nadie sepa que lo has obtenido de ese modo.

—¿Y por qué?—replicó extrañado el beduino.

—Porque tu acción—dijo el árabe—puede ser imitada por algún otro, y entonces, todo bienhechor vacilaría en ayudar a un mendigo que se encontrase en verdadera necesidad.

El beduino sintióse conmovido por la nobleza del árabe, y, apeándose del caballo, se lo restituyó, pidiéndole mil perdones.

Y desde entonces fueron íntimos amigos.

Obremos siempre en nuestros tratos con lealtad y nobleza, y seremos de todos apreciados.

Cuestionario.—Un beduino suspiraba por poseer un hermoso caballo, que el dueño no quería venderle.—¿A qué medio recurrió para lograrlo?—Exponer la conducta del árabe y la del beduino.—Nobleza de sentimientos de ambos.—¿Qué propósito debemos hacer para ajustarnos a una prudente regla de conducta?

12. Valor y uso del dinero.—No es, no debe ser el dinero el objetivo principal de la vida del hombre; pero debemos aspirar a poseer lo suficiente para proporcionarnos los medios de comodidad física y bienestar social.

Todo hombre debe aspirar a vivir una vida sana, independiente, honrada, que le proporcione las debidas comodidades y le permita la satisfacción de hacer el bien a sus semejantes.

Los mismos esfuerzos que haga para proporcionarse los medios de vivir constituyen su educación; porque, estimulado por su propio respeto, el hombre se hace trabajador, económico, paciente, generoso, previsor, honrado.

El hombre que es laborioso, económico y previsor, es naturalmente reflexivo, porque trata de penetrar lo futuro y asegurarse el porvenir. En la economía echa la base de todas las virtudes, con la victoria de sí mismo, que supone el sacrificio de los naturales apetitos.

Vivir un hombre al día es lo mismo que colocarse en un plano inferior a los demás. Quien vive al día se expone a quedar desvalido, a ser juguete del tiempo y de la fortuna. ¡Qué responsabilidad para el hombre que por falta de previsión lleva a la miseria a su familia, sujetándola para en adelante a dura servidumbre!

Tampoco creáis que en el dinero está la felicidad. Cuanto más dinero se posee, se tiene mayor suma de necesidades y caprichos, más desazones, más cuidados, más inquietudes, más desvelos.

Sólo un bien seguro puede proporcionar la riqueza: el disponer de medios para hacer el bien a los necesitados, cuando el bien se hace por amor y no por vanidad. No busquéis nunca la dicha en los goces materiales, sino en el bien obrar.

Quien se hace esclavo de la codicia no saciará jamás sus ansias de riqueza. Cuanto menos pretendáis, cuanto más moderados viváis, más dichosos seréis. Porque la dicha está, más que en tener mucho, en contentarse con lo suficiente.

No es más feliz quien más tiene, sino quien con menos se contenta. Cuantas menos cosas necesita un hombre, ha dicho Sócrates, tanto más se acerca a Dios.

Cuestionario.—¿Debe ser el dinero el objetivo principal de nuestra vida?—¿Qué bienes debemos proporcionarnos con el dinero?—¿A qué se expone el que vive al día?—No está la felicidad en el dinero ni son los ricos, en último término, más felices que los pobres; ¿por qué?—Desastrosos efectos de la codicia; aprendamos a moderar nuestros deseos para saber contentarnos con poco.

La gallina de los huevos de oro

Erase una gallina que ponía un huevo de oro al dueño cada día. Aun con tanta ganancia mal contento, quiso el rico avariento descubrir de una vez la mina de oro, y hallar en menos tiempo más tesoro. Matóla; abrióle el vientre de contado; pero después de haberla registrado, ¿qué sucedió? Que, muerta la gallina, perdió su huevo de oro y no halló mina.

Cuántos hay que teniendo lo bastante enriquecerse quieren al instante abrazando proyectos, a veces de tan rápidos efectos, que sólo en pocos meses, cuando se contemplaban ya marqueses contando sus millones, se vieron en la calle sin calzones.

Félix María Samaniego.*

13. Haz bien sin mirar a quién.—Haced bien a vuestros semejantes, que al fin son vuestros hermanos, y en la satisfacción de conciencia encontraréis pronto el premio de vuestra buena acción.

Y mostraos siempre agradecidos: la gratitud es

un sentimiento tan dulce para el agradecido como para el bienhechor.

El bien obrar y la gratitud no producen solamente satisfacción de conciencia: en ocasiones producen también provecho material. Pero el móvil que nos incline a obrar bien no ha de ser este provecho, sino el amor desinteresado a nuestros prójimos.

Un hombre económico podrá fácilmente proporcionarse estas satisfacciones; pero el disipador y manirroto no encontrará nunca ocasión propicia.

Refiere S. Smiles*, en su libro *El Ahorro*, que un pobre soldado penetró un día en la tienda de un peluquero, que estaba ocupado con sus clientes, y pidió un socorro para tomar la diligencia e incorporarse a su regimiento. De ir a pie llegaría tarde, y le esperaban el cansancio y el castigo.

El peluquero escuchó atentamente el relato del soldado; y advirtiendo la sinceridad de las palabras, creyó que obraría bien en socorrerle, y le dió una guinea*.

—¡Que Dios os bendiga, señor!—exclamó el soldado, sorprendido de la generosidad del peluquero—. Mas ¿cómo podré agradeceréoslo?

Entonces se acordó el soldado de que llevaba en el bolsillo una receta para hacer betún, y sacando del bolsillo un pedazo de papel ajado, se lo dió al peluquero, diciéndole:

—Tomad: no tengo más que esto. Es una receta para hacer betún, que me ha granjeado muchas propinas en el regimiento, porque es el mejor betún que he visto.



¡Ojalá podáis obtener la recompensa que merecáis por haber socorrido tan pródigamente a un pobre soldado!

¡Cosa singular! Aquel pedazo de papel sucio se convirtió bien pronto en medio millón de libras esterlinas en manos del peluquero. Era la receta para el célebre betún «Day Martín», y el peluquero fué después el célebre millonario mister Day.

Del soldado no volvió a saberse más.

Dos ejemplos dignos de ser imitados nos ofrece esta historieta: la benevolencia del peluquero y la gratitud del soldado.

Hagamos siempre el bien a nuestros prójimos y seamos agradecidos a nuestros bienhechores.

Cuestionario.—Haced bien a vuestros semejantes y sed siempre agradecidos a vuestros bienhechores. Pero no hagáis nunca el bien por vuestro propio provecho, sino por el amor desinteresado a vuestros prójimos. Deducid estas consecuencias de la anterior historieta.

14. La reina Guillermina de Holanda.

La madre de Guillermina de Holanda* supo inculcar a su hija sentimientos de dignidad y de decoro, sin sombra alguna de vanidad y presunción.

Un día, cuando ya Guillermina había sido coronada, llamó en la puerta del cuarto de su madre.

—¿Quién es?—le dijeron.

—Es la reina de Holanda—respondió con cierta altivez la joven Guillermina.

—No puedo ahora recibir a la reina—dijo la madre sin abrir la puerta.

¡No puede recibir a la reina!... Guillermina comprendió su falta, y con voz dulce dijo a su madre:

—Mamá, es tu hija, que te quiere mucho y desea darte un beso. Entonces se abrió la puerta, y madre e hija se confundieron en estrecho lazo.

Nada más bello que el mérito realzado por la modestia y la dulzura en el trato.

Cuestionario.—Referid el pasaje leído sobre Guillermina de Holanda.—¿Por qué su madre no quiso recibir a la reina?—¿Por qué abrió la puerta inmediatamente a su hija?—¿Qué deduciremos de aquí en provecho de esta conducta?

15. Solidaridad humana.—Casi todo lo que actualmente disfrutamos lo debemos a los que nos han precedido en la vida.

Abandonados a nosotros mismos, seríamos quizá inferiores a los salvajes de Oceanía, que viven en chozas groseras, no conocen el vestido y el jabón, no tienen la menor idea de la lectura y escritura y apenas saben contar hasta cinco, si prescinden de los dedos de las manos. No comprenden nada de las fuerzas de la naturaleza, y sólo ven en la lluvia, en el fuego y en el rayo la influencia de algún espíritu maligno.



Son imprevisos e incapaces de un esfuerzo prolongado. Y, sin embargo, estos salvajes pasarían por civilizados, comparados con los hombres que vivieron en la edad de piedra.

Consistían sus armas en piedras y porras; no tenían ningún instrumento cortante; no conocían el fuego, y vivían en profundas cavernas, como los animales, pues no sabían construir ni chozas de ramajes.

Si a nosotros nos hubieran abandonado al nacer en una isla desierta, seríamos tan ignorantes como los salvajes. Todo lo que somos, todo lo que poseemos y nos distingue de los animales, nuestra

misma inteligencia cultivada, lo debemos a los hombres que nos han precedido, como nosotros preparamos el camino de la vida a los que han de sucedernos.

Los esfuerzos de los sabios, de los hombres de estudio, han preparado progresivamente el dominio del espíritu sobre la materia. Y hoy el hombre es dueño del fuego y del rayo, y surca las aguas y los aires.

Nosotros aprovechamos los esfuerzos de centenares de generaciones que han luchado por la conquista del bienestar.

Dentro de nosotros mismos vemos un manifiesto progreso. Las ideas de libertad, seguridad, tranquilidad, caridad, justicia, se han adquirido después de largos siglos de enconada lucha: cuando el egoísmo animal ha cedido su puesto al espíritu de solidaridad humana.

Pero queda aún mucho que hacer. En el terreno científico, los nuevos descubrimientos nos muestran que no conocemos la materia sino muy incompletamente.

La electricidad, los rayos catódicos, la aviación, la telegrafía sin hilos, nos dicen que aún queda mucho que investigar, mucho que descubrir.

Y en el dominio moral, ¿cuánto nos queda que hacer hasta desterrar los azotes de la miseria, el alcoholismo y la guerra que aun afligen a la humanidad?...

Trabajemos todos los hombres por la mayor cultura para pagar la deuda que hemos contraído con nuestros antecesores, y hacer más tranquila, más dulce y más bella la vida a nuestros hijos.

Cuestionario.—¿Cómo vivían los hombres en la edad de piedra?—¿Cómo viven los salvajes en algunas islas de Ocea-

nia?—¿Cómo vivimos los hombres de la culta Europa?—¿A quién debemos las comodidades y la cultura que disfrutamos? ¿Qué debemos hacer nosotros en orden a los que han de sucedernos?—¿En qué consiste la solidaridad humana?

16. La legítima defensa.—Debemos cumplir con exactitud nuestros deberes; debemos ser honrados; debemos procurar todo bien posible a nuestros semejantes, y evitarles cualquier mal que pudiera acontecerles.

Pero como en el mundo hay hombres pervertidos y falaces, debemos precavernos y defendernos de sus maquinaciones y de sus engaños, ya sean de obra o de palabra.

El ser honrado supone cumplimiento de los deberes para con Dios, para con nuestros semejantes y para con nuestra propia naturaleza. Pero honradez no quiere decir verse libre de acusaciones y de enemigos, que no pocas veces las lenguas astutas y malévolas atacan con preferencia a las personas más honradas.

El hombre honrado sabe mantenerse firme y digno en el cumplimiento del deber; pero sabe acudir también solícito y sereno a la defensa de sus legítimos derechos. Es paciente y humilde, pero siempre celoso de su honor y dignidad.

La ley moral, que prohíbe el homicidio con terribles penas, permite hasta atentar a la vida del prójimo en el caso de legítima defensa.

Un hombre se halla en estado de legítima defensa cuando está su vida realmente amenazada y sólo puede salvarla matando a su agresor.

Por ejemplo: un ladrón quiere robarme y se abalanza contra mí con el puñal en la mano, dispuesto a clavármelo en el pecho. Yo, entonces, le hago frente y le pego un tiro.

Si le mato, la justicia no me inquietará, ni la con-

ciencia me reprochará tal proceder. He matado por salvar mi vida.

El soldado en el campo de batalla está obligado a matar a sus enemigos. La policía en la ciudad debe perseguir sin descanso a los pícaros, a los bribones, a los malhechores. El soldado y la policía cumplen así con su deber.

Pero el hecho de la defensa debe estar en relación con el peligro que nos amenaza. Quiere decir que si podemos ahuyentar al ladrón con un golpe, faltaríamos privándole de la vida; un soldado no debe matar a su enemigo cuando impunemente puede hacerlo prisionero.

Los cobardes abusan con frecuencia del derecho de legítima defensa; los prudentes suelen llegar pocas veces a tener que emplearlo.

Cuestionario.—Debemos cumplir con exactitud nuestros deberes; debemos ser honrados. Pero ¿lo son todos los hombres?—¿Qué conducta debe seguir el hombre honrado con los que no lo son?—¿Le es lícito defenderse de las asechanzas de los malvados?—¿Cómo debe entenderse la legítima defensa? Regla de conducta.

17. La religión.—La religión despierta en el hombre las más nobles y elevadas ideas.

El hombre de fe obra conforme a la voluntad divina, ejecutando lo bueno y asegurándose el supremo bien.

Pero el hombre descreído corre el riesgo de no obedecer sino a sus sentidos y pasiones. Sabe acaso que obra mal en una acción pecaminosa; pero su voluntad se ha debilitado, y no puede resistir a la tentación, porque no se apoya en el temor de Dios, que es principio de la sabiduría.

La idea del Ser Supremo es innata en el hombre;

se encuentra en todos los pueblos, lo mismo en los civilizados que en los salvajes. «Sólo dice que no hay Dios—escribe un filósofo—aquél a quien le conviene que no lo haya.»

También suele oírse decir a algunos insensatos: «Yo no creo lo que no comprendo...» ¡Infelices! Mirad el orden admirable del Universo; mirad la sucesión en la Tierra de los días y las noches. ¿Quién de vosotros comprende estos movimientos?

Mirad cómo nace, crece y fructifica la menuda hierba del campo; mirad cómo nace, vive y se reproduce el insecto más diminuto. ¿Quién de vosotros ha penetrado los misterios de la vida?

Considerad la inmensa sabiduría y el poder que ha presidido la creación, en lo grande y en lo pequeño, y quedaréis como suspendidos entre lo infinito y la nada.

Abrid los ojos a la luz de la razón, y comprendéis la existencia de un Ser superior a todos los hombres, que es el autor de todo lo creado.

Y puesto que hay un Dios, de quien hemos recibido el alma y la vida, a quien somos deudores de tantos y tan grandes beneficios, natural es que le seamos agradecidos, y que en el culto le mostremos nuestro agradecimiento y nuestro amor.

El hombre digno y prudente es profundamente religioso, mantiene vivas sus creencias y practica la piedad, sin incurrir en los excesos de fanatismo, la hipocresía y la intolerancia. La religión cristiana se compendia en estos breves preceptos: *Amad a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a vosotros mismos.*

No se conciben palabras más sublimes: en ellas se encierra un tratado completo de religión y el código más perfecto de moral.

Quien ama a Dios no ejecuta acto alguno en que

se le ofenda, acto que implique para Él o sus criaturas indiferencia o desamor. Quien ama al prójimo como a sí mismo, no matará, no robará, no engañará, no producirá acto alguno que pueda molestar o perjudicar a un semejante suyo.



La religión de Cristo es todo humildad y amor, pureza y sencillez: no quiere ostentación ni vanagloria. «Cuando des limosna —dice—, no dejes que tu mano izquierda sepa

lo que hace la derecha.» «Cuando quieras rezar, enciértrate en tu cuarto y ruega a Dios en secreto, y Dios, que secretamente te ve, te premiará abiertamente.»

La caridad, que es el amor, puede practicarse de muchos modos: ya dando de comer a los pobres, vistiendo al menesteroso, aliviando los rigores de la cárcel a los presos, construyendo casas para los desvalidos...

Peró no siempre se necesita dinero para hacer obras de caridad. Al alcance de todos está el visitar a los enfermos, el consolar a los afligidos, el escribir una carta de duelo, el hacer una recomendación, el reconciliarse con su enemigo, el mostrar un gesto risueño o expresar una frase de perdón.

En ocasiones, una sonrisa cariñosa, una palabra de consuelo o de favor vale más que una limosna.

Bueno es proporcionarse un bienestar; mas ¿de qué sirven los bienes de este mundo si no logramos asegurar los de la vida eterna?

Cuestionario.—Diferente manera como obran el hombre religioso y el descreído—¿Quién dice que no hay Dios?—¿En qué preceptos puede compendiarse la religión cristiana?—¿Qué son obras de caridad?—¿Qué obras de caridad pueden hacerse sin dinero?

18. Ejercicio de recitación

EL NIDO

Mira ese árbol que a los cielos
las ramas eleva erguido;
en ellas columpia un nido
en que duermen tres polluelos.

Ese nido es un hogar;
no lo rompas, no lo hieras;
sé bueno y deja a las fieras
el vil placer de matar.

Juan de Dios Peza.*



NIDO. Familia de palabras: *anidar, nidada, nidillo.* Frase proverbial: *caerse de un nido.*

ARBOL. De *árbol* se deriban *arbusto, arbolillo, arboleda, desarbolar, enarbolar.* A la misma familia pertenecen: *arboricultor* y *arboricultura.* Proverbios: *Del árbol caído todos hacen leña. Quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija.*

RAMA. Familia de palabras: *ramito, ramillo, ramoso, ramaje, enramada, ramillete, ramo, ramificación, ramificar.* Frase proverbial: *Andarse por las ramas.*

El salmo de la vida

LECTURA EXPRESIVA

¡Oh! No me digas que *la vida es sueño,*
triste salmista, en tu cantar amargo,
porque el alma no vive en el letargo
que es de la muerte pálido diseño.

La vida es real y su destino es serio,
y no es su fin en el sepulcro hundirse,
que *ser polvo y en polvo convertirse*
no es del alma el divino ministerio.

Ni es del hombre la senda o el destino,
el reposo, el dolor ni la alegría,
sino la acción para que cada día
avance una jornada en su camino.

En el vivac* del mundo alza tu escudo;
en el campo de acción arma tu diestra.
¡Sé un héroe de la vida en la palestra,
no del rebaño que se arrea mudol

Del porvenir los pasos son inciertos;
vive y obra sin tregua en el presente;
tu corazón en ti, Dios en tu mente...;
deja al pasado sepultar sus muertos.

Los héroes que en tu mente divinizas
te muestran que la vida es noble y bella,
y ellos te enseñan a estampar la huella
del tiempo en las arenas movedizas.

Tal vez algún hermano fatigado,
náufrago de los mares de la vida,
recobre aliento en su alma dolorida
al encontrar tu paso señalado.

De pie, en acción, con varonil pujanza,
y el corazón dispuesto a todo evento,
sigamos de la vida el movimiento
guiados del trabajo y la esperanza.

Bartolomé Mitre.*

19. Ejercicios de dictado.—Consejos.
*Acostúmbrate a decir siempre la verdad, que quien
ama la verdad ama la justicia.*

*No hables jamás la mentira pensando engañar a
tus oyentes, porque, además de que la mentira en-
vilece, has de saber que antes se coge al mentiroso
que al cojo.*

*Procura hablar poco y bien, que quien mucho ha-
bla mucho yerra. Cuando hables con alguno, míra-
le a la cara, que el no hacerlo acusa falta de sincer-
ridad. Y, sobre todo, no emplees nunca malas pala-
bras, si quieres pasar por hombre bien educado.*

*No hables en voz muy alta ni gesticules. No dis-
putes ni pretendas imponer tu opinión. Promete po-
co y cumple mucho. Jamás descubras un secreto.*

VOCABULARIO

Alah: Dios entre los mahometanos.—*Avilés* (Angel): Poeta cordobés de nuestros días.—*Beduino*: Arabe del desierto.—*Daoiz y Velarde*: Famosos capitanes de artillería que se pusieron de parte del pueblo en la lucha contra los franceses en 1808.—*Ecuanimidad*: Constancia, igualdad de ánimo.—*Guillermina*: La actual reina de Holanda.—*Guinea*: Moneda inglesa equivalente a 26,25 pesetas en oro.—*Guzmán el Bueno*: Famoso defensor de Tarifa (1258-1320).—*Licurgo*: Célebre legislador de Esparta en el siglo IX, antes de Jesucristo.—*Mitre* (Bartolomé): Poeta argentino, traductor de la poesía *Salmo de la vida*, del poeta norteamericano Enrique Wodwort.—*Moisés*: Gran patriarca y legislador del pueblo de Israel.—*Morboso*: Que causa enfermedad.—*Multimillonario*: Suele decirse de aquel hombre rico que posee muchos millones.—*Napoleón*: Emperador de Francia que quiso apoderarse de España en 1808, contra quien se hizo la Guerra de la Independencia.—*Pelayo*: Guerrero visigodo que inició la reconquista española contra los árabes en la batalla de Covadonga y fundó la monarquía asturiana el año 718.—*Peza* (Juan de Dios): Poeta mejicano, nacido en 1852 y autor de bellísimos versos.—*Plinio* (Cayo Cecilio): Historiador latino y procónsul de Bitinia, que murió el año 71 de nuestra era.—*Régulo*: General romano que floreció en el siglo III, antes de Jesucristo.—*Samaniego* (Félix María): Famoso fabulista español, natural de Laguardia (1755-1801).—*Smiles* (Samuel): Escritor inglés contemporáneo.—*Vivac*: Palabra exótica equivalente a campamento.

II.-El trabajo

El trabajo como fuente de bienes. — Cuando Dios arrojó del Paraíso terrenal a nuestros primeros padres, le dijo a Adán: «Con el sudor de tu frente ganarás el pan de cada día.»

Desde entonces viene el hombre sujeto al trabajo.

Pero el trabajo no ha de considerarse sólo como una pena impuesta al hombre por su desobediencia al Creador, sino como una obligación que contrae el ser racional al venir al mundo, y que lleva consigo la satisfacción de conciencia, la salud, la alegría, el bienestar.

El trabajo es uno de los mayores bienes que posee el hombre. Por él se centuplican las fuerzas, se aumenta la producción, se crea la riqueza, se evitan el tedio y las discordias y se hacen renacer la paz y el progreso.

A los hombres laboriosos es a quienes las naciones deben sus adelantos, su ilustración y su poder económico. Así, quien trabaja, coopera a la obra colectiva de la humanidad y experimenta el placer de ser útil.

El rico, como el pobre; el niño, como el adulto,

todos estamos obligados a trabajar, cada uno en la medida de sus fuerzas y de su capacidad, para contribuir al bien propio y al de nuestros semejantes.

El hombre ha nacido para trabajar, como el ave para volar. Y así como la ociosidad es fuente de todos los males, el trabajo es el camino para llegar a la posesión de las más grandes virtudes y de los bienes más apreciados.

Algunos ignorantes ponen el colmo de la dicha en no trabajar.

Es un error grandísimo.

La tierra que no se labra, sólo produce espinas y abrojos; los frutos que no se injertan son pequeños e insípidos; el agua que no está en movimiento, se corrompe; el hombre inactivo destruye su salud, embota su entendimiento, cae en el tedio y acabaría en la desesperación.

Todos trabajamos, todos debemos trabajar; bien que difieren mucho los géneros de trabajo. Unos trabajan con las manos; otros trabajan con la mente; el minero trabaja en las entrañas de la tierra; el labrador sufre en el campo las inclemencias del viento y los ardores del sol; el profesor labora en



su cátedra; el sacerdote, en el púlpito; el abogado, en su bufete; los niños, en la escuela. La humanidad entera parece dedicarse a entonar con su actividad un himno gigante y continuo en honor del trabajo.

El trabajo excesivo engendra la fatiga, la cual se remedia con el descanso.

¡Qué bien duerme por la noche quien ha dedicado al trabajo todo el día!

Con mucha razón dijo Franklin*: «Los días laboriosos son los que nos proporcionan las noches tranquilas».

Dios ha hecho del trabajo el centinela de la virtud.

EJEMPLOS

1.º Juan es un muchacho de diez años.

Apenas amanece, se levanta, ayuda a su madre en los quehaceres de casa, y después se va a la escuela.

Cuando acaba sus tareas escolares, busca a su padre, que trabaja en el huerto, y le ayuda a regar, a escardar, a traer y llevar la herramienta de un punto a otro.

En algunas ocasiones desempeña el oficio de un peón, y ahorra a su padre el pago de un jornal.

Juan está sano, siempre contento, y cuando llega la noche duerme como un bendito.



2.º Antonio es un bigardo de doce años que no piensa más que en comer, dormir y jugar.

Siempre llega tarde a la escuela, porque es perezoso para levantarse, y nunca tiene tiempo de estudiar las lecciones.

Si va al campo, anda a busca de nidos; si se queda en la calle, no sabe sino apedrear perros y jugar malas pasadas a sus convecinos.

Cuando no está haciendo daño, le veréis echado en cualquier poyo, aburrido.

Sus padres no saben lo que hacer de él, porque no le ven afición a ningún oficio ni le notan inclinaciones a ningún trabajo. Antonio será pronto una carga para la familia.



3.º Paneracio había puesto el colmo de la felicidad en no nacer nada; pero como no fatigaba sus miembros, no hallaba nunca satisfacción en el descanso.

Cansado, por fin, de no hacer nada, un día, contra su costumbre, empezó a considerar lo que pasaba a su alrededor, y vió que no hay posición de ninguna clase, desde la de peón hasta la de rey, cuyo desempeño no exija mucho trabajo de cabeza o de manos, o de ambas cosas a la vez.

Empezó a trabajar, y muy pronto halló en el trabajo salud, contento y bienestar.



4.º Todos trabajamos; todos tenemos necesidad de trabajar.

Los hombres cooperan con el trabajo de cada uno al mantenimiento mutuo de la sociedad.

El labrador cultiva la tierra y provee de alimento; el industrial hila la lana y teje los paños; el sastre y la costurera confeccionan los vestidos; los albañiles edifican las casas; los ebanistas construyen los muebles. Todos los hombres trabajan en beneficio propio y en provecho de los demás.

No parece sino que Dios ha querido que todos nos necesitemos para que todos nos amemos y constituyamos una gran familia, la humanidad, unida por los lazos del trabajo y del amor.

Cuestionario.—El trabajo no es sólo una pena, sino una necesidad que da motivo a grandes bienes.—Enumerar alguno de los bienes que proporciona el trabajo.—Diferentes clases de trabajo: sus condiciones.—¿Por qué decimos que el trabajo es el centinela de la virtud?—Ejemplos.

2. Para el trabajo no hay obstáculos.
Sepan los niños de familias pobres que por haber nacido en cuna humilde no les están vedados los caminos de la gloria.

Innumerables han sido los hombres que han sa-

bido elevarse por el trabajo desde la condición más baja a las altas cumbres de la fortuna.

En muchos casos, las mismas dificultades parece que han despertado en ellos energía y resistencia, estimulando facultades que, de otro modo, hubieran permanecido como aletargadas.

He aquí una lista de hombres célebres, verdaderos apóstoles de las grandes ideas, que, sin embargo, procedían de humilde origen:

Esopo y Epicteto, célebres filósofos griegos, así como Plauto, inspirado poeta latino, fueron primeramente míseros esclavos; Sócrates, filósofo sapientísimo y pro-



ADRIANO VI

fundo moralista, fué hijo de un pobre escultor y una partera.



PIO X

Gregorio VII fué hijo de un carretero; Pio V había sido pastor en sus primeros años; Adriano VI, hijo de un barquero, no pudiendo comprar una vela para estudiar, siendo estudiante, preparaba sus lecciones a la luz de los faroles, en las calles y en los atrios de las iglesias; Pio X era hijo de un

pobre sacristán y empleado de Correos.

El célebre astrónomo Copérnico era hijo de un panadero polaco; Kepler lo fué de un tabernero alemán; los matemáticos Newton y Laplace pro-

cedían de modestas familias campesinas. Faraday era hijo de un herrero, y trabajó como encuadernador hasta los veintidós años; Gesner, de un curtidor de pieles, e hizo sus estudios en la mayor pobreza; Franklin, hijo de un jabonero, aprendió a leer por sí mismo y pasó su juventud trabajando como cajista de una imprenta.



CERVANTES

El descubridor del Nuevo Mundo, Cristóbal Colón, fué hijo de un cardador de lanas; nuestro Cardenal Cisneros procedía de humilde familia labradora; Cervantes, el autor del *Quijote*, era hijo de un pobre cirujano que a duras penas podía mantener a su familia.

Nacidos en la pobreza han sido los inventores Fulton y Morse; los navegantes Cook y Nelson; el explorador del Africa, Livingstone, y gran número, de industriales, banqueros, políticos y poetas. La lista sería interminable. Muchos otros hombres desconocidos y humildes han sabido conquistarse con el trabajo un seguro bienestar, cooperando tan poderosamente como las celebridades a la obra de la civilización y el progreso.

Decía Napoleón a sus soldados que en la mochila llevaban el bastón de mariscal. También puede decirse a los muchachos: «Trabajad, que en vuestras manos están los secretos de la fortuna y de la gloria.»



CISNEROS

Ni la alteza de la dignidad debe ensoberbecer, ni la bajeza del origen humillar. Cada uno es hijo de sus obras.

Cuestionario.—¿Está vedado a los niños pobres el camino de la gloria?—Citar nombres de ilustres celebridades que tuvieron humilde origen.—¿Dónde están los secretos de la fortuna y de la gloria?—Haz propósito de ser siempre laborioso.

El mal escultor

Un infeliz, que de hambre se moría,
exclamó cierto día,
viendo un bloque de mármol de Carrara:
—¡Gran Dios, si yo lograra
esculpir esta piedra, comería!—
Y picando, picando,
con el afán de un loco,
de aquí y de allí quitando,
pulverizó la piedra poco a poco.

Bueno es el trabajar. Yo no me meto
si a jornal o a destajo.
Pero el hombre discreto
debe siempre hacer útil su trabajo.

*Luis de la Guardia**

3. La elección de carrera.— Todos los hombres tenemos en este mundo un puesto que ocupar y una misión que cumplir.

Pero importa mucho determinar con precisión el objeto a que cada uno se siente llamado, para que, una vez emprendido el camino, ya no haya que retroceder.

La elección de carrera u oficio decide de nuestra vida e implica nuestro porvenir. Por eso, el adolescente, al dejar la escuela primaria, debe considerar seriamente sus inclinaciones y aptitudes y preguntarse: ¿Qué me gustaría ser? ¿Con qué medios cuento para lograrlo?

Muchos jóvenes se han malogrado por haberles llevado sus padres a una profesión que les era antipática, o por haber ellos elegido otra para la que no servían.

En cambio, se ha visto a muchos jóvenes que, siguiendo sus naturales impulsos, tal vez a despecho de sus padres, que no acertaron a comprenderlos, han sabido elevarse y alcanzar puestos eminentes, con gran provecho, reputación y fama.



ZORRILLA

El más inspirado de nuestros líricos modernos, don José Zorrilla*, huyó de la casa de sus padres porque éstos querían hacerle estudiar leyes, cuando él se sentía llamado a la poesía. El

general Espartero* sentó plaza de soldado, y llegó a ser el duque de la Victoria, contrariando los deseos que mostraron sus padres de dedicarle a la carrera de la Iglesia. Pascal*, cuando sólo tenía trece años, se encerraba en su cuarto para estudiar matemáticas, por no disgustar a su padre, que quería dedicarlo a las letras. Galileo* y Miguel Angel* llegaron a los pináculos de la gloria dejando los derroteros que les habían señalado para seguir los que marcaban sus propias inclinaciones.

Pero estos casos no hacen regla general.

Tal vez son más los ejemplos de jóvenes que se han dejado fascinar por el brillo y oropel de ciertas carreras, ya porque el nombre les sonara bien o porque les sedujera el uniforme; y como no contaron de antemano con sus aptitudes, fueron derechos al fracaso.

Sepa el joven, al llegar a los umbrales de la vida, que delante de sí tiene el porvenir, en el cual ha de ocupar su plaza. No le arredre la humildad de su origen ni espere a que en su propia casa le descubran y protejan.

Si tiene alguna habilidad, alguna inclinación noble, algún talento especial, cultívelos por medio del trabajo, con perseverancia, con ahinco y con amor; quien así trabaja no tiene que dudar del éxito, pues lo tendrá seguro.

Mas no crea que la gloria se conquista fácilmente.

Vaya persuadido de que el camino es áspero, que ha de encontrar obstáculos y contariedades sin cuento.

El mérito está en perseverar, en luchar, en vencer, que no hay virtud sin contradicciones. ¿Se sabe de algún general que haya conseguido victorias sin haber antes librado batallas?

La sociedad no te impone la profesión que debas seguir; pero si quiere que, una vez que la emprendas, la domines: sólo con esa condición te dará el premio.

Cuestionario.—Importa mucho elegir bien el oficio o carrera que se ha de seguir; ¿qué preguntas debe hacerse un joven?—Los padres no deben contrariar la vocación de sus hijos; los jóvenes no deben dejarse llevar de cualquier impulso.—¿Qué pide la sociedad en orden a las profesiones?

4. Cómo se debe trabajar.—Si queréis tener el éxito que apetecéis en cualquier empresa, es menester que pongáis los cinco sentidos en el trabajo que os habéis propuesto realizar.

Si no ponéis toda vuestra alma en lo que hacéis, ya sea la dirección de un negocio o el desempeño

de un cargo, la ejecución de una obra de arte o el menester más sencillo, no llegaréis a obtener el éxito que debe buscarse en el trabajo.

En el trabajo se ha de procurar, cuando no se tenga, la afición, el gusto, el entusiasmo, que centuplica los esfuerzos, dándoles mayor valor y eficacia.

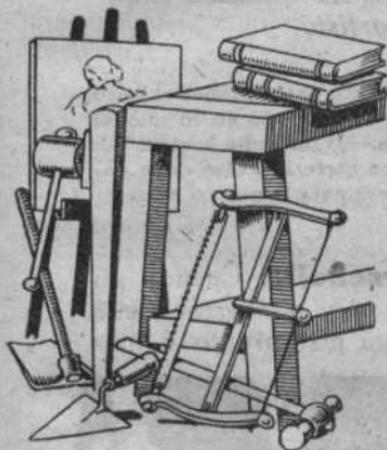
Quando un hombre no pone toda su alma en el trabajo que tiene entre manos, vale más que lo deje y emprenda otro trabajo que sea más de su agrado. Pocas veces sale bien lo que se hace con disgusto.

El placer con que se trabaja es uno de los secretos del éxito, y este placer nace de lo que solemos llamar la

vocación. Muchos, muchísimos hombres han fracasado por dedicarse a ocupaciones que les son desagradables, o para las cuales no tienen disposición, cuando tal vez en otras hubieran sobresalido y hubieran hecho maravillas.

Antes de emprender un trabajo, de tomar un oficio, de empezar una carrera, estudiad vuestros gustos y vuestras aptitudes; escoged aquello que más os interese y os atraiga; dedicadle todo vuestro empeño, todos vuestros esfuerzos, todas vuestras energías y todos vuestros amores. Procurad hacer vuestra obra mejor que nadie, y no dudéis del resultado: el éxito será completo.

Tened el valor y la fuerza de voluntad necesarias para abandonar lo que estáis haciendo, si no lo hacéis con toda el alma, si no ponéis en ello algo de



vuestro ser, porque estáis perdiendo un tiempo precioso que, empleado en otra tarea, podría daros tal vez más honra y más provecho.

En último término, más vale ser un buen empedrador de calles que un mal artista.

Cuestionario.—¿Cuál es el secreto para obtener el éxito en cualquier trabajo?—La afición y el disgusto en lo que se hace, influyen mucho en el resultado.—¿Qué debe hacerse antes de tomar un oficio o empezar una carrera? ¿Qué debe hacer el que ha emprendido una empresa para la que no se siente llamado?

5. El astrónomo Herschell.—Cuando un hombre tiene una idea elevada y consagra a ella toda su alma, el triunfo vendrá más pronto o más tarde, pero es seguro.

Herschell*, reputado como uno de los más sabios astrónomos de la edad moderna, carecía de medios de fortuna, y se hizo músico.

Tocaba el oboe en una cervecería para distraer a los parroquianos y atender él a su propia subsistencia, a la vez que a sus estudios.

En los ratos de descanso, mientras los parroquianos charlaban y bebían, salía Herschell al patio, echaba una mirada al cielo y volvía luego a la sala a tocar el instrumento.

• Cuando descubrió el planeta Urano, y la Socie-



dad Real de Londres publicó el nombre del autor, dejó de ser tocador de oboe para alcanzar de pronto una celebridad envidiable.

El descubrimiento no fué casual: fué el resultado de un pensamiento fijo, de una voluntad firme, de un trabajo de muchos años dirigido sobre el mismo asunto.

Dios da el éxito a los hombres como premio a la fe que ponen en su trabajo.

Cuestionario.—Referir la historieta.—Considerar el ardor con que Herschell se dedicaba a las observaciones astronómicas.—El premio del trabajo.

6. Perseverancia en el trabajo.—Como ejemplo de la perseverancia en el trabajo, hemos de citar a Pasteur*.

Luis Pasteur, a los diez y siete años, era pasante en el liceo de Besançon. No estaba encargado de la enseñanza, sino de hacer estudiar a los alumnos y de vigilarlos en el recreo y en los dormitorios.

Los domingos los acompañaba a misa; los jueves los llevaba de paseo. ¿Cómo pudo Pasteur llegar a ser hombre tan eminente en la Ciencia?

Pasteur sabía aprovechar el tiempo hasta el último minuto. Cuando tenía ocasión asistía de oyente a las clases superiores, y las lecciones de filosofía natural las oía con tanta atención como entusiasmo.

Sentíase inclinado al estudio; pero no podía estudiar más que en las horas de recreo y en los días de fiesta.

Uno de los alumnos tenía un microscopio. Pasteur se lo pedía prestado algunos días. Cuando iba de paseo lo llevaba consigo y se entretenía en examinar los insectos que encontraba entre la hierba. Ese ejercicio repetido de los exámenes microscó-

picos determinó la carrera científica de Pasteur, uno de los hombres más sabios y más de bien que se han conocido en nuestros tiempos.

Pasteur logró la sabiduría a fuerza de aplicación, de perseverancia en el estudio.

Investigó con el microscopio la causa de muchas enfermedades, y descubrió las leyes por medio de las cuales pueden preservarse de su influencia fatal los animales y los hombres.

Pasteur, no solamente ha sido un sabio, sino también uno de los más grandes bienhechores de la humanidad.



PASTEUR

Es asombroso lo que puede conseguirse aprovechando perseverantemente las horas de ocio. Los grandes hombres se han distinguido, más aun que por su talento, por su perseverancia en el trabajo.

Cuestionario.—Pasteur y su perseverancia en el trabajo.—Su afición a las investigaciones microscópicas.—Sus descubrimientos.

7. La verdadera independencia.—Hatentai era, entre los árabes de su época, el hombre más liberal y generoso.

Nunca acudió en vano a su puerta el verdaderamente necesitado.

Preguntáronle un día si había conocido en su vida algún hombre de corazón más noble que el suyo. Hatentai contestó al instante:

—Paseábame cierto día por el campo con algunos amigos, y vi un hombre que había cogido una

carga de leña seca, que conducía sobre sus hombros.

Dijele que fuera a mi casa, donde aquel día se distribuía a los pobres pan y dinero.

—El que puede comer el pan que se gana con el trabajo de sus manos—me contestó—, no tiene que deber nada a nadie. Y siguió su camino.

El trabajo da la independencia y la dicha; la ociosidad nos hace esclavos de los demás.

Cuestionario.—Pasaje que se refiere de un árabe.—La independencia no está en la riqueza, sino en el trabajo y la conformidad.—Apliquémonos al trabajo.

8. El hombre trabajador y el hombre vago.—El trabajo dignifica al individuo.

Un hombre trabajador se puede presentar en todas partes con la frente erguida. Todos le respetarán. Sea obrero manual,

sea obrero de la inteligencia, siempre será el hombre digno de ocupar un puesto en sociedad y producirá un vacío a su muerte. Será un hombre que llena su misión y cumple su destino.

El trabajador dignifica la familia.

Cuando un hombre formal quiere tomar estado, busca una mujer hacendosa. Sólo los insensatos

se pagan de cuatro monerías, que duran unos meses y dejan pesar para largos años, uniéndose a



una mujer coqueta* y negligente. Cuando al padre juicioso le piden la mano de su hija, considera si el pretendiente sirve para algo, si trabaja, si tiene un modo de vivir o pasa la vida en la holganza y la disipación.

No hay padre medianamente discreto que no prefiera la escasa fortuna con diligente laboriosidad a la abundancia de oro unida a la ociosidad y la molicie.

Y con razón.

Ved a la familia donde reina la actividad y la diligencia. El orden brilla en todas partes; todo sale a tiempo; todo está en su puesto; el amor de la familia se aumenta con el trabajo que cada uno pone de su lado; la economía se hace connatural y fácil; el ahorro, constante y seguro; siempre sobra un pedazo de pan y nunca falta un rayo de alegría. El ángel de la paz guarda la casa, y en ella reinan la honradez, la virtud humilde, la satisfacción honrada, el bienestar tranquilo.

¿Qué hombre busca entonces los alicientes externos del café, del cine, o del garito o de la taberna?

Veamos ahora al hombre enemigo de trabajar.

La sociedad le conoce con el nombre deshonoroso de vago.

Sea noble o plebeyo, rico o pobre, cuando de un hombre se dice que es un vago, se le echa en cara una de las mayores bajas. Es un hombre que está demás, que no sirve para nada; es un ser degradado, un árbol estéril, una máquina inútil, un zángano que consume y no trabaja.

El hombre vago corre por la pendiente que conduce a la miseria y fácilmente se derrumba en ella. Y como la miseria es mala consejera, sobre todo cuando proviene de la holgazanería, el vago es un

hombre dispuesto a cualquier delito. ¡Qué de fraudes, de robos, de estafas y mil géneros de vilezas han fraguado los hombres en la ociosidad y la moliciel

Un vago por naturaleza es egoísta.

Como no quiere trabajar y tiene que comer, ha de apropiarse los trabajos ajenos y consumir las ganancias de otros. El no fabricará una gota de miel; pero si halla ocasión, hecho un zángano, devorará panales enteros fabricados por las diligentes y solícitas abejas.



Un vago es fácilmente venal.

Por no trabajar es capaz de venderse a quien le ofrezca un puñado de oro, y aun en ocasiones el precio es sólo un plato de lentejas o un mendrugo de pan, que el hambre no sufre dilaciones ni repugnancias.

Un vago es un hombre predispuesto a la deshonestidad.

Cansado el vago de no hacer nada, que es el más fatigoso de los cansancios, deja ir a su imaginación por los pensamientos deleitables, para caer en los pensamientos indignos. Que cuando una tierra fértil no produce trigo, se llena pronto de cardos y de ortigas.

Un vago es un aprendiz de presidiario, un retoño de criminal, un vástago de infame.

La mayor parte de los que han traído sobre sí y sobre sus familias la ruina y el deshonor han sido

vagos. La mayor parte de los vagos van a dar en el juego, en los tribunales y en los presidios.

El amor al trabajo libra de funestos males y pone al hombre en disposición de ir a la virtud. El trabajo es muchas veces la misma virtud.

Cuestionario.—¿Por qué se dice que el trabajo dignifica al hombre?—¿Cómo dignifica a la familia?—¿Cómo se llama el hombre enemigo de trabajar?—Hacer un breve retrato del hombre vago: enumerar los vicios a que naturalmente le lleva la ociosidad.

9. El camino de la dicha.—Holgazán: mira la abeja volando de flor en flor de la mañana a la noche, recogiendo el néctar con que ha de llenar sus panales; mira a la hormiga cómo, afanosa, recoge y guarda en el verano las provisiones de que ha de alimentarse en el invierno. De todos los hombres míseros, los ociosos son los más desgraciados.

¿No son esos hombres los más quejumbrosos, los más miserables y descontentadizos? Constantemente en el mayor fastidio, nada les parece bien; de todo tienen que murmurar ellos, que, aprovechándose, como los zánganos, del trabajo de todos, no hacen durante su vida nada útil en beneficio de los demás. ¿Qué sería del hombre, de la vida y de la civilización sin el trabajo? Todo lo que es grande en el hombre—el arte, la literatura, la ciencia—, del trabajo procede.

El saber sólo se adquiere por el trabajo; el genio



sólo es la facultad de hacer esfuerzos grandes y permanentes en un orden de ideas.

No se escribe un libro, ni se pinta un cuadro, ni se imagina una obra grande sin dedicarle el autor mucho tiempo todos sus pensamientos y todos sus afanes. La reputación, la nombradía, la inmortalidad, sólo se logran por la perseverancia en el trabajo.

Sin el trabajo no hay progreso, ni civilización, ni bienestar. Los inventos no son obra del acaso, sino de los esfuerzos repetidos, tal vez acumulados poco a poco de generación en generación. Así se ha podido llegar desde el hilado de la rueca a las grandes fábricas del día. Los hombres más grandes de la historia, del arte, de la literatura y de la ciencia son los hombres más laboriosos.

¿Quieres vivir independiente? ¿Quieres ser algo en el mundo?

Trabaja: ese es el camino de la dicha.

Trabaja para poder ser útiles; sed útiles para ser amados; sed amados para ser dichosos.

Cuestionario.—Ejemplos de la abeja y de la hormiga.—¿Por qué son desgraciados los ociosos?—Considerad en el mundo cuáles han sido los frutos del trabajo.—¿Cuál es el camino de la dicha, y por qué?

10. Un consejo que vale un tesoro.—

Un viejo labrador tenía tres hijos muy vagos, que se habían criado en la ociosidad y vivían en la vagancia, muy expuestos a caer en el vicio y la miseria. Como el padre se sintiera morir, los llamó a su lado para confiarles en el lecho de muerte un importante secreto.

—Hijos míos—les dijo—, un gran tesoro hay escondido en el campo que os dejo.

El anciano dió una boqueada.

—¿Dónde está escondido?—preguntaron los tres hijos a la vez.

—Os lo voy a decir—dijo el anciano—. Tendréis que cavar...

Pero le faltó el aliento antes de poder comunicar el importante secreto, y murió.

Hechos los funerales, pensaron los tres hijos que debían cavar todo el campo para buscar el tesoro y repartírselo. No dejaron césped sin levantar ni terrón sin remover.

El tesoro no pareció; pero aprendieron a trabajar; llegó el tiempo de la cosecha, y la tierra pagó abundantísima con la labor que se le había hecho y la transformación que había sufrido. En pocos años se enriquecieron, y el campo se transformó en una importantísima granja.

Entonces vieron que poseían un tesoro, el tesoro de que les había hablado su padre, y que ellos habían conquistado con el trabajo.

El trabajo, más que una carga y un castigo, es un honor y un placer.

Cuestionario.—Palabras de un anciano al tiempo de morir.—Cómo fueron interpretadas por sus hijos.—¿Qué fin lograron cavando y removiendo el terreno?—¿En qué consistió el tesoro?

11. Un rasgo de Montesquieu.—Tuvo Montesquieu* que atravesar un día el puerto de Marsella, y tomó un bote atracado al muelle. Era un muchacho el que remaba, y Montesquieu le preguntó:

—¿Quién es el patrón del bote?

—Yo, señor—contestó el muchacho—. Los días de trabajo me ocupo como aprendiz en un taller

de joyería; los domingos alquilo este bote, con el que sirvo a los pasajeros y me gano algún dinero.

—Eres muy codicioso—le dijo Montesquieu—. Debes saber que Dios nos manda trabajar seis días de la semana y descansar el séptimo.

—Señor—replicó el muchacho—, no es codicia, sino necesidad. Mi padre, que era comerciante, fué hecho cautivo por los moros y llevado a Tetuán, donde espera su rescate*. Nos piden cinco mil francos, y tanto mi madre como mis hermanos y yo trabajamos sin descanso para reunir tan cuantiosa suma a fuerza de privaciones. Créame, yo hubiera ido a Tetuán a ponerme en lugar de mi padre para que éste recobrase su libertad; pero mi madre se opuso, prefiriendo que trabajásemos todos hasta obtener lo necesario para el rescate.

—¿Cómo se llama tu padre?

—Roberto Laplace.

Montesquieu quedó pensativo, y, cuando saltaron





a tierra, se despidió del muchacho, entregándole algunas monedas y diciéndole:

—Tened confianza, amigo mío, que Dios premiará vuestro trabajo y veréis pronto en casa a vuestro padre.

La familia siguió trabajando como de costumbre; pero hallándose un día todos a la mesa, fueron sorprendidos por Roberto Laplace, que se presentó ante ellos radiante de alegría.

—¿Quién me ha rescatado?—preguntó.

Ellos se quedaron atónitos; ninguno lo sabía. El muchacho recordó entonces lo que le había pasado con un caballero a quien había servido en el puerto con su bote hacía algunos meses. Pero no sabía quién era.

A la muerte de Montesquieu, sus herederos ha-

llaron un asiento en que figuraban seis mil francos enviados a un comerciante de Cádiz, sin expresar el objeto de la remesa.

Escribieron al comerciante, y contestó en seguida diciendo que aquella suma había sido invertida por orden de Montesquieu en el rescate de un comerciante francés cautivo en Tetuán, y que se llamaba Roberto Laplace.

Así quedó aclarado el enigma.

Dios podrá valerse de medios ocultos para premiar el trabajo. Pero es lo cierto que el trabajo nunca queda sin recompensa.

Cuestionario.—Conversación entre Montesquieu y el patrón de un bote en el puerto de Marsella.—Rescate de Laplace.—¿Cómo se supo que había sido rescatado con dinero de Montesquieu?—¿Obraría Montesquieu por vanidad?—Dígame por qué.

12. El amor al trabajo.—Dichoso el que siente amor al trabajo, porque tiene asegurada la mitad de la vida, del bienestar, de la felicidad, de la virtud. Infeliz, por el contrario, el que se deja dominar de la aversión al trabajo, porque la vida se le hará dura y pesada, perderá la alegría y contraerá los vicios que consigo lleva la ociosidad.

Contemplad el espectáculo de la naturaleza.

La tierra fértil, con silencioso pero constante trabajo, convierte en maravillas los granos de semilla que en ella se depositan.

Apénas la menuda semilla es arrojada por la mano del hombre, se apodera de ella la tierra, la estrecha dentro de su seno, la fomenta y acaricia, la transforma poco a poco en su ternura, la criba en sus raíces, la elabora en sus plantas, la hila, la teje, la peina, la pinta; atrae la lluvia y, chupándola

por todos sus poros, la inocula en su planta; bebe el aire, y, por procedimientos ignorados a los mortales, la convierte en hojas, flores y frutos, y con nunca interrumpida diligencia y sordo trabajo, se cubre, para delicia del género humano, de innumerables briznas de césped, de variadísimas flores de todos aromas y matices, de la noble espiga del trigo, de la abultada mazorca de maíz, del nevado espino, del oloroso manzano, del forzado roble, de esos gigantescos y dilatados bosques de añosos árboles, testimonio admirable de lo que puede el trabajo no interrumpido de la naturaleza.

Lo mismo es el hombre cuando trabaja. Su existencia se cubre de alegría y felicidad: de flores, que le recrean y perfuman la vida; de frutos, que le sostienen en el cansancio; de árboles, que le refrescan y dan sombra en el camino; de hierba, que se extiende como una alfombra debajo de sus pies.

En cambio, sin trabajo, el hombre, como la tierra, se priva de todo su fruto y queda despojado de la mayor parte de sus bienes, sucediéndole, como al aire, que si no se mueve se vicia; como al agua, que cuando no corre se corrompe en el pantano; como a la tierra, que cuando no cría plantas con que cubrirse se convierte en un erial en un páramo, en un desierto.

El tiempo que dejáis pasar sin trabajo es una riqueza inmensa que malgastáis sin utilidad alguna; es una tierra fértil que dejáis baldía; es un árbol cuyos frutos se os pudren en las ramas; es una mina cuyo rico metal abandonáis entre la escoria.

Cuestionario.—El trabajo y la dicha, la vagancia y la infelicidad.—Parar la atención en el trabajo lento y constante de la naturaleza para transformar la semilla en nuevo fruto.—Hacer un parangón entre la naturaleza y el hombre.

13. Ejercicio de elocución.—La necesidad de trabajar.—¿Necesita el hombre comer para vivir? ¿Cómo se ha procurado el hombre su alimento en las diferentes edades de la historia?

¿Por qué se hizo el hombre prehistórico cazador y pescador? ¿Por qué se convirtió en pastor y agricultor?

¿Es sólo la necesidad de alimentarse lo que obliga al hombre a trabajar? ¿Por qué se instalaron los hombres primitivos en las cavernas? ¿Por qué hicieron luego chozas, habitaciones lacustres y después cabañas y casas?

¿Puede vivir el hombre desnudo? ¿Por qué? ¿Cómo ha satisfecho la necesidad de vestirse? ¿Dónde ha encontrado la lana, el hilo, el algodón y la seda?

¿Por qué se llaman necesidades materiales las de alimentarse, vestirse y guarecerse de la intemperie? ¿Cuáles serán las necesidades intelectuales? ¿Por qué es una necesidad el instruirse?

¿Cuáles son las necesidades de orden moral? ¿Por qué debemos atender a la vida de familia, al embellecimiento de nuestras viviendas, al socorro de los necesitados?

¿Cómo atendemos a satisfacer estas necesidades? ¿Es suficiente para ello nuestro trabajo? ¿Cuál es el trabajo con que nos ayudan los demás hombres en sus variados oficios? ¿Cuáles son los peligros de la holganza?

Resumen.—Después de contestar a estas preguntas, hacer un breve resumen oral exponiendo las principales ideas.

El trabajo

Sólo el trabajo regenera al hombre;
 por él derrama en abundosa vena
 su roja tinta el múrice de Tiro;
 por él la fuerte y colosal ballena,
 con triple punta del harpón herida,
 allá en los mares de la helada zona
 rinde al hombre la vida.

Ya con hachas cortantes,
 el bosque espeso y la enriscada loma
 en valle trueca, y los estivos meses
 al hombre ofrecen la fragante poma,
 y el viento ondula en las tendidas mieses;
 ya abismos profundísimos sondea
 en el inmenso mar; con dobles redes
 el puro azul de la corriente esmalta,
 donde el pez aprisiona
 que en la onda azulada gira y salta.

Por él nobles corceles, que descienden
 de la desierta Arabia,
 su indómita pujanza al hombre rinden,
 y, dóciles al freno,
 salvan gallardos, con soberbio brío,
 el ancho foso, el árido peñasco,
 y muestran orgullosos
 su espesa crin y endurecido casco.

Por él, veloz locomotora cruza
 regiones anchurosas,
 al resonar el hórrido bramido
 de estridentes calderas hervorosas;
 él, con hilo de eléctricas corrientes,
 sepultado en el piélagos insondable,
 lleva la voz del hombre por el mundo
 y unifica remotos continentes.

Al hondo mar, donde en lejanos días
 hundióse Faraón, y al ítsmo abrupto
 que descubrió el intrépido Balboa,
 para enlazar dos mares apartados
 mil obreros, solícitos, convocan,
 y un canal abre en movediza arena,
 y un canal labra en la empinada roca.

El es germen de vida y movimiento;
 sus alas son del águila; sus ojos

brotan rayos de luz; nada perece
donde sopla su aliento, y cuanto alcanza
lo anima, regenera y engrandece.

¡Oh juventud!, despierta,
álzate, corre, ven; la fragua ardiendo,
cual perenne volcán, vívido alumbra;
el martillo, en el hierro resonando,
es la campana que convoca al templo.
Trabaja, vence, logra la victoria,
y así la fama ensalzará tu nombre
y te dará la gloria.

José Fernarís.*

14. Ejercicio de dictado.—Consejos.—
Afióntate al trabajo, y ya verás con qué generosi-
dad corresponde el trabajo a tu cariño.

No dejes perder un minuto. El tiempo es como
un capital: no lo malgastes en la ociosidad insana.
Sólo quien sabe emplear bien el tiempo sabe aprove-
char la vida.

Lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para maña-



na, que ese mañana nunca llega. Además, ¿quién tiene seguro el mañana?

Fórmate un ideal en tu profesión y procura cada día hacer algo que te acerque a ese ideal. Más que a ser rico, debes aspirar a ser bueno; más que temido, debes ser respetado.

No obres precipitadamente, no te impacientes. Se desvía un río, se horada una montaña, se corta un itismo, pero no de golpe. Todo requiere trabajo y tiempo.

VOCABULARIO

Coqueta: Dicese de la mujer que, por vanidad, se adorna y compone mucho.—*Espantero* (Baldomero): Duque de la Victoria, regente de Isabel II (1792-1879).—*Fernaris* (José): Poeta americano contemporáneo.—*Franklin* (Benjamín): Sabio economista y físico americano, inventor del pararrayos (1706-1790)

Galileo: Inmortal matemático, físico, astrónomo y pensador profundo italiano (1564-1642).—*Guardia* (Luis de la): Poeta contemporáneo.—*Herschel* (G.): Astrónomo de Hannover (Alemania), descubridor del planeta Urano (1738-1822).—*Miguel Argel*: Insigne pintor, escultor, arquitecto y poeta italiano (1474-1563).—*Montesquieu* (Barón de): Filósofo, juriconsulto y político francés (1689-1775).—*Pascal*: Matemático, físico y filósofo francés (1623-1662).—*Pasteur* (Luis): Célebre químico francés, uno de los fundadores de la bacteriología, a quien se debe la curación de la rabia (1822-1895).—*Rescate*: Recobrar por precio lo que el enemigo ha robado.

Zorrilla (José): Poeta español, autor de *Don Juan Tenorio* y otras muchas obras poéticas (1818-1893).

III.--La economía

1. La economía es el complemento del trabajo.—La economía es una gran virtud.

Por ella aprendemos a hacer buen uso de los bienes que poseemos, a pensar en conservarlos prudentemente y a no incurrir en los vicios de la prodigalidad y el despilfarro, precursores de la necesidad y de la miseria.

Por el trabajo se adquiere riqueza; por la economía se hace el debido uso de ella. Es la ley que relaciona los ingresos con los gastos; es el orden que sabe aprovechar los momentos y hacer todo gasto oportuno y provechoso.

Sin la economía pasaríamos la vida entera trabajando con tesón, y acabaríamos por morir pobres.

Cooperar por la economía al provecho propio es cooperar también al provecho de los demás.

Nuestros esfuerzos, después de adquirir medios de fortuna con el trabajo, han de dirigirse a emplear estos medios en cosas útiles y necesarias; así haremos que ningún esfuerzo se pierda en el vacío de lo inútil y dispendioso, y que todo se encamine a un fin digno, progresivo, fecundo en bienes para nosotros y para la sociedad.

La economía no consiste, como muchos creen, en gastar poco y vivir con estrechez, sino en gastar lo necesario para una vida ordenada, en no hacer gastos inútiles y superfluos.

Al distribuir los gastos conviene no olvidar nunca una partida para los pobres, porque es bien sabido que quien da a los pobres presta a Dios a muy buen rédito, y es obligación de los que tienen ayudar a los necesitados que no puedan trabajar.

En materia de pobreza conviene saber que no es verdaderamente pobre el que no tiene nada, sino el que no puede trabajar para adquirir lo que necesita.

Quien ayuda a un holgazán hace un mal en vez de un bien, porque fomenta su holgazanería.

Por último, no gastéis nunca tan desconsideradamente que lleguéis a contraer deudas. Nada entristece tanto la vida, nada arruina tan insensiblemente las casas como el vivir de prestado.

Una deuda en el hogar es como un desgarrón en el vestido: se va agrandando más si no se recose pronto.

Gastar más de lo que se gana es propio de un loco; gastar todo lo que se gana es de un hombre poco previsor; gastar menos de lo que se gana es de varones prudentes.

EJEMPLOS

1.º Felipe era un obrero laborioso y hábil.

Joven todavía, llegó a maestro de albañil y ganaba buenos ornales. Se casó y empezó a tener familia.

En un principio todo fué bien; vivía en el despilfarro; bebía y fumaba; sentía anhelos de ser rico, de tener buenos muebles, de gastar en frivolidades y placeres.

Pero enfermó, y, como no tenía ahorros, empezó a empeñar y a contraer deudas.

Murió, y su mujer y sus hijos quedaron reducidos a la mayor miseria, víctimas de la imprevisión de aquel padre que supo ganar para hoy, pero nunca pensó en el mañana.

¡Qué crueldad para la familia! ¡Qué desgracia!



2.º Santiago era albañil; no pasó de ser un buen oficial; pero ganaba lo suficiente, y tenía habilidad para economizar una parte de sus ganancias.

Se casó y empezó a tener hijos.

Sentía algunas veces el anhelo del goce, de asistir a franquichelas con sus camaradas; pero cedía en cuanto consideraba las consecuencias.

Tuvo fuerza de voluntad para evitar aquellos gastos que no eran esenciales. Se abstuvo de la bebida y del cigarro e ingresó en una sociedad de socorros mutuos desde que empezó a tener familia.

Enfermó, y fué inmediatamente socorrido; en su casa apenas se notó la falta de jornal.

Cuando fallezca, le será abonada a la familia una suma de dinero por el Instituto de Previsión, porque supo crearse también una libreta de seguro para la vejez a capital reservado.

Cuestionario.—Efectos de la economía y el trabajo.—¿Consiste la economía en gastar poco y vivir con estrechez? La partida para los pobres.—¿Quién es verdaderamente pobre?—Evitar las deudas a todo trance; ¿cuáles son los efectos de las deudas?—Ejemplos.

2. La educación y la economía.—La economía no es un instinto natural, aunque de ella nos den ejemplos algunos animales, como la abeja y la hormiga.

La economía es más bien una virtud que se adquiere por la educación y supone cierta cultura, pues economía implica la subordinación del apetito animal a la razón y a la prudencia.

El hombre salvaje come sin medida cuando tiene qué, y ayuna y pasa estrecheces cuando, por cualquier accidente, le escasea el alimento. El hombre

culto es económico y previsor. Trabaja para hoy, pero economiza y provee para mañana. Nunca le falta.

Sin embargo, hay hombres tan imprevisores que ni recuerdan el pasado ni piensan en lo porvenir.



Para ellos no hay más que lo presente. Su educación es incompleta.

Saben trabajar y trabajan; pero gastan todo lo que ganan. Sus familias disfrutaban momentáneamente de la riqueza, se crean necesidades ficticias, y cuando el infortunio las hiere se ven reducidas a la mayor miseria.

Todos hemos leído en los periódicos noticias de hombres que han disfrutado de buenos sueldos, que han vivido en el boato y en la opulencia, y a su muerte han dejado sólo deudas, y ha habido que abrir suscripciones para enterrarlos y para socorrer a su mujer y a sus hijos, si no habían éstos de morir de hambre.

El hombre económico trabaja y ahorra; se crea un capital, con el que pone otro trabajo en movimiento, y así contribuye al progreso de la humanidad.

Estos son los hombres que cultivan la tierra, los que abren canales de riego, los que edifican casas, los que construyen fábricas, los que establecen factorías comerciales, los que explotan minas, tienden ferrocarriles y surcan los mares con sus barcos.

En cambio, el hombre imprevisor, el hombre pró-

digo, el que no sabe economizar prudentemente, no puede tomar parte activa en el progreso del mundo; no puede disfrutar en un instante del placer de beneficiar a sus semejantes necesitados. Vive sin prestar ayuda, pero expuesto siempre a tener que pedirla.

No blasone de libre el hombre pródigo, porque a la postre se hará esclavo del que economiza.

Cuestionario.—La economía, ¿es instinto o es virtud?—La vida del hombre imprevisor.—Hacer un parangón con la vida del hombre económico.—¿Cuál es el hombre verdaderamente libre?

3. El orden, principio de la economía.

¿Queréis hacer economías? Hay un medio seguro, por el que habéis de empezar: poner orden en vuestros asuntos y administrarlos vosotros mismos.

El orden es utilísimo en todo: en una casa, en un negocio, en el ejército, en el Estado. El orden es riqueza, porque poniendo orden en los ingresos y gastos de una persona, puede tener seguridad de aumentar sus rentas.

El orden es el medio de aprovechar el tiempo y de obtener el fruto debido del trabajo. Quien no ordena sus asuntos no encuentra tiempo suficiente para despacharlos, y lo derrocha inútilmente.

Poned orden en vuestros gastos, y tendréis siempre dinero; poned orden en vuestras cosas, y las encontraréis inmediatamente cuando queráis hacer uso de ellas; poned orden en vuestro trabajo, y de tal modo aprovecharéis el tiempo, que os parecerá que se alarga vuestra vida.

Orden es el respeto que sentimos por las autoridades y las leyes; orden, la consideración que guardamos a nuestros semejantes; orden, el cumplimien-

to de los deberes morales; orden es la bondad; orden, la belleza; el universo es orden.

El orden es el principio de la economía doméstica. No hay familia desordenada que se mantenga rica; en cambio, se ve pocas veces la pobreza en una casa donde impere el orden. Al orden se debe casi siempre la felicidad de los hogares.

La mujer es el alma de la casa. Por eso se debe casi siempre a la mujer la economía doméstica; por eso conviene mucho educar a la mujer en el hábito del ahorro y en la virtud del método.

Al hombre toca el modo de ganar; a la mujer, el saber cómo se ahorra.

El orden proporciona dinero, ayuda la memoria, economiza el tiempo y asegura el bienestar.

Cuestionario.—¿Por dónde se ha de empezar para hacer economía?—Utilidad del orden en todos los momentos de la vida.—La mujer ordenada y la economía doméstica.—Procedamos con orden en todas las cosas.

4. La mujer, providencia del hogar.—Tomás era un laborioso zapatero que se había establecido por su cuenta con los ahorros aportados por su mujer al matrimonio.

Esta, que era hacendosa y económica, había llegado que Tomás, que gastaba diariamente una cajetilla de tabaco, dejara de fumar.

La parroquia de Tomás iba en aumento. Habían pasado seis años y tenían dos hijos. La felicidad reinaba en el hogar.

Una noche volvió Tomás algo preocupado a casa y dijo a su mujer:

—¿Sabes? La zapatería de esta calle se traspasa. ¡Qué lástima que no tuviéramos mil pesetas!

—¿Es eso—dijo la mujer—lo que piden por el traspaso?

—Justamente. ¡Y era para nosotros un buen negocio!

—Pues nunca podría ser mejor empleada tu cajetilla de tabaco.

—¿Qué cajetilla?

—La que fumabas diariamente cuando nos casamos.

—Pero ¿a qué viene eso?

—Viene a que los cincuenta céntimos diarios que gastabas en tabaco los he ido yo, calladamente, depositando, a tu nombre, en la Caja de Ahorros, para premiar tu sacrificio, y hoy debes contar con un capital que, aun sin los intereses producidos, no bajará de mil pesetas.

Los dos esposos se abrazaron.

A los pocos días, la tienda corría a nombre de Tomás, y en ella realizó buenas ganancias.



La mujer hacendosa y económica viene a ser la providencia del hogar.

Cuestionario.—Referid la historia.—Calcular cuánto gasta al año quien gasta diariamente en fumar 50 céntimos de peseta.—¿A cuánto ascienden los gastos en seis años, en veinte años?—La Caja de Ahorros, no solamente guarda, sino que hace producir.

5. Cuándo se debe economizar.—El ahorro más fecundo es el del joven, el del escolar, el del niño, no solamente porque facilita la adqui-

sición de un buen hábito, sino porque hay más tiempo de hacer los ahorros productivos.

No puede haber nada más triste que ver a un anciano mendigar una limosna después de haber pasado la mayor parte de su vida ganando un buen salario. El trabajo le dió medios para vivir al día con desahogo; pero la imprevisión le ha conducido, cuando ya no puede trabajar, a depender de la conmiseración de los extraños.



En la juventud es cuando debe practicarse la economía, para

en la ancianidad poder gastar liberalmente y proporcionarse algún placer. El joven tiene ante sí un largo porvenir, y debe prevenirse; el anciano, al tocar el fin de su carrera, tiene derecho a recoger los frutos del trabajo y a disfrutar del descanso.

Y, sin embargo, en la vida se observa que los jóvenes gastan muy liberalmente, con mucha más largueza que sus padres. Y es que les falta la reflexión y la experiencia para hacer buen uso del tiempo y del dinero.

Jóvenes inexpertos se ven entregarse a los placeres, aunque para ello tengan que contraer deudas. Se crean necesidades, y para satisfacerlas recurren a medios poco escrupulosos, tal vez ilícitos. Quieren gozar de la vida demasiado pronto, y se hacen unos desgraciados.

Por fortuna, en nuestros tiempos se van multiplicando las Cajas de Ahorros y las Mutualidades escolares, que enseñan a los niños a adquirir el hábi-

to de la economía, y son ya muchísimos los iniciados en la práctica del ahorro.

Si todos los niños de edad escolar se crearan con sus pequeñas economías una libreta de seguro en el Instituto Nacional de Previsión, podría tenerse la seguridad de que nadie llegaría a viejo sin tener una renta segura para vivir con tranquilidad los últimos años de su vida.

Quien de niño economiza algunos céntimos puede recogerlos, cuando viejo, hechos pesetas.

Cuestionario.—¿Cuándo se debe economizar?—¿Por qué es más fecunda la economía del joven?—Conducta irreflexiva de algunos jóvenes inexpertos.—¿De qué modo se puede obtener una renta segura al llegar a viejo?

6. El alfiler y la suerte de un hombre.

He aquí un ejemplo donde se ve, no solamente la utilidad de la economía, sino el concepto que forman los demás del hombre económico.

Cuando Laffite* llegó a París, siendo un muchacho, toda su ambición se cifraba en conseguir un modesto empleo en una casa de banca.

Presentóse con una carta en casa de Perregaux, rico banquero, a quien el joven, con mucha turbación y timidez, expuso sus pretensiones.

—No me es posible admitirle por ahora—dijo Perregaux—; todos los empleos están ocupados.



El pretendiente saludó al banquero, y se retiró humildemente.

Al pasar por el patio, triste y cabizbajo, vió un alfiler en el suelo, lo cogió y se lo clavó en la solapa.

El banquero, que estaba todavía de pie en la ventana de su despacho, pudo observar lo que hizo el joven. Y como era de esos hombres que saben apreciar el valor de las cosas más pequeñas, pensó en seguida que quien se bajaba a recoger un alfiler debía ser necesariamente ordenado y económico.

Aquella misma noche recibió Laffite un billete del banquero, en que se leía:

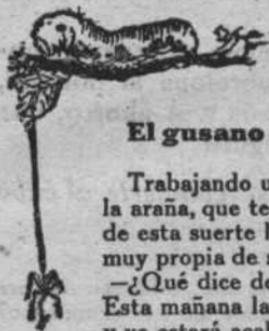
«Sr. Laffite: Un empleo le espera a usted en mis oficinas; puede venir a desempeñarlo desde mañana.—*Perregaux.*»

• No se engañó el banquero en sus cálculos. El joven del alfiler poseía excelentes cualidades. Empezó siendo escribiente; luego cajero; más tarde socio, y, en fin, dueño de una gran casa de banca; fué diputado, financiero de gran reputación y presidente del Consejo de ministros.

Laffite, que de joven recogía lo que muchos despreciaban, un alfiler perdido en el suelo, supo con su trabajo y economía reunir una considerable fortuna. Pero Laffite supo unir a la economía otra rara virtud: la generosidad. Siempre estuvo abierta su mano para derramar el oro y socorrer las desdichas en la honradez.

Sin la economía de cosas pequeñas no puede haber grandes riquezas.

Cuestionario.—Referir cómo el recoger del suelo un alfiler decidió de la suerte de un hombre.—Rápida carrera de Laffite.—Importancia de la economía en las cosas pequeñas.—Buen uso de la fortuna.—Recitar la fabulita.



El gusano de seda y la araña

Trabajando un gusano su capullo,
la araña, que tejía a toda prisa,
de esta suerte le habló con falsa risa,
muy propia de su orgullo:
—¿Qué dice de mi tela el seor* gusano?
Esta mañana la empecé temprano
y ya estará acabada al mediodía.
¡Mire qué sutil es! ¡Mire qué bella!...—
El gusano con sorna respondía:
—Usted tiene razón: ¡asi sale ella!

Tomás de Iriarte.*

En la ejecución de las cosas no debe atenderse tanto a hacerlas pronto como a hacerlas bien.

7. La palabra economía.—Cuando se habla de economía suele entenderse por la buena administración del dinero; pero por extensión puede aplicarse la palabra economía al uso prudente que se hace de una cosa, no utilizando de ella sino lo absolutamente indispensable.

Hay, pues, economía de dinero; pero pueden economizarse también el tiempo, las palabras, el trabajo, las energías, las molestias, etc.

El hombre económico es, pues, aquel que no malgasta el tiempo ni el dinero; el que es sobrio en su alimentación, morigerado en sus acciones, parco en palabras; el que sabe medir y apreciar el valor de cada cosa, y sólo emplea lo necesario sin el menor desperdicio.

La parte que se economiza de una cosa, esto es,

la que se reserva para aprovecharla en otra ocasión, es lo que se llama ahorro.

El trabajo, produce; la economía, ordena; el ahorro, atesora; la previsión proporciona al hombre, mediante el trabajo, la economía y el ahorro, una vejez tranquila, un bienestar seguro.

Una bellota que se siembra se convierte al cabo de tiempo en corpulenta encina.

Cuestionario.—La palabra economía, ¿refiérese siempre a dinero?—¿Cómo es el hombre verdaderamente económico? ¿A qué se llama ahorro?—Efectos del trabajo, la economía, el ahorro y la previsión.





8. El tesoro del avaro.—«La sórdida avaricia—dice Hartzzenbusch* en una fábula—es un vicio reprehensible que no puede confundirse, ni siquiera compararse, con la virtud de la economía.»

El hombre prudente y económico sabe huir igualmente de los dos extremos, el despilfarro y la avaricia, que en el medio está la virtud cuando los extremos son viciosos.

—¡Infeliz de mí!—decía, lamentándose, un avaro a un vecino—: me han robado esta noche el tesoro que enterré en el jardín, y en su lugar me han dejado un pedrusco.

—Hombre—le contestó el vecino—, tú no te aprovechabas; figúrate que la piedra es el tesoro, y tienes lo mismo.

—Lo mismo tendré—replicó el miserable—; pero ese que me lo quita, ¿no tiene más? ¡El tiene más! ¿No es cosa de volverse loco?

El avaro guarda y esconde por el apetito desordenado de amontonar riqueza; el hombre económico sabe hacer con oportunidad el uso conveniente de sus ahorros.

La avaricia es más contraria a la economía que la misma liberalidad.

Cuestionario.—Juicio sobre la avaricia.—Referir la fábula del avaro.—El dinero no es para tenerlo escondido.—Distinción entre la avaricia y la economía.

El zarzal y la cordera

Llovía sin cesar; los campos se anegaban;
las reses por doquiera huían espantadas,
y dijole el zarzal a la cordera mansa:
—Acógete, infeliz, debajo de mis ramas;
daréte abrigo.

—No, que tus espinas dañan;
en ellas veo aún vedijas de la lana
que, sin piedad, ayer robaste a mis hermanas.
En ti miro la red; tus tallos son las mallas;
brindando protección, esquilas al que amparas;
a tu rapacidad, prefiero la borrasca.

*Venid todos a mí; yo alivio la desgracia,
si buen seguro dais, yo os abriré mis arcas.*

Esto la usura vil, con voz artera exclama;
Mas, ¡ay!, no la creáis: es la espinosa zarza.
Pendientes de su arcón, colgó muchas entrañas;
su oro es un dogal, y los dogales matan.

Juan Salas.*

9. La economía del tiempo.—Una de las cosas de más valor en la vida y que más pródigamente se malgasta es el tiempo.

El tiempo encierra un caudal inapreciable, que nuestra pereza no nos permite beneficiar.

La poca puntualidad en el cumplimiento de nuestros deberes ocasiona una pérdida considerable de tiempo, que podría ser empleado en la ejecución de muchas cosas útiles.

El acudir tarde a una reunión, aparte del abuso de confianza que supone, hace perder un tiempo

precioso a los que puntuales respondieron a la cita, sin provecho, generalmente, para quien se retrasa.

Muchas Sociedades fracasan por la falta de puntualidad en acudir sus socios a las reuniones. Se espera una vez con paciencia; se tolera una tardanza por segunda vez con disimulado enojo; pero a la tercera, cansado el socio solícito, se queda en casa, y tal vez la sesión no se celebra por falta de número.

Media hora de retraso no es solamente media hora de tiempo perdido, sino media hora por cada uno de los individuos que esperan, a lo que hay que añadir el tener que hacer nueva citación, para perder acaso nuevamente el tiempo, y el trastorno que todo esto supone para el cumplimiento de las demás obligaciones.

Tal vez por una pequeña tardanza se malogra un gran negocio. Por llegar un minuto tarde al tren se pierde un viaje. Por haber permanecido un cuarto de hora más en el lecho fué derrotado Napoleón en la batalla de Waterlloo*, que decidió de los destinos de Europa.

La vida es corta, y fuera gran necedad no querer aprovecharla. Todos los grandes hombres se han distinguido por sus afanes en aprovechar el tiempo, porque quien sabe aprovecharlo sabe en cierto modo prolongar la vida.

Malgastar el tiempo es lo mismo que derrochar un tesoro inapreciable. En tal sentido, puede decirse que la pereza es la mayor prodigalidad del mundo.

Quien hace buen uso del tiempo economiza dinero: «el tiempo es oro».

Cuestionario.—Valor del tiempo.—¿Qué se ocasiona de la poca puntualidad?—¿Qué males produce cualquier retraso

en la asistencia a una reunión?—¿Por qué se dice que aprovechar el tiempo es prolongar la vida?—El tiempo mal gastado.

10. El cultivo del café en América.—

La economía tiene mil formas, pero siempre presupone el orden, la moderación, el gasto puramente indispensable.

He aquí el origen de una gran riqueza: la riqueza incalculable que supone el cultivo del café en América.

Antes del siglo XVIII no era conocida esta planta en el Nuevo Mundo; sólo se cultivaba en Abisinia y la Arabia.

Desclieux* quiso llevarla a la isla de Guadalupe, su país natal, y embarcó con él dos arbolitos en maceta, prodigándoles sus cuidados durante el viaje.

La travesía se hizo más larga de lo que se había calculado. Escaseó el agua, y hubo que poner a ración a los viajeros. Desclieux economizaba una pequeña parte de la que le correspondía para regar sus cafetos, y sólo a fuerza de privaciones pudo evitar que se le secaran.

Por ellos puso en peligro su salud y hasta su vida; con ellos compartió la sed que les devoraba.

Pero los cafetos llegaron vivos a Guadalupe; se aclimataron y extendieron con tal prosperidad, que pronto se propagaron a las Antillas, Venezuela y el Brasil.



Enriquecida la isla de Guadalupe con el cultivo del café, ofreció a Desclieux, veinte años después de su arribo, 300.000 francos, como premio del favor que le había dispensado.

Pero Desclieux lo rehusó generosamente, pidiendo que se aplicara aquella cantidad para perfeccionar los cultivos.

Hoy son muchos millones y millones de pesetas los que rinde anualmente el cultivo del café en América.

De las cosas más pequeñas suele sacar la economía provechos grandes.

Cuestionario.—¿De dónde es oriundo el café?—¿Quién lo llevó a América?—Dificultades que surgieron en el viaje.—Producción actual.

11. Un método de economizar.—Un obrero pobre le preguntaba a otro camarada suyo:

—Los dos ganamos el mismo salario y los dos tenemos casi iguales necesidades; ¿cómo te arreglas para tener libretas en la Caja de Ahorros y en el Instituto Nacional de Previsión, cuando yo puedo vivir a duras penas?

—Es muy sencillo—respondía el camarada—: yo aspiro siempre a ir de menos a más en las monedas que recibo; tú dejas ir fácilmente de más a menos.

—No entiendo lo que quieres decirme.

Te lo explicaré brevemente: veinte *perras chicas* hacen una peseta; pero es muy difícil en piezas sueltas conservarlas juntas, porque son propensas a irse cada una por su lado. Cámbialas por una peseta en papel y las guardarás más fácilmente.

—De modo que tu secreto está en hacer de las piezas de metal pesetas de papel, y de éstas duros.

—Justamente: es preferible cambiar las veinte

perras chicas por una peseta, a desgranar ésta en cuartos y que se te vayan de las manos; pues bien dice el adagio: *Moneda cambiada, moneda gastada.*

—¿Quién te ha enseñado esas cosas?

—La propia experiencia. Prueba y verás: mientras tengas en el bolsillo un duro en papel, lo conservarás fácilmente, y te abstendrás de gastos menudos innecesarios; pero cámbialo para pagar un gasto de dos reales, y los otros diez y ocho se te irán sin apenas darte cuenta de ello.

—Eres un verdadero economista.

—Soy un mero observador de las cosas, y he advertido muchas veces que importa guardar los céntimos para hacer pesetas, y convertir éstas en duros, pues los duros se guardan por sí solos, siempre que no se desgranen en pesetas y céntimos.

—Desde hoy voy a seguir tu consejo, y, tratándose de monedas, procuraré ir siempre de más a más y nunca de más a menos, acordándome de tu consejo.

Mejor se guarda un duro en una pieza que en cinco pesetas sueltas.

Cuestionario.—La pregunta de un obrero pobre.—¿Cómo le responde otro obrero económico?—¿Qué consecuencia debemos sacar de esta historieta?

12. Los pobres pueden hacerse ricos.
A ver, a ver cómo puede lograrse ese bello ideal.



Yo tengo ánimos para trábajar; quiero poder vivir independiente; ¿cómo podré lograrlo?

—Muy fácilmente: si eres trabajador, tienes ya andado más de la mitad del camino. Todo se reduce a que sigas trabajando y hagas constantes economías, por pequeñas que sean.

No digas que no puedes hacerlas. Muchos hombres de tu condición las han hecho; y lo que otros han hecho, ¿por qué tú no has de poder hacerlo?

¿Crees acaso que el ahorro es una virtud penosa? Pues estás en un error; el ahorro produce placeres honestos que nos alejan de la prodigalidad y del despilfarro. El pequeño ahorro se hace insensiblemente cuando se tiene el hábito de ahorrar; sus consecuencias son sumamente gratas y placenteras.

Si puedes economizar poco, economiza poco;

pero economiza algo. Aunque no ahorraras sino diez céntimos diarios, tendrías al año más de siete duros, que en veinte años, con los intereses compuestos, pasarían de mil pesetas de capital.

Lo que importa es empezar; ahorrando céntimos al principio, se ahorran después pesetas y duros.

Toda la dificultad está en el primer paso. Decidete y empieza a ahorrar desde hoy; no lo dejes para mañana.

La economía no necesita una inteligencia superior, sino sentido común y fuerte voluntad, negarse a determinadas fruiciones egoístas y adquirir el hábito de economizar.



Que los hombres de corto sueldo pueden hacer economías, lo prueba el que muchos las han realizado viviendo con sobriedad y colocando con grande constancia sus pobres economías en una Caja de Ahorros*. Y si algunos han sabido hacerse de este modo un capital, ¿por qué—repetimos—no han de poder hacerlo los que se encuentran en idénticas circunstancias?

No digáis que es un egoísta el que ahorra. Egoísta es el que tiene un salario y se lo gasta, sin pensar en lo que será de su familia si él fallece o se inutiliza para el trabajo.

El mayor egoísmo de un padre de familia es la falta de previsión.

Cuestionario.—¿Cómo puede lograrse el ideal de que los pobres se hagan ricos?—La economía de las cosas pequeñas es el camino para las fortunas grandes.—La dificultad está en el principio. Decidete desde ahora y lograrás el éxito; no seas egoísta.

13. No basta ganar, sino economizar.

En la vida se procura, generalmente, preparar a los jóvenes para ganar dinero y proporcionarse un bienestar.

No está mal hecho eso; pero es quedarse a la mitad del camino. Hay muchos hombres suficientemente activos para ganar dinero; pero pocos que sepan hacer buen uso de él después de haberse fatigado en adquirirlo.

Y es que cuando se posee dinero se siente un tentado del goce del placer, que nos arrastra hacia abajo, y se necesita mayor fuerza de virtud para elevarnos al pequeño sacrificio de la abstención. El apetito del animal vence a menudo la razón de la prudencia.

Por eso hay muchos hombres que, no obstante haber ganado buenos sueldos, viven al día y acaban por morir en la miseria. A su muerte se precipitan sobre la familia los acreedores, y hay que embargar hasta los muebles para pagar las deudas. ¡Oh amarga memoria del finado! ¡Desgraciada familia! *

Y, sin embargo, hubiera sido muy fácil evitar estos males acudiendo a tiempo.

Con que el finado que supo ganar mucho dinero hubiera limitado prudentemente sus gastos, haciéndolos menores que las ganancias, se habría hecho el milagro.

La privación de un goce momentáneo, de unas copas de licor, de unos cigarros escogidos, de una prenda de vestir innecesaria, de una función de teatro, son suficientes para formarse un capital con que atender a necesidades, no por imprevistas menos ciertas.

Se pretende que no se quiere hacer mal papel en la sociedad, y esta ilusión lleva a muchos hombres a gastar sin tasa, sumiendo después a la familia en los abismos de la estrechez y de la vergüenza. ¡La vanidad les ciega!

El hombre prudente trabaja y gana, pero sabe economizar una parte de sus ganancias. En estas economías se fundan, no solamente su bienestar, sino su independencia.

Estos hombres son después los que realizan en el mundo las altas, nobles empresas, orgullo de la humanidad.

Las personas que gastan todo lo que ganan son débiles e impotentes, esclavas siempre del tiempo y las circunstancias.

Cuestionario.—La ganancia y la economía se completan. No basta ganar dinero, sino hacer buen uso de lo ganado.

Quien gasta todo lo que gana, quien vive al día, está perdido.
Hay que economizar siempre una parte de las ganancias; hay
que ser previsor.

Los criados invisibles

Un joven bien criado,
viajero por destino,
se hospedó en cierta casa
de unos buenos amigos,
que a fuer de generosos,
como gentes de viso,
con ansia todos quieren
servir al bienvenido.

Mas él a todos para,
rehusando los servicios,
—Pues traigo, dice, siempre
dos criados conmigo.

—¿En dónde están—preguntas.
—El verlos no es preciso—
respóndeles—, mas quiero
pintarlos muy al vivo.

Son mozos de mi talla;
por más señas, mellizos;
mis propios años cuentan,
y así... mi genio mismo.

Gastan poco, y en breve
lo encuentro todo listo,
y cuanto los dos hacen
me parece exquisito.

Prudentes cual ninguno,
callados cual novicios,
y siempre a mi presencia
jamás me dan fastidio.

Ni riñen, ni murmuran
cual otros de su oficio,
ni me piden salario,
ni yo les doy un pito.

Y, con todo, son fieles,
incansables, solícitos;
tan sólo cuando duermo
ellos quedan tranquilos.

Así vivo dichoso;
 más fortuna no envidio,
 ni cambio la que tengo
 por el imperio chino.—

La familia, admirada
 con el caso inaudito,
 deshácese en preguntas
 así por el estilo:

—¿Quién vió tales domésticos?

¿Quién tal regalo os hizo?
 Decid, ¿cómo se llaman?

—Todo voy a decirlo:

Me los dió el Evangelio,
 que tiene gran surtido,
 y al declarar sus nombres,
 descubro ya el prodigio.

Se llaman... entenderlo
 más que todo es preciso:

*Conténtate con poco
 y sirvete a ti mismo.*

Cayetano Fernández.*

14. La economía nos hace independientes.—La economía, si se exagera, puede llevar a la avaricia; pero la economía, cuando prudentemente se usa de ella, conduce al bienestar.

Y en el bienestar es donde florecen las más bellas virtudes sociales, tales como la generosidad, la benevolencia, la justicia y la honradez.

Ved un hombre que despilfarra, que malgasta lo que gana, y yo os aseguro que por buen trabajador que sea, pronto caerá en la miseria y en el vicio; dadme un hombre económico, aunque sea poco hábil y gane un jornal mezquino; de él puede asegurarse que no le faltará qué comer y que será un hombre honrado.

La persona que gasta todo lo que gana da prueba de su debilidad, de su impotencia. Quien sabe ahorrar para prevenirse contra cualquier revés de

fortuna puede mirar al tiempo cara a cara sin intimidarse: es un hombre independiente, es un carácter.

Los hombres sabios y prudentes son, por regla general, previsores y frugales.

Cuestionario. — ¿Adónde puede llevar la economía?— ¿Qué virtudes florecen con el bienestar?— El hombre que despilfarra comparado con el que economiza.

15. La economía lleva a la moralidad.

El orden y la economía son en nuestros tiempos signo distintivo de la cultura, lo mismo para los individuos que para las colectividades.

Una nación con buenos servicios públicos, con sabias leyes, con libertades prácticas, amplio crédito y buena administración, es una nación culta, rica, fuerte, libre, moralizada.

Pero esto no puede ser sin educación en el pueblo, sin civismo en los ciudadanos, sin moralidad en la administración, sin buenas costumbres en las familias.

Eduquemos a la juventud en las prácticas del trabajo y la economía, que engendran el ahorro, y tendremos mucho adelantado para constituir sanas familias, que pueden hacer de España una nación grande, próspera y rica.

Ved una familia de posición desahogada, donde todos estudian y trabajan en cosas útiles, en la que se impone la disciplina moral a los hijos lo mismo que a los criados. Es una casa donde impera la dicha, y donde se ha creado un bienestar con el trabajo productivo, el orden y la economía. Es una casa modelo de familias, honra de la sociedad y orgullo de la patria.

Ved una familia de la clase media, en la que rei-

nan las virtudes prácticas; en las que el sentimiento del honor y la dignidad se mantienen vivos, pero sin ostentación. En ella se ama la independencia por el trabajo y no se pretende neciamente imitar a los ricos y confundirse con ellos. Es una familia dichosa, porque sabe practicar las virtudes del trabajo, el orden, la economía y el ahorro.

Ved una familia pobre, pero educada en estas virtudes sociales. En su humilde morada no faltan limpieza, salud y alegría, un objeto de arte, un ramo de flores y algunos libros. Viven con cierta estrechez, pero con dignidad, porque trabajan y disfrutan, mediante el orden, de un modesto y suficiente pasar.

Necesario es que haya ricos y pobres; pero en todos los estados se puede vivir con relativa felicidad. El trabajo y la honradez son las dos columnas sobre las que se asienta la dicha.

Quien practica provechosamente el ahorro se hace trabajador y está en camino de ser honrado. Una libreta de la Caja de Ahorros es como una certificación de buena conducta.

Cuestionario.—El orden y la economía en la nación, en las familias ricas, en las de la clase media y en las pobres.—
Conversación sobre estos particulares.

16. Los juegos de azar.—Uno de los vicios más funestos que pueden contraerse en la juventud, que más amargura producen en la vida, y que, con frecuencia, deciden del porvenir del hombre, es el de los juegos de azar.

Se entra en los juegos insensiblemente, por diversión, por pasatiempo; pero poco a poco van apoderándose de la voluntad del que se aficiona a ellos, y lo que era simple gusto, se convierte en

pasión tiránica, avasalladora, difícil de sacudir, que todo lo atropella: conveniencias, sentimientos y deberes.

De la nada al bienestar, la subida se hace por camino largo y frecuentemente áspero; del bienestar a la ruina, la bajada es breve, fácil, rapidísima. Y la ruina es el paradero casi seguro de todos los que se dejan dominar por la pasión del juego.

En un principio, se busca en el juego solamente el placer; después se juega por codicia; luego por desquitarse de lo perdido. Pero absorbe el juego de tal modo los sentidos del jugador, que nada le contiene, en nada piensa, para nada vive que no sea su pasión favorita.

Primeramente se pierden las dádivas y propinas que recibimos de nuestros mayores; después se pierde lo ganado con el sudor del trabajo, y es una pérdida muy dolorosa; más tarde se juega lo que se nos ha confiado, con la esperanza de desquitarnos de lo anteriormente perdido.

Y no se detiene aquí el jugador, sino que juega y pierde después lo que pertenece a su mujer y a sus hijos, lo que se puede alcanzar prestado de los amigos y parientes... Parientes y amigos callan; los hijos no lo saben; la esposa oculta el vicio del marido derramando en silencio abundantes lágrimas...

El jugador siente pronto aversión al trabajo; se convierte luego en holgazán; se aficiona frecuente-



mente a la bebida y al tabaco; se hace embustero, y algunas veces hasta... ladrón.

Ni en chanza debe consentirse que los niños se aficionen a juegos de azar. Hasta los que parecen más inocentes son juegos peligrosos.

Un pobre jugador no puede ser hombre laborioso, económico, previsor, honrado. No puede ser buen hijo, ni buen padre, ni buen esposo, ni buen ciudadano.

El camino del juego conduce derechamente al crimen y al presidio.

Cuestionario.—¿Qué son los juegos de azar?—¿Cómo se entra en ellos?—¿Adónde conducen?—Hacer firme propósito de no caer en estos juegos.





17. Lectura explicada.--La embriaguez.

Cuenta una leyenda árabe que cuando Noé plantó la viña, vino el diablo y la regó primero con la sangre del león, después con la del mono y, por último, con la del cerdo.

Por eso—añaden—, todo el que bebe vino con exceso empieza por ser bravucón y pendenciero; después se pone alegre y chistoso, y, por último, se rinde y se echa a dormir, haciéndose, sucesivamente, semejante a aquellos animales.

La embriaguez debe sernos odiosa, porque degrada al hombre. Dícese que los espartanos, para inspirar a sus hijos el horror al vicio de la bebida, les hacían contemplar el espectáculo de un esclavo ebrio.

Prescindamos del gasto que supone la bebida, con el que podrían ser atendidas muchas necesidades.

La embriaguez priva al hombre de la razón y le hace semejante a las bestias, despertando sus ins-

tintos brutales, y acaba por reducirlo al más completo estado de embrutecimiento e insensibilidad.

Explicación.—Esta lectura encierra una importante lección moral, pues hace ver las tristes consecuencias de la embriaguez.

Embriaguez: Voz derivada de embriagar. Sinónimo: borrachera. El hombre *borracho* se llama también ebrio y beodo.

Noé: Patriarca bíblico, que plantó la viña.

Diablo: Familia de palabras: diabla, diablear, diablejo, diablillo, diablura, diabólico, endiablado, endiablar, cachidiablo.

Espartanos: Los antiguos habitantes de Esparta, república de la antigua Grecia. Se distinguió por la sencillez y sobriedad de sus costumbres.

Esclavo: Hombre sujeto a la potestad de otro hombre.

Instinto brutal: Inclinação propia de los animales o de las bestias.

18. Ejercicio de recitación. — El hijo pródigo

PARÁBOLA

Dos hijos tuvo un padre, y de la hacienda
el segundo pidióle la porción;
otorgada le fué; partió contento,
y ya que luengo trecho se alejó,
pronto en su juventud hicieron presa
los deleites del vino y del amor.
Disipados sus fáciles tesoros,
llamó a sus puertas la miseria atroz.

Y el hambre le afligió que Dios mandara
sobre aquella tristísima región.
El pródigo infeliz miró anublado
de su opulencia el esplendente sol,
y el héroe de los lúbricos festines
la jerga del porquero se ciñó.
¡Oh! ¡Cuántas veces del hediondo rancho
pretendía las sobras con dolor!
¡Oh! ¡Cuántas recordaba el pan sabroso
que allí, en su casa, bendecía Dios,
y en banquete modesto consumía,
cercado de su prole el labrador!

—Iré—decía el triste—; iré confuso,
 y a aquel buen padre pediré perdón;
 y cuando no merezca ser su hijo,
 cuando él desoiga mi doliente voz,
 regaré con mis lágrimas sus campos
 y el pan de sus esclavos tendré yo.—
 Alzóse en pie; tomó el báculo amigo,
 y anduvo, anduvo, de su dicha en pos;



y cuando el aire de su ansiada patria
 le abría su agitado corazón.
 vió a lo lejos a su padre que, piadoso,
 recogióle en sus brazos con amor.
 Besóle el rostro, y de preciada estola
 y calzado y anillo le adornó,
 y un ternero inmoló, como en recuerdo
 de aquella dulce, apetecida unión.

Mas hele que del campo ya retorna
 el hijo primogénito; un rumor
 de armónicos acentos le suspende;
 llega al paterno umbral con pie veloz;
 oye el férvido coro, y entedida
 de tanto regocijo la ocasión,
 subióle la ira al demudado rostro
 y el alegre festín interrumpió.

Salió a su encuentro el bondadoso padre;
 rogóle entrar y en vano.—Yo, señor,

que te he servido fiel; que tus mandatos
 con honrada lealtad cumplí hasta hoy,
 nunca a tu larga mano he merecido
 de un tierno corderillo el solo don;
 y en tanto, de las torpes meretrices
 cansado, y del placer que devoró,
 viene el hijo rebelde envilecido
 y el ternero para él cebas mejor.
 —Tú a mi lado estás siempre, y tuyo es todo—
 dijo el padre—; mas júbilo es todo hoy,
 porque él, que era ya muerto, ha revivido;
 porque él, que era perdido, hoy se encontró;
 tú, constante, hijo mío; él, recobrado;
 ¡déjame ser feliz entre los dos!

Jerónimo Borao.*

19. Ejercicio de dictado.—Consejos.—

Procura contraer desde niño hábitos de orden y economía. No malgastes dinero, tiempo, fuerzas y energías en la juventud, pues todo lo has de necesitar cuando llegues a edad proveyta.

No confíes en la suerte que te sacará de apuros, ni arriesgues nunca el dinero en juegos de azar. Pon confianza en tus propios esfuerzos y trabaja. Nadie sabe de lo que es capaz hasta que de hecho se lo propone.

Abstente de fumar si aun no has empezado; esfuérzate por librarte de esta esclavitud si te has dejado dominar por el vicio. Todo el que fuma gasta inútilmente salud, tiempo y dinero.

La economía por sí sola es ya una renta. No es pobre el que tiene poco, sino el que teniendo mucho no se conforma y ambiciona más.

VOCABULARIO

Borao (Jerónimo): Literato aragonés (1821-1898).—*Caja de Ahorros*: Oficina pública que recibe pequeñas cantidades en depósito y abona interés.—*Desclieux*: Marino francés nacido en la colonia de Guadalupe (América).—*Fernández* (Cayetano): Poeta andaluz, autor de las *Fábulas ascéticas*. Fué ayo de Isabel II.—*Hartzenbusch* (Eugenio de): Ilustre literato español, autor de los *Amantes de Teruel*. Fué hijo de un carpintero (1806-1880).—*Iriarte* (Tomás de): Célebre fabulista español, autor de las *Fábulas literarias* (1750-1791).—*Laffite*: Hacendista y político francés (1767-1844).—*Sala* (Juan): Jurisconsulto español, nacido en Pogo (1831-1895), catedrático de la Universidad de Valencia.—*Seor*: Es una síncopa de señor, forma anticuada.—*Waterloo*: Aldea próxima a Bruselas, célebre en la Historia por la victoria de los aliados contra Napoleón I en el año 1815.



IV - El ahorro

1. El ahorro.—¿Qué es el ahorro? Suele decirse que ahorrar es poner a buen recaudo lo que sobra de los gastos indispensables, y en tal concepto se considera como el resultado de la economía.

Pero en realidad es esto y algo más. El verdadero ahorro consiste en imponerse ciertas privaciones voluntarias, a fin de reunir un capital con que poder afrontar necesidades futuras, propias o ajenas, haciendo siempre de él un uso bueno y útil.

El ahorro supone, pues, cierta fuerza de voluntad y de abnegación, fuerza que reclama mil pequeños sacrificios, pero que promete seguras alegrías.

El ahorro, hecho de esta manera, proporciona una satisfacción que deja pagadas todas las penalidades que exige. En el sacrificio está el mérito y en el hábito la virtud, siempre dulce y placentera.

No hay en la vida satisfacción más grande que la satisfacción del bien obrar. Quien practica la virtud es verdaderamente dichoso. El hábito del ahorro aleja de sí todo género de vicios.

EJEMPLOS

1.º Pedro y Juan son dos escolares muy camaradas. Los dos tienen libreta en la Caja escolar de ahorros.

Pedro impone cada semana 50 céntimos, que sus padres le dan con este objeto. Juan impone cada semana 10 céntimos, que él recibe los domingos para golosinas o diversiones,

El primero lleva a la escuela el dinero de sus padres; el segundo ha debido resistirse a la tentación de gastar el dinero que entregaba al maestro.

¿Cuál de estos dos niños ahorra verdaderamente? ¿Quién sentirá más dulce satisfacción en poseer una libreta?



2.º Antonio es un joven obrero de taller, que no hace ningún gasto inútil en tiempo ordinario. Tiene su libreta de la escuela de adultos, donde impone 1,50 pesetas semanales, y ha reunido un capitalito.

Pero Antonio ha frecuentado malas compañías. Llega la víspera de Carnaval y retira de la Caja todo su dinero para disfrazarse con sus amigos e ir a los bailes.

¿Crees que Antonio ahorra? Realiza imposiciones en la Caja de Ahorros; mas ¿hace de su dinero un uso bueno y útil?

Esto no es ahorrar: es acumular dinero para darse el gusto de disiparlo después en placeres que dejan tras de sí larga amargura.



3.º Luisa es una joven costurera que tiene su libreta de la Caja de Ahorros. Cada domingo impone dos pesetas, o una peseta, ó 60 céntimos, lo que buenamente puede.

Pero cae, desgraciadamente, su padre enfermo, y Luisa tiene que ir retirando poco a poco los ahorros para sostener a su familia, que está a las puertas de la miseria.

Ella gasta en pocos días todo lo que en muchas semanas había economizado.

Pero este gasto responde a uno de los objetos del ahorro. Es un gasto útil a la familia; es un gasto meritorio para la joven obrera.

El dinero le ha producido el placer de ahorrarlo, satisfacción al darle tan buen empleo.

4.º Eduardo es un joven ebanista. Desde que se matriculó en la Escuela Industrial para seguir un curso de dibujo artístico, va ahorrando algunos céntimos cada día con que acrecenta semanalmente el capital de su libreta.

Cuando pueda disponer de cinco duros, quiere comprar una obra de ebanistería que ha visto anunciada en un catálogo, y ha de serle muy provechosa en el ejercicio de su profesión. ¿Será éste un gasto inútil? Por el contrario, será un gasto reproductivo, pues estudiando estos libros será mejor obrero y ganará más salario.

Es verdad que gasta; pero este gasto, a la larga, acrecentará su capital, multiplicará sus ahorros. Es un gasto verdaderamente útil.



5.º Evaristo es un obrero, padre de familia. No fuma, no va a la taberna, y logra llevar cada semana dos pesetas a la Caja de Ahorros y otras dos al Instituto Nacional de Previsión.

Las pequeñas privaciones que se impone no le pesan, pues se las endulza el deseo de procurar un bienestar a su familia.

Cuando tenga ahorradas 250 pesetas, piensa hacer construir una casa modesta, que una Sociedad le prestará a condición de que le vaya reembolsando lentamente.

Con lo que había de pagar de alquiler durante veinte años, habitará la casa y se hará dueño de ella, y si, desgraciadamente, muriese, se la dejará en propiedad a su familia.

En varias poblaciones de España hay ya casos semejantes.

Cuestionario.—¿Qué es el ahorro?—Virtudes que el ahorro lleva consigo.—El ahorro es útil; el ahorro es placentero.—Ejemplos de verdadero ahorro.

2. ¿Cómo se ahorra?—El ahorro tiene mil formas en relación con las circunstancias del individuo. Pero todos podemos ahorrar, quién más,

quién menos, por humilde que sea nuestra condición o estado.

El ahorro del niño es la moneda de 10 céntimos que lleva a la escuela y entrega al maestro, en vez de comprarse golosinas o un juguete, que se rompe apenas cae en sus manos.

El ahorro de la niña es la cinta, el lazo, la bagatela de que gustosa se priva para ir reuniendo un capitalito con que comprarse un día cosa más útil.

El ahorro del joven obrero, de la costurera, del padre de familia, es el privarse de una diversión para pasear por el campo; el dejar de comprarse una prenda de puro adorno; el suprimir un vaso de vino que se toma sin necesidad; el dejar de fumar; el no ir a la taberna o al café, donde se corre el peligro de perder el dinero y la salud.

Es verdad que el ahorro pide algún esfuerzo y, sobre todo, perseverancia; pero ¡cómo sabe endulzar estas privaciones severas con las rientes esperanzas que ofrece para lo porvenir! ¿Dónde se tiene premio más seguro?

Alguno dirá:—No puedo ahorrar; gano un jornal insuficiente.

Pero ¿qué hombre no puede privarse de un vaso de vino o de un par de cigarros al día? Pues este ahorro, por insignificante que parezca, repetido con constancia, equivale, al

cabo de algunos años, a un seguro de miles de pesetas pagadero a la familia, o a un capitalito formado por sucesivas imposiciones en la Caja de Ahorros.



Un ahorro de 20 céntimos diarios supone al cabo de cincuenta años un capital de más de 1.000 duros.

• Las reglas generales del ahorro pudieran expresarse así:

1.^a Gastar siempre algo menos de lo que se gana, para poder proveer contra la incertidumbre de lo porvenir.

2.^a Separar de los ingresos, como primera partida, lo que se destine al ahorro, para evitar la tentación de gastarlo.

3.^a No comprar nunca cosa alguna superflua, por barata que sea, que aun las buenas compras pueden llevar a la ruina.

4.^a No comprar una cosa si no se cuenta con los fondos suficientes para pagarla.

5.^a No contraer jamás deudas.

Los principales enemigos del ahorro son:

1.º La falta de orden y administración en el gobierno del hogar doméstico.

2.º Los pequeños gastos superfluos, que, repetidos, son como una sangría suelta.

3.º La vanidad y el amor propio, que hacen gastar sin medida a ciertas gentes.

4.º Los placeres de la mesa.

5.º El juego y las bebidas.

El hombre prudente gana todo lo que puede, gasta lo menos posible, y lo que gasta no lo hace inútilmente.

Cuestionario.—El ahorro tiene muchas formas: ahorro del niño, de la niña, del padre, de la madre de familia.—Copiar las reglas generales del ahorro y considerar sobre ellas.

3. El mejor sistema de ahorro.—No es el hombre que ahorra de vez en cuando el que saca provecho del ahorro, no; el que llega a obtener to-

das las ventajas, el que levanta la cabeza y triunfa es aquel que ahorra regularmente, metódicamente, sistemáticamente, poniendo a salvo cada semana una pequeña cantidad, pero con constancia, con tenacidad, sin dejarse vencer por ninguna tentación que le haga distraer sus economías.

Los ahorros constantes son los que poco a poco van labrando una fortuna; son como la lluvia menuda y persistente que se infiltra en la tierra, la satura y fertiliza, preparando así una cosecha copiosa; son como las piedras que van formando los cimientos sobre los que ha de levantarse una posición social.

El padre que haya enseñado a sus hijos esta gran lección; el padre que les haya inculcado por medio del ejemplo el hábito del ahorro, lento y continuado, no tema que hayan de verse nunca en apremiante necesidad.

El hábito del ahorro irá formando su carácter y bastará por sí solo para hacerlos trabajadores, juiciosos, ordenados, hombres dignos, en fin, de la sociedad de que forman parte.

El hábito constante del ahorro contribuye eficazmente a la formación del carácter.

Cuestionario.—¿Quién es el que saca mejor provecho del ahorro?—Los ahorros constantes y sus efectos.—El hábito del ahorro contribuye a la formación del carácter.

4. El ahorro del tiempo.—El ahorro no ha de entenderse solamente del dinero; hay un ahorro más importante, que es el ahorro del tiempo. Con razón pudo Franklin decir: *El tiempo es oro.*

Para ganar dinero es menester hacer buen uso del tiempo, porque la vida es corta, y sólo sabiendo emplear bien el tiempo se hace fecundo el trabajo.

El tiempo puede emplearse en muchas cosas buenas y nobles.

Puede emplearse en el estudio, en el arte, en la ciencia, en la producción.

Para emplear bien el tiempo debe ser el hombre sistemático y ordenado.

Quiere decir sistemático que cuando se proponga determinados fines no pierda tiempo alguno para realizarlos; es ordenado cuando tiene cada lugar para cada cosa y cada cosa ocupa su lugar; cuando hay un tiempo para cada ocupación y cada ocupación se hace dentro de su tiempo.

Los hombres activos y ordenados hallan siempre tiempo para todo lo que han menester; los holgazanes llegan a todo tarde y no tienen nunca tiempo para hacer las cosas.

Cuestionario.—El ahorro del tiempo.—¿Por qué quien ahorra tiempo ahorra dinero?—¿Qué debe mirarse en orden al gasto de tiempo?—Hombres activos y hombres holgazanes.

Tiempo perdido

A la sombra de unos chopos,
y sobre mullido césped,
llevando de árbol en árbol
los ojos perdidamente,
tendido se hallaba un niño,



los libros cerrados siempre,
unas veces para asiento,
por cabecera otras veces.

Un viejo, que fatigaba
la corva hoz segando mieses
cerca de él, con desenfado
le dijo, al par que prudente:

—Niño incauto, ¿ves que el tiempo
que dejas pasar no vuelve?

—Tiempo tengo, dijo el niño,
de estudiar.

—Muy joven eres,
replicó entonces el viejo;
pero, con todo, es corriente
que el día en la holganza pasas
y el día que pasas pierdes.

Sacude, pues, tu pereza,
y piensa más diligente,
*Que el tiempo una vez perdido,
perdido está para siempre.*

Ezequiel Solana.

5. De cajista a impresor.—Perico era un cajista de imprenta muy laborioso y muy hábil, que se componía sus 200 líneas diarias y le valían 20 pesetas de jornal.

Pero Perico se había hecho un fumador empedernido, que no se le caía el cigarro de la boca.

Su madre, un día le hizo esta reflexión:

—Hijo mío, ves que no andamos nada de sobrados y, sin embargo, tú te fumas al cabo del año más de 1.000 panecillos. ¿Y qué sacas de fumar? ¡Humo, humo y humo!

Al pronto, Perico hizo poco caso de las palabras de su madre; pero después calculó que, efectivamente, un día con otro gastaba 1,25 pesetas en fumar, que al cabo del año representaban 456,25 pesetas, con las que hubieran podido comprarse 1.014 panecillos. ¡Una tahona entera!

Resolvió cortar por lo sano y no comprar más tabaco. Al principio tuvo que esforzarse y reprimirse algo, no tanto como se imaginaba. Al cabo de dos meses no echaba ya de menos el cigarro.

Su madre no quiso privar a Perico del dinero que era suyo. Le sacó una libreta de la Caja de Ahorros; fué constante en las imposiciones, y a los pocos años Perico pudo asociarse a un compañero, para con dinero propio establecerse por su cuenta.

Hoy es un impresor, y un impresor de gran fama.



Quien de veras quiere ahorrar, basta que de veras se lo proponga; céntimo a céntimo se hace un duro.

Cuestionario. — ¿Quién era Perico? — ¿Qué le dijo un día su madre? — ¿Qué cálculo se hizo el cajista? — ¿Qué resolvió en consecuencia? — Los ahorros le permiten asociarse a un compañero para montar una imprenta.

6. La hucha. — ¿Qué es la hucha? La hucha es un recipiente, una cantarilla, una caja donde se van depositando, céntimo a céntimo, las economías, en la seguridad de que no serán disipadas.

La hucha es una caja que no se abre, con una pequeña ranura, por donde caben las monedas que en ella se quieren conservar.

«La hucha — dice un economista — es al mismo tiempo un excelente calculador, un excelente tesorero, un excelente moralista.»

• Es la hucha un calculador, porque ella repite imperturbablemente: 2 y 2 son 4; 4 y 2 son 6; 6 y 2 son 8...

Jamás ella se equivoca. Y si cada día se le rinde su tributo, da sus cuentas al fin de año sin el menor error de suma y sin sustracción posible. La caja de un banquero no es más exacta.

Es la hucha un tesorero, porque guarda cuanto se le entrega, con la particularidad que algunos no saben que va haciendo los céntimos pesetas y las peretas duros.

Su presencia es una llamada al orden para los que piensan en la bebida, en el juego, en diversiones. Confiadle vuestros ahorros, y estad seguros de que no ha de malversarlos.

Es, en fin, un moralista, pues enseña economía, previsión, orden; pone límite a los gastos, evitando disipaciones inútiles, y da independencia, decisión y dignidad personal. «Cuánto pesas, tanto vales.»

Hay huchas de tierra cocida, que se usan en los pueblos y se pueden romper fácilmente: es el ahorro de los niños para la primera comunión, para un libro, para un traje.

Hay huchas de madera que duran largo tiempo, de la que guarda la llave una persona mayor: es el ahorro del ama de casa, que se aplica para una festividad, para adquirir una pieza de tela, para comprar una vaca o un huerto.

Hay huchas más grandes y seguras que las de tierra cocida y de madera, que es imposible romperlas o abrirlas, que producen interés y multiplican los capitales que en ellas se depositan. Estas huchas se llaman «Cajas de Ahorro».

Ved ese hermoso niño que en la primavera, sin saber lo que hace, teje ramilletes y coronas con las

flores de los árboles frutales. Coge la flor de los árboles, pero se priva de los frutos.

Así hacen los que en su juventud gastan todo lo que ganan: ellos cosechan las flores del trabajo en lugar de dejarlas fructificar por el ahorro.

Ahorrad, ahorrad en cualquier momento que tengáis un céntimo disponible; no perdáis la ocasión y el dinero.

Cuestionario.—¿Qué es la hucha?—¿Por qué se dice que la hucha es un calculador, un tesorero y un moralista?—La mejor hucha es la Caja de Ahorros.

7. La hucha de barro.—Tenía costumbre un juez de primera instancia de visitar a los presos con alguna frecuencia.

En el espacio de algunos meses encontró que un joven obrero había sido llevado cuatro veces a la cárcel y siempre por los mismos delitos: penden-
cias, rebelión contra la autoridad por efectos del vino.

Preguntó por él y le dijeron: —Señor, es un hombre casado y con dos hijos; pero se embriaga en la taberna todos los domingos.

Cierto día le hizo comparecer ante él. Se presentó el preso arrepentido de su falta, lleno de vergüenza y de confusión, temiendo del juez alguna áspera reprimenda; pero no fué así.

—Aparte de la bebida, que le llevó a cometer frecuentes faltas, yo sé bien que usted es un obrero muy hábil y un hombre honrado.

—Es favor, señor juez.

—Es justicia que me complazco en hacer, según tengo por costumbre. Mas no se trata de esto, sino de pedir a usted un favor, si quiere hacerlo.

—Con alma y vida, señor juez.

—¿Me promete usted hacerlo fielmente?

—Mándeme usted, señor.

—Pues bien: dentro de quince días dejará usted la cárcel, y volverá a reunirse con su mujer y sus hijos. ¿Sabe usted cuál va a ser el favor que yo le pido? Es esto, sencillamente:

Comprará usted una hucha de barro de esas que se venden a diez céntimos. Y para corregirse, para renunciar a esa funesta costumbre de beber, que tantos males acarrea, cada vez que sienta usted la tentación maldita de ir a la taberna, haga usted un esfuerzo; ¡sea hombre! y eche en la hucha el dinero que calcule habría de gastar en aguardiente y vino. Para Navidad, rompa usted la hucha en presencia de su mujer y sus hijos, y cuente el dinero ahorrado. Eso es todo; puede usted retirarse. El obrero bajó la cabeza y se retiró sin hablar una palabra.

Pocos días después, el recluso recobró la libertad. El juez no volvió a acordarse de él.

Pero el día de año nuevo siguiente, al juez le fué anunciada en su casa visita.

Mandó que pasara a su despacho el visitante, y éste, después de saludar respetuosamente, le dijo:

—Señor, ¿se acuerda usted de la hucha que me mandó comprar y del favor que le prometí hacer?

El juez lo recordó, preguntándole con interés cuánto era el dinero ahorrado.

—¡Ah, señor!—contestó el obrero—; abrí la hucha, conforme a lo convenido, en el día de Navidad, ¿y sabe usted lo que saqué de ella?

—¡Veamos!, ¡veamos!—dijo riéndose el juez.

—Pues había un mantón para mi mujer, un par de zapatos para mi hijo, un abrigo para la niña, varias herramientas para mí y aun sobraban pesetas para pagar la casa. Yo le prometo, señor, que no volveré a pisar la taberna.

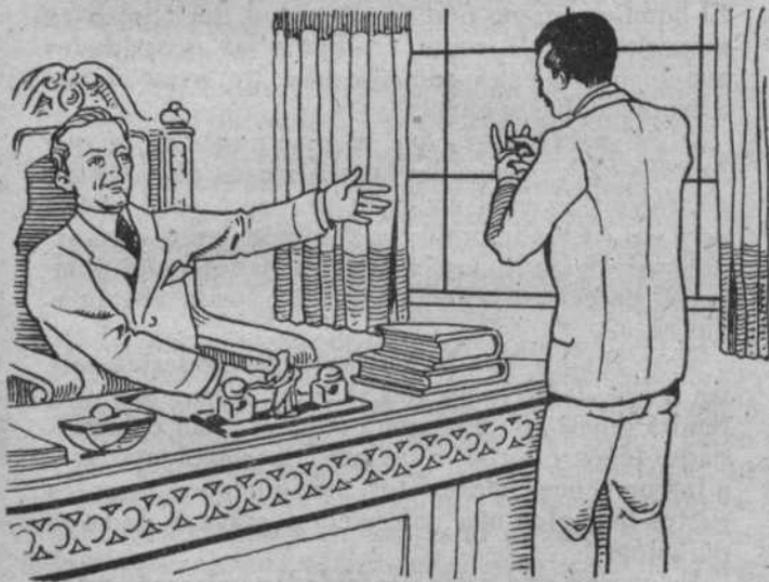
— ¡Así tampoco pisará la cárcel — añadió el juez —, y será un hombre de bien, prosperarán sus negocios y hará la felicidad de su familia.

— Gracias, señor, le doy con toda mi alma por su proceder conmigo; por su sabio consejo, que yo daré a muchos camaradas, por si quieren seguirlo y ser felices.

Y dijo el juez al despedirlo:

— Vea cómo en una pequeña hucha de barro puede encerrarse el bienestar de una familia.

Cuestionario.—¿Qué costumbre tenía un juez?—¿Qué pudo observar en un joven obrero?—Antecedentes que de él le dieron.—¿Qué favor le pidió el juez?—¿Cuál fué el resultado?





8. Ventajas materiales del ahorro. —

El hombre que no practica la virtud del ahorro es incapaz de hacer frente, no digo a las necesidades eventuales de extraordinaria duración, pero ni aun a las ordinarias y comunes.

Si se gasta todo lo que se gana o más de lo que se gana en las necesidades imperiosas de la comida, el vestido y el arriendo de casa, ¿qué queda para los gastos imprevistos y comúnmente extraordinarios, como lo son las enfermedades leves y algunos percances repentinos? Nada, nada absolutamente.

Pero si uno, no satisfaciendo sino modestamente las necesidades naturales, ahorra algo cada día, tendrá dinero, no sólo para atender a las enfermedades leves y cortas, a las pérdidas involuntarias y a los percances imprevistos, sino aun para hacer los gastos que pida una enfermedad grave o de larga duración.

Es verdad que estas necesidades extraordinarias

pueden ser tan costosas que acaben, antes de terminar, con todo lo ahorrado; pero siempre será consolador ver que con el ahorro se puede remediar siquiera parte de dichas necesidades.

Quien ganando lo bastante para vivir y ahorrar, dominado sólo por hábitos de disipación y derroche, y por los consiguientes de la compra al fiado y de la compra al muy por menor, gasta cuanto gana, no sólo hace que su vida ordinaria resulte más cara de lo que debiera ser, sino que pierde todo crédito ante los demás, y se hace indigno de su protección y auxilio en las necesidades y apuros extraordinarios.

En cambio, el hábito laudable del ahorro acompaña casi siempre el de comprar al por mayor en circunstancias oportunas y quizás de una vez lo necesario para todo el año. De este modo, el que ahorra puede atender cómodamente a todos los gastos de la vida ordinaria, y, con la perseverancia en ahorrar y el favor de Dios, puede llegar fácilmente a adquirir un capital, una pequeña fortuna.

Muchos millonarios deben su próspera situación financiera al ahorro paulatino y constante.

Pero los indiscutibles beneficios económicos del ahorro no se limitan al individuo y al hogar: se extienden inmensamente al dilatado campo de la vida social.

Si suponemos que un obrero gana el jornal de ocho pesetas diarias y ahorra una durante cincuenta días, vemos que habrá reunido el pequeño capital de 50 pesetas; suponiendo ahora que dicho ahorro se haya prolongado por un largo lapso de tiempo, y su producto, en lugar de ser guardado estérilmente, haya sido empleado honrada y fructuosamente, se verá al fin que ahorros insignificantes, aisladamente considerados, han llegado, no sólo a

acumular un capital, sino a transformar la condición del obrero pobre en la de obrero acomodado.

^Ahora, si unimos el capital con el trabajo, que juntos constituyen las dos fuerzas necesarias para la producción de la riqueza, tendremos que el ahorro, origen ordinario del capital, si se llegase a practicar siquiera en la mayor parte de los hombres, sería manantial fecundo de bienes económicos para la sociedad.

Esto se entenderá mejor con un ejemplo concreto.

Fulánez halla en un campo una cantera, y para explotarla necesita maquinaria y obreros. Si no tiene capital, por buena voluntad que tenga, no podrá realizar su deseo; pero si dispone del capital suficiente, éste, unido al trabajo, transformará la riqueza natural en económica. Así, el Fulánez en cuestión, con el ahorro, no sólo habrá logrado un provecho para sí y un premio a sus sacrificios, sino que habrá hecho un bien positivo a la sociedad haciendo circular la nueva riqueza.

No conocen otro origen la mayor parte de las industrias, maquinarias, fábricas y empresas que, a la vez que son fuente de riqueza, llevan muy adelante el progreso material y económico de las naciones.

Por esto, Adán Smith, padre de la ciencia económica, dijo acertadamente: «El hombre derrochador es un enemigo de la sociedad, y el individuo ahorrador es un bienhechor de la humanidad.»

A todas estas reflexiones responderán quizás muchos jornaleros que son muy pobres y que apenas ganan para el sustento del día, y que si ahorrasen sería una friolera que para nada serviría. A los tales les replicaremos diciendo que precisamente porque les creemos pobres les aconsejamos el aho-

ro, pues de otro modo les predicaríamos que no derrochasen.

El ahorro constante es el secreto de la riqueza. En cambio, la pobreza nos priva de tantos medios de hacer el bien, que debemos proponernos a todo trance no ser pobres.

Cuestionario.—Situación del que gasta todo lo que gana.—Idem del que hace algunos ahorros.—Los ahorros insignificantes pueden hacer un capital.—El ahorro se aconseja más particularmente al pobre.—Al rico, bástale no derrochar.

9. Dinero produce dinero.—Suele decirse, y con verdad, que el dinero es de naturaleza pròlifica. El dinero puede engendrar dinero; los intereses que producen suelen dar nuevo interés, y así sucesivamente, mientras no se deshace o queda inactivo el capital.

Cinco pesetas bien empleadas en un negocio valen seis; vueltas a emplear, valen siete y algunos céntimos, y así, proporcionalmente, hasta producir duros y más duros.

Porque ello es bien sabido: cuanto más se multiplican los empleos del dinero, más se aumenta su caudal y más rápidos son sus beneficios o intereses.



FRANKLIN

Franklin, que era un hombre sabio, además de un hombre de bien, nos ha dejado un ejemplo práctico de lo reproductivo que es el dinero.

A su muerte, legó Franklin a la ciudad de Boston, donde había nacido, y a la de Filadelfia, donde

vivió la mayor parte de su vida, 5.000 dólares a cada ciudad, con la precisa condición de que cada uno de estos legados había de invertirse, durante cien años, al interés compuesto del 5 por 100.

Cumplido un siglo, después de la muerte de Franklin, en 1890, se vió que los 5.000 dólares, con los intereses acumulados, se habían convertido en 655.000 dólares para cada ciudad.

Sus ayuntamientos entonces, inspirados en los nobles descos de Franklin, resolvieron emplear 600.000 dólares en mejoras y obras públicas, e invertir los 55.000 restantes al mismo interés compuesto para otros cien años.

De este modo, cuando en 1990 se haya cumplido el segundo centenario de la muerte de Franklin, los 5.000 dólares que legó a cada una de las ciudades de Boston y Filadelfia se habrán convertido en 20.305.000 dólares, es decir, en más de cien millones de pesetas.

La previsión es una virtud altamente social; el hombre previsora hace un bien a la par que favorece a sus semejantes.

Cuestionario.—¿Por qué se dice que el dinero es de naturaleza prolífica?—Célebre legado hecho por Franklin.—Consideraciones sobre su producción y beneficios sociales.

10. La Caja de Ahorros.—Cierta día se presentó en la escuela un campesino. El maestro salió a recibirle en la antesala. He aquí el diálogo que se entabló entre ellos:

Campesino.—¿Qué es eso de la Caja de Ahorros que yo oigo hablar todos los días al niño? Recibió por Reyes cinco pesetas de regalo, y no quiere sino colocarlas en la Caja de Ahorros. Dice que

se lo han aconsejado en la escuela. Yo, a decir verdad, no entiendo de estas cosas. En mi tiempo no las había. ¿No es mejor que eso guardar por sí mismo su dinero?

Maestro.—Hay todavía muchas gentes que piensan como usted; pero créame que van equivocados. Supongamos que su hijo guarda por sí mismo su dinero. Si él cae en la tentación de comprar cualquier fruslería, de jugar a los barquillos, de entrar en un cine, de gastarlo en dulces, pronto se quedará sin él.

C.—Es que yo guardaré su dinero y no le permitiré malgastarlo.

M.—Supongamos que no se malgasta. ¿Y quién le dice a usted que no lo pierde o se lo roban?

C.—Eso no sucede si se pone a buen recaudo, bajo llave.

M.—Al contrario, eso sucede con frecuencia. Todos los días se leen casos semejantes en los periódicos. He aquí dos muy recientes:

Un labrador—usted mismo lo habrá leído—ingresó no hace muchos días en el manicomio, porque se volvió loco al verse reducido a la miseria. Había trabajado toda su vida con regular fortuna; pero era desconfiado y guardaba su dinero en un arca de la casa de labor que habitaba.

Una noche, sin saber cómo, se incendió la casa, y a duras penas pudo él salvar la vida, pero perdiendo por completo su caudal. El hombre no pudo sobreponerse a la desgracia y ha perdido la razón.

Otro caso es de un contratista conocido. Poseía 15 000 pesetas, que guardaba en un cofrecito de hierro. Tenía en su casa algunos cartuchos de dinamita que empleaba en las canteras. Llegó con alguna imprudencia a los malhadados cartuchos; una explosión se produjo que destruyó completamente

la casa. El cofrecito desapareció en la catástrofe; no se sabe si fué robado o sepultado entre las ruinas. Ello es que todas las diligencias por hallarlo han sido inútiles.

C.—Todo eso es cierto: se ha publicado en los periódicos. Pero son casos rarísimos,

M.—Concedido; ¡pero cuántas veces no se lee que aprovechando una ausencia, una negligencia, un pequeño descuido, se ha llevado un ladrón las economías de una familia, guardadas en un armario o disimuladas en cualquier escondite! Estas noticias son de todos los días.

C.—Yo no pienso en esas cosas, lo confieso; pero se pierde más fácilmente el dinero cuando se le coloca fuera de casa. Hay banqueros que hacen bancarota, que huyen al extranjero con las economías de sus clientes. Esto se lee también todos los días. Otros compran acciones, y, al cabo de algún tiempo, bajan tanto, que se convierten en papel mojado. Acuérdense de nuestro convecino Rodríguez: era un hombre instruído, laborioso, de posición desahogada. Pues bien; compró acciones de unas minas de grandes rendimientos. Estaba tan contento de lo bien que había colocado su dinero, del grande interés que le producía. Ahora, hace tiempo que no cobra intereses, y aun se dice que las acciones no valen ni la mitad de lo que le costaron. Está medio arruinado; todo el mundo lo sabe.

M.—Eso es verdad. Hay que ser muy prudente cuando se trata de colocar el dinero. Mas he ahí el por qué la Caja de Ahorros merece la preferencia.

Los banqueros, los que hacen negocios de dinero, quieren la ganancia para sí. La Caja de Ahorros es una institución del Estado; los que la dirigen no se proponen hacer beneficios para sí mismos o para

la Caja, sino hacer fructificar o producir, sin riesgo alguno, las pequeñas economías.

El dinero está en la Caja de Ahorros perfectamente seguro.

La Caja de Ahorros está dirigida por funcionarios que conocen muy bien las cuestiones de dinero; los capitales allí depositados no pueden ser invertidos sino en operaciones perfectamente seguras; está absolutamente prohibido emplearlos en especulaciones, en negocios inciertos o peligrosos.

Pero aparte de esto. Supongamos que su hijo ha guardado por sí mismo su caudal; que no lo ha gastado, ni se lo han robado, ni lo ha perdido.

¿Cuánto tendrá a fin de año?

C.—Cinco pesetas.

M.—¿Y a los dos, a los tres, a los cuatro años?

C.—Cinco pesetas.

M.—Siempre cinco pesetas y nada más. Pues bien; si él pone su dinero en la Caja de Ahorros, tendrá al fin de cada año las cinco pesetas, más el interés que el dinero le haya producido.

C.—¿Y cuál es ese interés?

M.—El tres por ciento.

C.—Tres por ciento. ¡Es bien poco! Yo he oído hablar de colocaciones al 4, y aun al 5 y al 6 por 100.

M.—Cuando se busca una colocación verdaderamente sólida y segura, se obtiene apenas el 3 por 100. Cuando se coloca el dinero a mayor interés, bien puede asegurarse que el capital peligrará.

Antes hemos hablado de nuestro convecino Rodríguez. Sus acciones de minas produjeron algún tiempo el 8 por 100. Muchas gentes, como él, fueron atraídas por estas ganancias momentáneas. Ellos no pensaban que cuando se ofrecía tanto interés era porque las acciones no tenían crédito suficiente;

que el negocio no era sólido cuando no se encontraba dinero en las condiciones ordinarias. Así han llegado al término fatal que todos conocemos. Durante dos o tres años repartieron un buen dividendo; después las acciones estuvieron en baja; su valor iba disminuyendo, hasta el punto de que no podían los tenedores deshacerse de ellas sin pérdidas enormes. Así, en vez de gozar de una renta bien remunerada como ellos creían, al bajar tanto las acciones han perdido, juntamente con los intereses, una buena parte de su capital.

En la Caja de Ahorros sucede al contrario: el capital va creciendo continuamente. Los intereses son capitalizados; quiere decir que si el imponente no retira los intereses producidos a fin de año, estos intereses son acumulados al capital para que produzcan nuevo interés al año siguiente. De suerte que cada año el capital aumenta; en veinticuatro años, una suma colocada en la Caja de Ahorros se dobla por la capitalización de los intereses.

Esto estimula el ahorro; el ahorro lleva a la economía; se procura siempre agregar algo a lo que ya se tiene, y ello es bien fácil, porque la Caja de Ahorros admite cantidades mínimas, y sabido es que céntimo a céntimo se hace un duro, o, como dice el refrán: «Un grano no hace granero, pero ayuda al compañero», y «A fuerza de gotas de cera se forma un cirio pascual». Además, cuando se quiere disponer de su dinero, en todo o en parte, no hay más que pedirlo; los fondos se entregan en un plazo brevísimo de antemano señalado.

He dicho antes que el dinero colocado en la Caja de Ahorros produce interés de 3 por 100; pero en realidad produce mucho más, porque la Caja suele distribuir algunas veces parte de sus beneficios entre los imponentes.

Dígame usted ahora si no vale más imponer aquí el dinero que tenérselo guardado en el bolsillo. °

C.—Celebro mucho de haber tenido con usted esta conferencia. Veo que es una excelente idea la de la Caja de Ahorros.

No solamente permitiré a mi hijo que vaya imponiendo los céntimos de su peculio, sino que yo mismo voy a sacar una libreta e imponer en ella los ahorros que vaya haciendo.

M.—Mucho celebraré que persevere usted en este propósito y obtenga los frutos que apetece.

Los niños de la escuela oyeron esta instructiva conversación y la celebraron, aunque para ellos aquellas razones no eran nuevas. Se las habían oído muchas veces a su maestro.

La Caja de Ahorros es un establecimiento que recibe las módicas economías y las devuelve acrecentadas a los imponentes; es un excelente instrumento de ahorro.

Cuestionario.—Reproducir las principales razones aducidas por el campesino y el maestro en su conversación sobre las Cajas de Ahorros.—Consecuencias y propósitos.

La rebanadita de pan

Ya sentado a su mesita
Basilio para cenar,
en su cuarto, sin llamar,
entrósele una visita.

Era una bella señora
la que invadió el domicilio,
diciendo:—Yo soy, Basilio,
una sabia encantadora.

Sé que no eres haragán
y es escasa tu fortuna;
por tu bien me has de dar una
rebanadita de pan.

Una onza tan sólo quiero,
y otra pediré mañana.
Préstalas de buena gana
el honrado jornalero.

—Nada me sobra, en verdad;
una hija tengo y un hijo
y mujer, el hombre dijo;
Mas no le hace; bien, tomad.—

Y con buen talante y fe
la rebanada partió
Basilio; la recibió
la encantadora y se fué.

La esperaba con ahincó
Basilio al siguiente día:
volvió la señora mía
trescientos sesenta y cinco.

Y era en la pobre morada
grande el júbilo y contento
de todos en el momento
de ofrecer la rebanada.

Cumplido el año, tornó
la mágica pedigüena
con la cara más risueña
que en el año se le vió;

y de un elegante escriño
roscas empezó a sacar,
y en los brazos a ensartar
a padres, a niña y niño.
Y dijoles:—Os presento
junto el pan que recibí
de vosotros; eso sí,
viene con algún aumento.

No es magnífico el socorro;
pero él os hace merced;
esta lección aprended
de la maga del ahorro.

Según veis, os volverá
beneficio, grande o chico;
la receta de ser rico
en vuestras manos está.

¿Queréis feliz situación
para los días de anciano?
Sed hormigas en verano,
como enseña Salomón

Eugenio Hartzenbusch.

11. Un ejemplo práctico. — He tenido ocasión de conocer íntimamente un caso que quiero referir aquí.

Padre e hijo, de cincuenta y veinte años de edad, respectivamente, trabajaban en una gran Empresa. Siendo buen muchacho, el joven tenía unas ideas muy distintas a las de su padre.

—Hijo—le decía éste—, ganas un sueldo de cierta importancia, sobre todo si pensamos en lo pequeñas que son tus necesidades. Nunca me opuse a que tuvieras lícitas expansiones; pero ¿por qué no ahorras?

—Mira papá; tus ideas me parecen magníficas y muy dignas de un hombre de tus

prendas, a quien venero por su rectitud; pero, ¿me permites que te diga que estás anticuado?

—¡Vaya por Dios, hijo! Explicame eso.

—El ahorro era bueno para otros tiempos distintos de los de hoy. Ahora se vive al día; no se sabe lo que va a pasar en el mundo, y la juventud tiene abiertos todos los caminos.

—¿Tienes asegurada la salud? ¿No comprendes que Dios puede darte una severa lección por tu inconsciencia?

—Bueno, papá. Procuraré complacerte.

Lo dijo así el joven; pero ni lo hizo ni pensaba hacerlo. Pasó algún tiempo más, y el muchacho tuvo que incorporarse al servicio en filas. En la



Empresa le conservaron el puesto; pero el sueldo quedó en suspenso, como era natural. Nuestro joven empezó a encontrarse mohino, y al llegar la hora de despedirse de su padre se marchaba gallardamente, pero sin un céntimo en el bolsillo.

El padre le dijo:

—Te llevarás algún dinero.

—Nada.

—¿Por qué no sacas algo de tu cartilla? Los ahorros están para las ocasiones.

—¿Qué ahorros? ¿Qué cartilla?

—La tuya. Cuando hiciste la primera Comunión, tal vez no te acuerdes de que inicié una cartilla de ahorro a tu nombre con cinco pesetas. Mientras fuiste niño te ingresé de vez en cuando alguna pequeña cantidad. Cuando empezaste a ganar, el cajero de la Empresa me hizo de buena voluntad un favor; decirte que ganabas al mes cien pesetas menos de lo que ganabas en realidad e ingresártelas en tu cartilla mensualmente. Aquí la tienes. Tus ahorros alcanzan a tres mil quinientas pesetas, de las que puedes ir sacando las pequeñas cantidades que necesites para ayudarte durante la etapa de tu servicio militar.

El joven nada dijo. Abrazó estrechamente a su padre y no ha olvidado que, gracias a él, la severa lección que Dios pudo darle, quiso el Señor que se cambiara en suave y beneficiosa; pero no lo ha olvidado ni creo que la olvide jamás.

12. Origen de una fortuna.—Doscientos cincuenta millones de dólares* dejó el norteamericano Vanderbilt* en su testamento.

El mismo, con una modestia que le honraba, contaba la historia de su fortuna. Haremos aquí un breve extracto de ella.

Fué pescador del puerto de Nueva York. Sobrio en sus hábitos, acumulaba el sobrante de sus ganancias, después de cubiertos los gastos más precisos de la vida.

Con sus ahorros compró una lancha, y haciendo economías logró ser dueño de dos embarcaciones. Entonces vió el negocio claro: con un par de docenas de barquichuelos dedicados a la pesca para vender ésta a las fábricas de conservas, la ganancia sería grande, segura y positiva. Pero le faltaba capital.

Acudió al banquero Mr. Darwam, y le expuso sus planes. El banquero le escuchó atentamente, y para terminar le dijo:

—Dígame: ¿bebe usted mucho?

—No, señor—contestó Vanderbilt—; oebo alguna copa de ron, pero nada más.

—Procure usted no beber ni aun eso—repuso el banquero—, y vuelva usted dentro de un año. Iré pensando en el negocio que me propone.

Pasó un año, y Vanderbilt, volvió a ver al banquero.

—No he bebido una sola gota de ron en todo el año—le dijo.

—Está bien—contestó el banquero—; ¿ha fumado usted?

—Naturalmente—repuso Vanderbilt—; ¿qué pescador puede pasar sin fumar?

—Sin embargo—repitió el millonario—, es indispensable para el negocio. Vuelva usted al año que viene, y cuente usted con el éxito.

Pasó el año; pero Vanderbilt no parecía por el despacho del banquero. Este envió su secretario a preguntar por el motivo de la no comparecencia.

—Diga usted a su jefe—contestó Vanderbilt—, que en estos dos años he logrado ahorrar lo sufi-

ciente para cubrir la cantidad que necesitaba para emprender el negocio por mi cuenta.

Y dígame usted que el capital es mío; pero en realidad se lo debo a él. Desde que dejé de beber y de fumar se ha ido multiplicando mi caudal, y ya no necesito de su préstamo.

Pero puede pasarme la cuenta de los réditos de sus consejos.



El primer céntimo que se economiza puede ser la base de una fortuna si se persevera en el ahorro.

Cuestionario.—La fortuna de un rico norteamericano.—Explicar cómo de simple pescador se elevó a opulento naviero. La supresión de la bebida y el tabaco como base del ahorro.

13. Ejercicios de cálculo sobre el ahorro.—(Resolver y razonar estos problemas y deducir algunas consecuencias morales de sus resultados.)

1. Un niño se dice: Suponiendo que yo ahorrara todos los meses 2,50, ¿qué dinero tendría ahorrado a los veinticuatro años de edad si ahora tengo catorce años? (Sin tener en cuenta los intereses.)

2. ¿Cuánto se ahorrará una mujer en media docena de camisas, si en lugar de comprarlas hechas a 60,75 cada una, compra 18 metros de tela a 14,50 pesetas el metro y las hace ella misma?

3. Calcular el capital que ha convertido en

humo un fumador empedernido, de setenta años de edad, sabiendo que empezó a fumar a los diecisiete años y que ha gastado diariamente en tal vicio 0,65 pesetas.

4. Un niño a quien su abuelita dá todos los días 25 céntimos para que se compre lo que quiera, concibe la idea laudable de irlos guardando en una hucha para comprarse un balón de 55 pesetas. ¿Cuánto tiempo tendrá que estar ahorrando los 25 céntimos? (Expresar el tiempo en meses y días.)

5. Un obrero que gana 17 pesetas de jornal, y que tiene que ir diariamente a trabajar a un lugar bastante distante de su domicilio, desea comprar una bicicleta por 500 pesetas; pero como carece de recursos, se ha comprometido a ahorrar una peseta diaria de su jornal, más dos horas extraordinarias de quince días, a razón de 3 pesetas la hora, más el jornal íntegro de los domingos, el cual cobra aunque no trabaja. ¿Cuánto tiempo tardará en reunir lo necesario para poder adquirir la bicicleta?

6. Calcular, de un modo aproximado, la economía nacional, anual, que representará para España el adelantar los relojes una hora, sabiendo que en España hay 23.000.000 de habitantes; que para cada familia se calculan cinco personas y que cada familia ahorra, por dicha hora de adelanto con respecto de la solar, 2,75 pesetas de fluido eléctrico al mes (1).

(1) Haga notar el maestro que los resultados de dicha economía se refieren solamente al fluido ahorrado en los hogares y, por un momento, sugestione la imaginación de los niños haciéndoles algunas consideraciones sobre las cantidades tan fabulosas a que ascenderían las economías si en el problema se incluyesen los ahorros de fluido eléctrico que, por el mismo motivo, se hacen en fábricas, talleres, oficinas, teatros, escuelas, hospitales, cuarteles y otras corporaciones.



El avaro

Se ignora cómo ni dónde
pasó sus primeros años,
que hizo de ellos un secreto
solamente por guardarlo.

Vedlo cómo al ciego mira
con la beatitud de un santo,
desde que sabe de fijo
que la luna tiene cuartos.

Jamás cambia la mirada,
aunque mire de soslayo,
ni con tuertos ni con bizcos
por no perder en el cambio.

Porque es tomar, toma el aire
toma tiempo, toma espacio;
y en cuanto al sol, no lo toma
por no dar sombra al tomarlo.

No cede ni las aceras;
no promete ni aun en vano;
no vuelve ni las espaldas;
no ofrece ni los pecados.

Si la urgencia con que vive
le hace andar de arriba abajo
no dice «Estos pasos doy»,
sino «Yo tomo este paso»

Desperdiciar no es palabra
que cabe en su diccionario;
y es, por llevárselo todo,
capaz de llevarse... un chasco.

Es corto porque se encoge,
y por lo que alcanza es largo;
por lo que niega es estrecho;
por sus pensamientos, bajo.

Por lo que chupa es esponja;
por lo que penetra, clavo;
tirabuzón, porque saca,
y por lo que agarra, gancho.

Si se enoja, de la ira
no suelta jamás los rayos;
no pone el grito en el cielo;
coge el cielo con las manos.

Suele la atención mermada
prestar en algunos casos;
y si presta juramentos,
es porque los presta en falso.

Por ganar la vez, es pronto;
por no perder tiempo, cauto;
porque nada sobre, sobrio;
por no dejar casta, casto.

Tiene por memoria el ansia
de conservar lo pasado;
por voluntad, el vacío;
por entendimiento, un antro.

Vive porque no se muere,
y no se muere pensando
que puede dar en la tierra
alimento a los gusanos.

De esta manera en el fondo,
aunque en apariencia, varios
hay en los tiempos presentes,
algunos..., bastantes..., ¡cuántos!

José Selgas.*

14. Ejercicio de dictado.—Consejos.—
*En el orden de la vida no han de ser los gastos
igual a los ingresos, sino que se debe gastar siem-
pre algo menos de lo que se gana, para prevenirse
contra ciertas eventualidades.*

Domina tu voluntad y ponla al servicio de la razón. Al principio la encontrarás rebelde, mas luego te obedecerá sin dificultad.

Si ganas mucho, ahorra mucho; si ganas poco, ahorra poco, pero ahorra siempre; es el secreto de que nunca te falte dinero cuando lo necesites o quieras emprender útiles empresas.

El ahorro es un deber sagrado para toda clase de personas. Las mayores rentas no resisten a las locuras de un hombre pródigo y disipador.

Las deudas abrevian la vida; procura no contraerlas nunca.

VOCABULARIO

Dólar: Moneda americana equivalente a cinco pesetas en oro.

Selgas (José): Poeta y literato murciano (1822-1882).

Vanderbilt (Cornelio): Marinero, fundador de la opulenta familia Vanderbilt, en los Estados Unidos de América.

V.-La previsión

1. Qué es la previsión.—Debe entenderse por previsión aquella disposición de ánimo que hace considerar al hombre las necesidades futuras como si fueran presentes, llevándole a prevenirse contra las eventualidades adversas de la vida.

El hombre previsor aprovecha los días prósperos de salud, de energía, de fáciles ganancias, y mirando sereno al porvenir, trabaja, economiza, ahorra, forma su capital de reserva para que no le cojan desprevenido las adversidades, que a todos suelen alcanzarnos alguna vez y que vienen cuando menos las esperamos.

Los ahorros que realiza el hombre previsor, no simplemente los acumula o suma, depositándolos en una hucha o lugar seguro, sino que los multiplica, haciéndolos producir intereses mediante su imposición en una Caja de Ahorros, o contratando con una Compañía la oportuna póliza de seguro, con lo que aminora las consecuencias de un revés de fortuna o se crea una pensión para la vejez o un seguro de la vida.

La previsión da tranquilidad de ánimo para aco-

meter cualquier empresa; atenúa los efectos de los males que pueden sobrevenirnos; educa la voluntad, acostubrándola a dominar los impulsos de las bajas pasiones; contribuye al progreso de la sociedad por el mejoramiento del individuo, y hace, en fin, las grandes asociaciones, de donde toma su fuerza la solidaridad humana.

El ahorro es la forma más sencilla de previsión; pero el seguro es mucho más eficaz que el ahorro.

He aquí algunos ejemplos que muestran, con la elocuencia de los números, la eficacia de algunas formas de previsión, muy corrientes en la vida.

Ahorro simple.—Un obrero logra ahorrar cada día una peseta, que se la entrega a su mujer para que vaya formando el fondo de reserva.

Al cabo de tres años tendrá 365 por 3, igual a 1.095 pesetas.

Ahorro con interés.—Un obrero, que ha sido en la escuela bien educado, ahorra diariamente una peseta; pero la va depositando en una Caja de Ahorros, donde abonan el 4 por 100 de interés compuesto.

Al cabo de tres años, las imposiciones y los réditos del capital hacen una suma de 1.185 pesetas.

Seguro de vida.—Un obrero, que en la escuela de adultos se ha aficionado a las cuestiones económicas, ahorra una peseta diaria y contrata con una Compañía que, pagándole 365 pesetas anuales, sean abonadas a la familia del obrero, al fallecimiento de éste, 10.000 pesetas. Y a los tres años fallece.

Al cabo de tres años ha pagado 365 por 3, igual 1.095 pesetas; pero la familia del obrero recibe, conforme al contrato, un capital de 10.000 pesetas.

La conveniencia de cada una de estas formas depende de circunstancias especiales.

— Muchas gentes suelen decir: «Nosotros somos pobres; ganamos poco; nos es imposible ahorrar». Y dejándose llevar de esta idea, trabajan de rutina; gastan todo lo que ganan y se resignan a vivir al día, esperando, cuando no puedan trabajar, morir en la miseria.

Eso es una cobardía, una especie de suicidio, un verdadero crimen.

Alguno dirá: «Ganamos poco; que se nos suba el jornal, y huirá de nuestra casa el espectro de la miseria.»

Estas palabras, pronunciadas en una reunión de obreros, arrancarían unánimes aplausos.

Ciertamente, la subida de los jornales, el aumento de los salarios es una cosa muy deseable. Los jornales más elevados podrían dar a los obreros un modesto bienestar, que favorecería entre ellos los hábitos de orden y limpieza, la manera de vivir más digna y decorosa.

Pero, de una parte, la subida de los jornales es más difícil de lo que los obreros creen; y de otra parte, esta subida no les haría más dichosos si no iba acompañada de un profundo cambio moral.

Además, el aumento de salario no suprimiría la miseria. La mayor parte de los obreros, si ganaban más, gastarían más, y siempre estarían tan escasos como ahora. ¿Sabéis por qué vivimos muchos en la escasez? Pues, sencillamente, no porque ganemos poco salario, sino porque no sabemos ser previsores y acomodarlos los gastos a los ingresos en vez de acomodarlos a las verdaderas necesidades.

El hombre prudente, no sólo trabaja hoy, sino que piensa en el mañana.

EJEMPLOS

1.º Andrés es un obrero que no tiene ninguna carga de familia.

Se encuentra en la flor de su edad; es un obrero laborioso y hábil; gana muy buenos jornales; está en camino de hacer un capital con que establecerse por su cuenta.

Como gana dinero, tiene amigos, y se aficiona a las diversiones; poco a poco va frecuentando el café, donde los domingos juega algunas partidas de dominó y de tresillo.

No tiene obligación inmediata, y aunque gana mucho, gasta todo lo que gana.

Mas he aquí que la crisis de trabajo sobreviene; las fábricas se cierran por no poder dar salida a sus productos, y los obreros huelgan por necesidad. ¿Qué hará Andrés, acostumbrado a vivir bien, ahora que no puede trabajar?

Al verse en la miseria, tal vez pensará y dirá el infeliz: ¿Por qué no miré que la ganancia que tenía diariamente me podría faltar? He sido buen obrero para ganar, pero he sido también manirroto e imprevisor. Si hubiera ahorrado de lo superfluo en los días de abundancia, no me faltaría ahora hasta lo más necesario.

Muchos obreros pueden mirarse en este espejo. No basta ganar altos jornales: es menester que lo que se dedica a diversiones, a gastos inútiles, tal vez nocivos, como la bebida, se vaya guardando para tener donde acogerse si sobrevienen enfermedades o reveses de fortuna.



2.º Luis es un joven artesano de diez y nueve años que no tiene ningún ahorro y empieza ahora a ganar algún jornal.

Se casa con una gentil obrera, que trabaja en una fábrica, que gusta de vestir bien y divertirse, pero que tampoco se ha preocupado de ahorrar una peseta. Trabajan los dos y reunen lo suficiente para sus necesidades y para asistir a alguna diversión.

Para poner la casa, como no tenían ahorrado, apelaron al crédito.

Escogieron para la boda elegantes vestidos que les dieron al fiado.

Siguieron divirtiéndose sin preocuparse del mañana; pero como los plazos vencían y había que satisfacerlos, pronto tuvieron que ir empeñando unos objetos para pagar otros, hasta que quedaron sin nada.

Tuvieron hijos; la familia exigía nuevos gastos; la madre tuvo que dejar de ir a la fábrica para atender a la casa, y como «donde no hay harina todo es mohina», faltó luego la paz en el matrimonio y se vieron reducidos a la miseria.

La causa de tal desgracia es la imprevisión. Quien se casa sin tener medios con que sostener una familia y compra al crédito, que es como pagar dos veces, ¿puede esperar otra cosa que la miseria y la ruina?

Pudieran multiplicarse los ejemplos. Con aumento del salario, ¿hubieran podido estos infelices librarse de la miseria? No; no ha sido la falta de dinero lo que les ha conducido a ella, sino la falta de previsión y de ahorro. Hubieran poseído estas virtudes y hubieran podido asegurar un bienestar tranquilo

Cuestionario.—¿Qué debe entenderse por previsión?—Exponer algunas formas de previsión.—Los que ganan poco están más obligados a ser previsores.—Ejemplos.

2. Pensemos en lo porvenir.—Cuando un hombre se casa debe pensar seriamente en las responsabilidades que contrae.

Aun sería mejor que de soltero procurase prevenirlas.

El casado es jefe de familia, y ha de evitar a todo trance: primero, que en su casa entren las penurias; segundo, que sus hijos sean una carga para la sociedad.

Para lograr estos fines ha de ser prudente y económico. Siendo prudente y económico puede contarse que ha de ser también trabajador y honrado y, por consiguiente, previsor.

La imprevisión es una crueldad para las mujeres y los niños.

Un padre gasta el sobrante de su salario en tabaco y bebidas; no hace ahorros y, si sobreviene una enfermedad, se endeuda; y si muere, deja a la mujer y a los hijos en la mayor miseria. ¿Hay crueldad semejante?

Pues esta imprevisión la tienen, no solamente los

pobres, sino los que disfrutaban de un buen salario. Vivir de esta manera es malversar las ganancias y jugarnos el porvenir con ellas.

Y es que hay personas suficientemente activas para ganar dinero, pero no tantas que sepan hacer buen uso de él y economizar lo sobrante.

Estos son los imprevisores, que, cuando trabajan, comen, y cuando a la vejez no pueden trabajar, se mueren de hambre.

Cuestionario.—¿Qué debe pensar el hombre antes de constituir familia?—Efectos desastrosos de la imprevisión.—Funestas consecuencias de vivir al día.—Es más difícil prevenir que ganar.

3. El tesoro escondido.—Cierta día, yendo Enrique de paseo con su abuelito, éste le dijo en tono misterioso:

—Enrique, yo sé el lugar donde hay escondido un tesoro.

—¡Un tesoro!—exclamó Enrique, sorprendido.

—Un verdadero tesoro—repitió el abuelo—; y yo te indicaré ese lugar si quieres. Para poseer ese tesoro no se necesita más que un poco de paciencia: consagrar cada día del año unos instantes para merecerlo, y, más tarde, cuando seas viejo como yo, cuando no puedas trabajar, de pronto se te presentará ante los ojos ese precioso tesoro que colmará tus necesidades hasta el último día de tu vida.

—Indíqueme — dijo Enrique algo impaciente — el lugar donde el tesoro está escondido, y yo corro desde ahora a remover la tierra.

—Es inútil—dijo el abuelo—el remover la tierra. Emplea el tiempo como de costumbre; reserva solamente el producto de algunos minutos de tu trabajo diario, y no dudes de alcanzar el codiciado tesoro.

—No lo acierto a comprender...

—No es extraño, hijo mío, porque te falta la experiencia de la vida. ¿Cuántos años tienes ahora? Diez, ¿no es verdad? Pues bien; dame cada día cinco céntimos. ¡Es bien poco!; pero ten cuidado de dármelos cada día. Verás cuando llegues a sesenta años: tendrás, en cambio de los céntimos acumulados, cerca de 325 pesetas de renta.

Trescientas veinticinco pesetas de renta; ¿has oído?, que suponen dos mil duros de capital. ¿No te dije que encontrarías un tesoro? Pues lo encontrarás precisamente cuando tú seas viejo, cuando tus brazos fatigados no puedan trabajar y necesites descanso. Verás entonces que, cuantos más céntimos me hayas dado, el tesoro recogido será más grande.

—Y si usted se muere antes que yo, abuelito, ¿no se perderán los céntimos que le he dado?

—Nada de eso, Enrique, porque tengo yo unos amigos fidelísimos, que no sólo no los pierden, sino que los hacen fecundos y lucrativos.

—Dígame su nombre.

—Se llaman Ahorro y Previsión.

—¿Y el lugar donde el tesoro se esconde?

—*El Instituto Nacional de Previsión, que es una institución benéfica organizada por el Estado para procurar a los hombres económicos una pensión segura para la vejez.*



Cuestionario.—El tesoro de la previsión.—¿Cómo puede lograrse para la vejez?—Exposición y análisis de la historia.

4. Cómo se alcanza el bienestar.—Enrique Soriano había comenzado por ser aprendiz de relojero.

Desde muy joven ganaba buenos jornales, porque él era trabajador, inteligente y honrado. Pero en los principios no era económico: gastaba cuanto ganaba.

Por fortuna para él, encontró pronto un consejero prudente e instruido que supo hacerle comprender cómo el ahorro y el conocimiento que tenía de su oficio podían ser base de una posición desahogada y próspera.

Enrique tuvo bastante buen sentido para escuchar los consejos, y la energía suficiente para seguirlos. Así llegó a ser hombre rico y considerado, habiendo sido simple aprendiz en un principio.

Siguiendo los consejos recibidos, resolvió no casarse hasta no tener el capital necesario para subvenir a las necesidades del matrimonio. El había podido ver en otros obreros que los matrimonios prematuros e inconsiderados llevan casi siempre a la miseria.

Pensó que con lo que podía ahorrar, proporcionalmente a lo que ganaba, en siete años podría hacerse un capital de 3.000 pesetas. Pero halló que al cabo de este tiempo no tenía 3.000 pesetas, sino nueve mil y pico.

¿Cómo había podido formarse en algunos años tan respetable suma?

Empezó por aplicarse a ser un hábil obrero, a comprender bien a fondo las cosas del oficio; poco a poco le fueron subiendo su jornal. Y perseveró en el ahorro.

Los primeros años fueron algo duros y difíciles. Enrique tenía que imponerse privaciones, resistir a la tentación de gastar, de divertirse. Pero pensaba en su objeto, y entonces ya no dudaba: hacía de su voluntad lo que quería.

No había recibido de niño la suficiente instrucción, aunque sabía leer, escribir y algo de cuentas; pero era observador, prestaba grande atención a las cosas y consagraba todos los días algún rato a la lectura instructiva y provechosa. Leía con preferencia los libros que trataban de su oficio, y hablaba de ciencias y de industrias que tienen alguna relación con la relojería. Era de una honradez a toda prueba, y así sabía captarse la confianza y la simpatía de cuantos le trata-



ban. Soriano era un joven ejemplar. Ni frecuentaba los cafés, ni buscaba los placeres mundanos y ruidosos; prefería distraerse leyendo un buen libro o dando largos paseos por el campo. Gracias a esta vida sobria y arreglada, vivía sano y gastaba poco.

Cuando al fin de la semana recibía su salario, tenía la costumbre de separar inmediatamente lo que destinaba a la Caja de Ahorros. El resto lo dedicaba a pagar los gastos propios de la semana siguiente.

Para no caer en la tentación de hacer algún gasto inútil, procuraba no llevar nunca mucho dinero en el bolsillo. Tenía horror a las deudas; no compraba nunca al fiado. Si le quedaba algún sobrante al fin de la semana, lo agregaba al dinero separado para la Caja de Ahorros.

Así vino Soriano a reunir un bonito capital, y cuando se casó pudo establecerse por su cuenta, poniendo una relojería tan modesta como linda.

Su joven esposa era una mujer hacendosa y prudente, que también tenía ahorrado algún dinero, y sabía secundar a su marido en el trabajo y la economía. Soriano perseveró en sus hábitos de actividad y honradez, y fué de patrón no menos estimado que lo había sido de obrero.

A medida que pasaba el tiempo, la fortuna de los jóvenes esposos iba creciendo; sus ganancias eran más fáciles y más considerables.

Tres años después de casarse, Soriano era propietario de la casa que habitaba.

Veinte años después era rico.

Entonces retiróse de los negocios, y sus vecinos le eligieron concejal.

Hizo muchos beneficios al pueblo, y logró la estimación de todos. Tanta consideración y riqueza pudo lograr con el trabajo inteligente y el ahorro.

El trabajo y la previsión llevan derechos a la fortuna y al bienestar.

Cuestionario. — Proceder de Enrique Soriano, aprendiz de relojero. — Cómo fué ahorrando hasta hacerse un capital. — Enrique Soriano se establece por su cuenta. — Enrique Soriano se retira de los negocios y le eligen concejal.

5. La viuda de Soriano. — Yo he conocido a la viuda de Soriano en su vejez. Un día me contó cómo su marido y ella habían aprendido a ahorrar. Quiero reproducir sus palabras:

— En un principio, cuando yo conocí a Enrique — decía ella —, no teníamos un céntimo ni el uno ni el otro. El era aún aprendiz en un taller de relojería; yo cosía ropa blanca para una tienda. Los dos

éramos solos en el mundo: sólo contábamos con algunos parientes lejanos.

• Ganábamos muy poco y teníamos que imponer nos algunas privaciones. Poco a poco, nuestro salario se fué elevando, particularmente el de Enrique, y éste se permitía algunos lujos.

Yo empecé a ahorrar en cuanto pude deducir algo de mi salario. Trabajaba mucho y ganaba poco; al cabo de algún tiempo llegué a reunir dos mil reales. Era ya una suma importante para una obrera de mi edad.

Quise hacer producir algo mi dinero y busqué donde colocarlo ventajosamente.

Pero en lugar de consultar a personas de experiencia, escuché los consejos de una compañera mía, quien me rogó confiara mi caudal a un agente que ella conocía, e!

eual había descubierto la manera maravillosa de hacer producir al dinero un alto interés. Ella misma le había entregado sus ahorros y estaba encantada de las ganancias.

Sus palabras halagüeñas me decidieron, y seguí su ejemplo. Mas no tardé en tener que arrepentirme de tanta ligereza.

Un día, un triste día, leí en los periódicos que el agente había desaparecido, y nuestro dinero con él. Nadie pudo recobrar un sólo céntimo. Sufrí horas muy amargas, no solamente por el dinero perdido, sino porque todos me tendrían por excesivamente crédula y codiciosa.

En cuanto a Enrique, seguía trabajando en casa



de un relojero ya anciano, rico y prudente, que le mostraba gran aprecio y le aconsejaba que fuera haciendo algunos ahorros, mirando siempre al porvenir.

Enrique le contó lo que a mí me había sucedido, y que no quería exponerse a que le pasara otro tanto.

—Eso que dices—replicó el viejo—no me extraña. Siempre ha habido en el mundo personas inexpertas y crédulas que han prestado su dinero a cuenta de bellas promesas, y siempre ha habido viles estafadores que han prometido seriamente el oro y el moro a trueque de coger una peseta. El mundo es viejo, y desde hace muchos siglos vienen los hombres buscando los medios de mejorar de fortuna; de suerte que todos los secretos para ganar mucho dinero nos son hoy conocidos.

Tenlo presente—le dijo—: Si alguno te promete un interés más elevado que el que da una colocación sólida y conocida, es que busca manera de apoderarse de tu capital. Los intereses son pagados puntualmente durante algún tiempo; si se piden los capitales, se devuelven sin la menor dificultad; pero todo es para atraer dinero. Es como un cebo que se arroja para sacar mayor redada. Podría ponerte muchos ejemplos. Si quieres colocar tus economías en lugar seguro y ventajoso, llévalas a la Caja de Ahorros: es el mejor consejo que puedo darte.

El viejo le explicó en seguida muy claramente lo que era una Caja de Ahorros. Y cuando Enrique comprendió que el dinero depositado en la Caja de Ahorros producía un interés seguro, sin correr el riesgo de perder el capital, se convirtió al ahorro y se hizo expedir una libreta.

Otro tanto hice yo; y después, trabajando cada

uno dentro de su esfera, y manejando prudentemente nuestros ahorros, hemos podido alcanzar una modesta fortuna, que nos ha permitido vivir con independencia y con desahogo y hacer el bien a nuestros semejantes, granjeándonos en el pueblo simpatías, consideración y gratitud.

El ahorro no debe relacionarse nunca con la avaricia, con la usura, con la codicia y el egoísmo. El ahorro no pretende atesorar riquezas; quiere que el dinero se gane honradamente, para gastarlo con prudencia en cosas útiles, para no tener que depender de nadie, para hacer el bien a nuestros semejantes.

Cuestionario.—Colocación de los ahorros; no debe buscarse el mayor interés, sino la mayor seguridad.—Consejos de las personas experimentadas y discretas.

6. Cómo pueden ahorrar los obreros.

Estamos en una escuela de niñas y en la hora de recreo. Algunas de las niñas mayores rodean a su maestra. Esta les habla, y a medida que la conversación se anima, crece el corro, hasta reunirse en él la escuela entera.

—Desde el día que os hablé de la necesidad del ahorro—dice la maestra—, seis, de entre vosotras, sé que han depositado su dinero en la Caja de Ahorros; seis tan sólo. Eso no basta; es menester que ahorréis todas, todas. Tú, María, ¿por qué no tienes una libreta? Tú tienes con frecuencia céntimos que gastar.

—Mis padres—dice la niña—no quieren que yo ahorre. Les he hablado de ello; pero dicen que los pobres no saben ahorrar; que los obreros ganan apenas para vivir. El ahorrar es para los ricos, para los que tienen grandes sueldos.

—Es un error, hija mía. No es que los obreros no puedan ahorrar; valiera más decir que no quieren ahorrar. Nadie gasta más insustancialmente que ellos. ¿No habéis reparado, al ir por la calle, cómo casi todos llevan el cigarro en la boca? ¡Para tabaco, fácilmente hallan dinero!

—Pero cuando se trabaja—dice una niña—, se puede consentir a los hombres ese gusto, esa satisfacción que experimentan al fumar. ¿Qué mal hay en ello?

—Además—añade una compañera—, eso no cuesta caro. Me parece que aunque dejaran de fumar y ahorraran ese dinero, los obreros no habían de hacerse ricos.

—Poco a poco—dice la maestra—. Hay muchas gentes que de humildes principios, sabiendo ahorrar, han sabido conquistarse una posición desahogada.

Pero no es precisamente para que se hagan ricos para lo que se aconseja el ahorro a los obreros. Es para que ellos puedan vivir más tranquilos, sabiendo que pueden disponer de esa ayuda en el caso de una huelga, de un paro, de una enfermedad, de un gasto forzoso e imprevisto.

Con poco que ellos ahorren, tienen bastante para esto, porque si es corto su salario, tampoco son largas sus necesidades.

¿Creéis que el hábito de fumar no cuesta caro? Seguramente que vosotras no habéis reparado en ello.

Calculemos y veréis: un hombre que fuma, puede gastar diariamente una peseta en tabaco, veinte céntimos en papel, quince en cerillas; en junto, 1,35 pesetas diarias. Pues bien, si lo multiplicamos por los trescientos sesenta y cinco días del año, tendremos: 492,75 pesetas. Con ese dinero podríamos

comprar 1.407 panecillos de 35 céntimos para la familia, que hacen cerca de cuatro panecillos diarios.

Supongamos ahora que un hombre fuma desde los veinte años de edad, y tendremos que a los cincuenta ha fumado durante treinta años, habiendo gastado en tabaco, próximamente, *tres mil duros*. ¿Sabréis decirme vosotros lo que se puede comprar con esa suma de dinero?

Los pequeños gastos, cuando son continuos, suben, a la larga, a cantidades fabulosas; otro tanto sucede con los pequeños ahorros. Nada hay despreciable en este mundo: «un átomo hace sombra».

¿Qué mal hay—me habéis dicho—en que los hombres fumen? Hay el gasto del tabaco, y hay, además que el tabaco es un veneno. Pero no sólo es un hábito el de fumar, perjudicial a la salud, sino que es un hábito tan tiránico, que frecuentemente el fumador no puede renunciar a él aunque le cueste la vida. Yo he conocido a un escritor distinguido a quien los médicos prohibieron en absoluto el tabaco; pero que no pudo abstenerse y murió muy joven.

No volváis a decir delante de nadie que el fumar es una satisfacción inofensiva.

Pero no es el tabaco el gasto mayor ni el más funesto entre los hombres. El alcohol es mil veces peor. La taberna y el café son causa de la infelicidad de muchas familias. Cada año se consumen en España muchos millones de pesetas en vinos y licores.

Tenedlo bien sabido: si el dinero que se gasta en alcohol fuera a la Caja de Ahorros o se impusiera formalmente en el Instituto Nacional de Previsión, seguramente la mayor parte de los obreros se pondrían al abrigo de la miseria para siempre. Hay, en fin, otras dos cosas que cuestan miles de

pesetas a los jóvenes obreros y... también a las obreras: los bailes y la lotería.

Los salones de baile, tan peligrosos para la salud como para la moralidad, cuestan muy caros a los socios, por las cuotas que satisfacen y por los gastos anejos que ocasionan. La lotería, tan arraigada en las clases obreras de nuestra España, consume también considerables sumas. ¿Qué me diréis de todo esto?

—Que se gasta mucho dinero superfluamente—dijo una niña—, y que si se ahorrara la mitad sólo de lo que se malgasta, no habría en la sociedad tantas miserias.

—Has dicho bien—dijo la maestra—. *Por poco que se gane, siempre se puede ahorrar, por lo menos, lo que se gasta inútilmente.*

Cuestionario.—Observaciones de las niñas sobre la dificultad del ahorro.—Contestación de la maestra deshaciendo las dificultades.—El tabaco y el alcohol.—Consecuencias.





7. También las obreras pueden ahorrar.—Señora—dice a la maestra una niña de la escuela—: los obreros pueden ahorrar, efectivamente, suprimiendo el tabaco y la bebida; pero nosotras, las jóvenes, ¿qué podemos hacer?

—Reparad—dice la maestra—que lo que es verdad para los obreros lo es igualmente para las obreras, sus mujeres y sus hijas. Ellas también saben ahorrar y deben ahorrar. Es verdad que, por regla general, son más económicas que los hombres; pero hay también muchas, entre ellas, que hacen gastos inútiles.

Las muchachas, aunque sean de condición humilde, gustan de vestir bien; quieren imitar en todo a las señoritas. Todas desean tener vestidos nuevos

y lazos, joyas, en fin, aunque sean falsas. Quieren vestir a la moda, y esto resulta caro.

Me diréis que es propio de la juventud el arreglarse y el bien parecer, y que todas las jóvenes hacen otro tanto. Y a eso he de responder que se puede vestir lindamente, conforme cada una a su edad, sin grandes dispendios, porque no está reñida la sencillez con la elegancia; y en cuanto a que otras lo hacen, he de repetiros que sólo debe imitarse a los que obran bien.

Por otra parte, esos vestidos, esos cuerpos de colores chillones, esas cintas llamativas, esas joyas falsas y otras baratijas y perifollos que llevan muchas jóvenes, son verdaderamente de mal gusto. Cuando se quiere ir bien vestida es menester buscar ante todo la sencillez; por eso suele decirse que *la suprema sencillez es la suprema elegancia*. Pero las muchachas no quieren creerlo. No se piensa en otra cosa que en los trapos. Así, cuando viene un revés de fortuna, no se sabe hacia dónde volver los ojos; y como no se ha adquirido el hábito de ahorrar, se cae pronto en la miseria y en la desesperación. ¡Qué duro debe de ser para el que ha venido a menos el tener que mendigar para comer!

En materia de gastos, lo que el tabaco para el hombre es la moda para la mujer. Ellas desequilibran los presupuestos de una casa, impidiendo el ahorro y conduciendo a las familias muchas veces a la ruina. Pero no creáis que hay gastos superfluos solamente en el vestido. Conozco muchachas muy aficionadas a los dulces y golosinas, y mujeres que disipan una buena parte del salario que ganan en bombones y caramelos. Mujeres aficionadas al visiteo, que se obsequian mutuamente con pasteles y refrescos en sus frecuentes reuniones, haciendo con estos obsequios muchos gastos inútiles.

«Y no quiero hablar de las jóvenes que frecuentan los domingos los bailes; porque yo espero que ninguna de vosotras se ha de encontrar nunca entre ellas. En los bailes, no solamente se gasta el dinero, sino que se corre riesgo inminente de perderse la virtud.

Pues bien; si las muchachas tuvieran el buen sentido de suprimir esos gastos que hemos dicho, tan inútiles como perjudiciales, ¿quién duda que podrían ahorrar fácilmente y formarse un capitalito para casos imprevistos, o una dote para el día en que hayan de tomar estado?

Nada ayuda tanto a una mujer para encontrar marido como el ser laboriosa y económica, pues los hombres saben bien que la riqueza se disipa, pero la virtud de la mujer puede, a fuerza de pequeños ahorros, amasar una fortuna.

Cuestionario.—Conversación entre la maestra y las niñas.—Las modas y la economía.—Otros gastos superfluos que desequilibran los presupuestos domésticos.

8. El ahorro y la vida de familia.—Esta mañana—dice la maestra a las niñas de la escuela—, algunas de vosotras os habéis olvidado de los céntimos para la Caja de Ahorros. Y eso no es lo prometido.

—Señora—dice una niña—: mamá ha dicho que las familias de obreros como la mía tienen que renunciar a la satisfacción de poder ahorrar. Que luego entraré en una fábrica a trabajar, y que, si me caso, reuniendo dos salarios, podré dedicar algún sobrante a mi libreta.

—Cuando tú te cases—dice la maestra—verás que el sostenimiento de una casa cuesta más de lo que crees.

Tendrás más obligaciones y te será más difícil el ahorro.

Dispondrás de dos salarios, es verdad; mas si tú trabajas en la fábrica no podrás atender a la cocina, y necesitarás una sirvienta, con lo cual subirá mucho el gasto diario.

También tendrás que pagar el lavado y planchado, el remiendo de la ropa y otras cosas que, de estar en casa, podrías hacer tú misma.

En el matrimonio hay que contar con que vendrán los hijos; las cargas serán más grandes; las ganancias, tal vez menores. ¿Quién sabe si podrás, aunque quieras, seguir trabajando en la fábrica?

Además, cuando tú vayas a casarte, tendrás que adquirir el ajuar de la casa. ¿Con qué dinero vas a comprarlo?

—Bien puede suceder— dice la niña— que mi novio haya ahorrado y tenga dinero suficiente para los primeros gastos.

—Si él piensa como tú— responde la maestra—, cuenta que no lo tendrá, y empezareis a vivir haciendo deudas. ¡Qué bonito porvenir!... ¿No comprendes que lo más prudente sería empezar a ahorrar desde ahora?

—Pero ¿vale la pena de ahorrar algunos céntimos semanales, que es todo lo que yo puedo hacer a mucho tirar?

—Te equivocas, hija mía, con pensar así. «Con muchas gotas de agua se hace un arroyo, y céntimo a céntimo, las pesetas». ¿No has oído nunca decir que «muchos pocos hacen un mucho?»

Tan pronto como empieces a ahorrar notarás que el ahorro es posible, que el ahorro es fácil, y sentirás vehementes deseos de aumentar tu peculio. Todo está en empezar.

Cuando tengas ahorrada una peseta, te sentirás

capitalista y aspirarás a tener dos; evitarás los gastos superfluos; aprenderás a tener orden y economía, y llegarás a ser una mujer laboriosa y económica.

Tenedlo todas presente, hijas mías: la perfecta



casada sabe ordenar los gastos, sacar partido de los pequeños recursos y aprovechar hasta las cosas que otros desechan por inútiles. Así sabe hacer la casa tan agradable,

que su marido, después de las tareas del día, encuentra placer en la vida de familia y no se siente llamado, como otros hombres, por la taberna o el café. ¡Si supierais cuánto importa el hacer agradable la casa para la dicha y prosperidad de un matrimonio!

Al contrario, si una mujer es negligente, perezosa y gastadora, habrá en la casa desorden; el marido no encontrará placer de estar en ella; buscará la tertulia de amigos desocupados; tal vez se refugiara en el café o en la taberna, y acabará por jugar y beber. Los apuros y las deudas serán el pan de cada día, y vendrán pronto los reproches mutuos, las querellas y desavenencias, los malos tratos, las escenas violentas, pues, como dice el refrán, «donde no hay harina, todo es mohina».

—No había pensado yo—dijo la niña—que la economía y el ahorro fuesen tan necesarios para el bienestar de la familia. Pero algunas veces he oído

decir que los hombres no pueden estar siempre en casa, que necesitan alguna distracción, algún placer, sobre todo las veladas y los domingos.

—Está visto—respondió la maestra—que tú no comprendes que un hombre pueda distraerse sino fuera de casa y gastando dinero.

Pues mira, las mujeres que saben ser buenas casadas, consiguen que sus maridos no vayan nunca a la taberna o al café; y cuando por la tarde, concluido el trabajo, vuelven a casa, nunca les falta cosa agradable en qué ocuparse: ya ayudan a su mujer en la mudanza o colocación de los muebles; ya la acompañan a tiendas o a visitas; ya se instruyen con la lectura de algún libro útil; ya entretienen a sus ne-
nes, o les toman la lección, o les ayudan en la preparación de los trabajos para la escuela.

—¿Y los domingos?—salta una niña.

—Pues los domingos—dice la maestra—, el buen marido cumple por la mañana con su mujer los deberes religiosos; hacen algunas visitas; compran algún extraordinario para la comida, y juntos pasean por la tarde haciendo al campo breve excursión, o asistiendo, si lo desean, a alguna función de teatro.

Las noches de los días festivos, o juegan una partida a las cartas, o leen alguna novela amena e instructiva, visitan a sus amigos y parientes o los reciben, haciendo todos juntos la velada.

Es cosa de ver cómo se aman, cómo todos mar-



chan unidos y son dichosos. Decidles a esos hombres que por qué no se van al café o a la taberna, y os contestarán que su mayor placer lo encuentran en la vida de familia.

—Señora—dice una niña—: en adelante, aunque sea poco, todas ahorraremos.

—Así lo espero — contesta la maestra —. Vosotras ignoráis todavía la fuerza del ahorro. Una vez que hayáis reunido una peseta, veréis cómo aspiráis a tener dos, tres, un duro. Ni os detenga el que sólo podáis ahorrar semanalmente unos pocos céntimos. Sabed que la Caja de Ahorros ha sido creada expresamente para hacer fructificar las pequeñas economías de la clase obrera.

Hay, además, otras instituciones que pueden hacer el ahorro más fructuoso, como el Instituto de Previsión y las mutualidades, y de ellas hemos de hablar en días próximos. Allí veréis el poder maravilloso del ahorro y cómo, bien empleado, hace verdaderos milagros.

Conque, ¿me diréis nuevamente que las familias modestas no pueden ahorrar?

—No, señora—responden todas a coro—; y *nosotras prometemos ahorrar todas las semanas, aunque los ahorros no pasen de 10 céntimos.*

Cuestionario. —La vida de familia y el ahorro. —Cómo se vive en la familia obrera. —Cómo embellece y hace agradable la vida el ahorro acompañado de la previsión. —Promesa final.

9. De obrero a millonario. —Antonio trabajaba como obrero en una ebanistería. Al acudir al taller una mañana de invierno, Tomás le salió al encuentro, invitándole a entrar en la taberna y tomar una copita de aguardiente.

Como Antonio había sido bien educado y tenía

una madre muy celosa de su buen comportamiento, resistíase a entrar en la taberna. Luchaba entre los consejos de su madre y la invitación del camarero.

A Tomás se unió luego otro camarada, de esos que frecuentan más la taberna que el taller, y le dijo:

—Déjalo, hombre, déjalo: querrá hacer economías. ¡Diez céntimos de aguardiente! Es para hacerse millonario con diez céntimos de ahorro cada día...

Un grupo de obreros que le escucharon rieron aquella salida.

Antonio, pasando no poca vergüenza, cedió a los ruegos: entró, bebió y pagó una ronda.

En la taberna oyó hablar a sus camaradas; mas él no sabía de qué hablar, y, aprovechando una ocasión, salió y tomó el camino del taller.

Ya en el trabajo, el joven obrero reflexionaba sobre lo que había hecho aquella mañana, y se decía:

—Y bien: que la mañana está fría; pero ¿no se entra mejor en calor con el trabajo que bebiendo una copa de aguardiente? ¿A qué venía el burlarse de mí hablando de economías? La verdad es que diez céntimos en bebida es poco gasto, aunque es un gasto completamente inútil.

Pero diez céntimos por día, tampoco es cosa despreciable. Diez céntimos diarios hacen al año 36,50 pesetas. No es un millón, sin duda; pero ya es mucho desde el momento que no es un gasto necesario. ¡Qué de cosas útiles pueden comprarse con 36,50 pesetas!

¡También pueden imponerse en la Caja de Ahorros. Va a resultar que la burla que se me ha hecho con las economías me sugiere una nueva idea, un

buen consejo... No siento tanto los céntimos como la burla. ¿A qué venía el reirse de mí?...

Al día siguiente se repitió la escena.

Antonio fué nuevamente invitado a beber la copa de aguardiente. Pero tenía tomada su resolución, y mirando a Tomás le dijo:

—No tengo hoy ganas de aguardiente. Además, quiero hacer economías.

Y añadió riendo:

—¿Quién sabe si llegaré a ser millonario?

Algunos años después, Antonio había llegado a ahorrar mil pesetas.

Le subían el salario, y las economías aumentaban.

Y era cosa de ver ahora cómo crecían los ahorros. Porque es innegable que lo que más cuesta es el ahorrar el primer duro.

Antonio se casó.

Su mujer tenía una tiendecita de ropa blanca. Pronto pudieron agrandar la tienda.

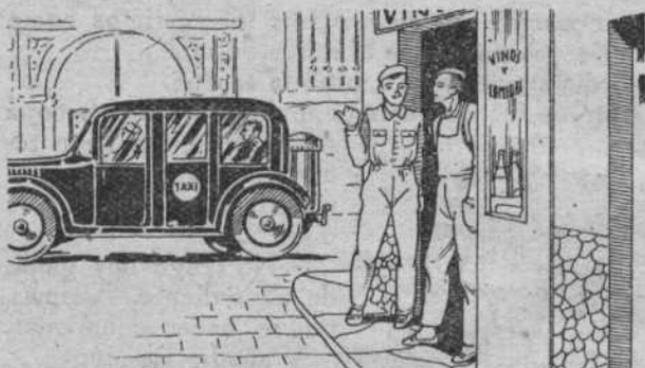
Poco a poco fueron haciendo un capitalito y alcanzando crédito.

Antonio era ya oficial en la ebanistería; su mujer montó un taller de costura, adosado a la tienda. Todo marchaba viento en popa.

Y como el negocio de la tienda iba en progresión creciente, Antonio dejó el taller, aunque con mucha pena, para ponerse al frente del negocio y ayudar a su mujer.

Dedicóse con afán al comercio; se impuso bien





en contabilidad y prácticas mercantiles, y a fuerza de trabajo, de probidad, de orden, de vigilancia sobre el negocio, si de ebanista pasó a tendero, de tendero pasó a ser un acaudalado comerciante.

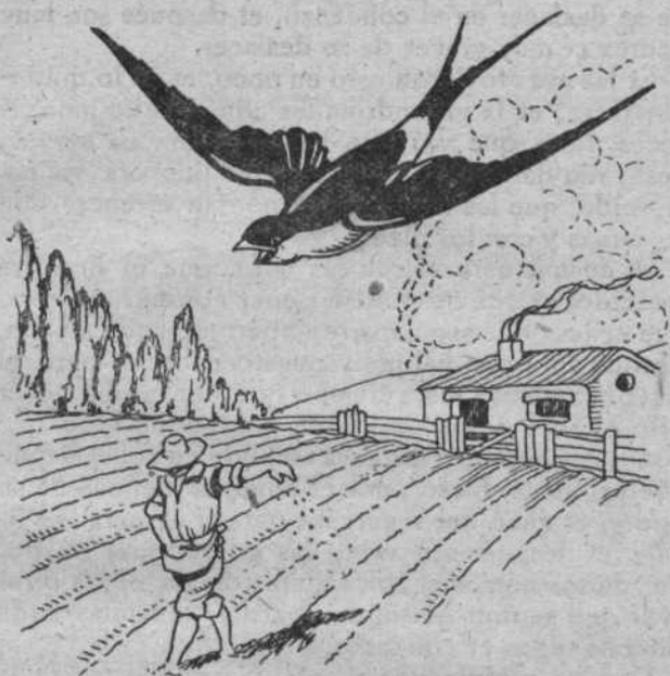
Alguna vez que él salía, obligado por los negocios, para ganar tiempo, solía tomar un coche y pasaba cerca de la antigua ebanistería, que siempre miraba con cariño.

A la puerta, o en la taberna próxima, veía a sus antiguos camaradas, como antes obreros y pobres como siempre. Ellos tenían, es verdad, el placer de beber cada día algunas copas de aguardiente, pero vivían en la penuria.

También Tomás, que le veía pasar algunas veces en el coche, se avergonzaba y decía:

Fué un simple obrero como yo; ¿por qué no he podido hacer lo que él? ¡De obrero ha subido a millonario!

Cuestionario. — La copa de aguardiente es poco gasto, al parecer, pero a la postre puede constituir un capital.—Hay que prescindir del qué dirán y cumplir nuestro deber.—Análisis de las principales ideas.



10. De lo que aconteció a la golondrina cuando vido sembrar el lino.—(Apólogo del siglo XIV).—La golondrina vido que un hombre sembraba lino, et entendió por su buen entendimiento que si aquel lino nasciese podrían los homes facer redes et lazos para tomar las aves.

Et luego fuese para las aves, et fizolas ajuntar, et dijoles en cómo el home sembraba aquel lino, et que fuesen ciertas que si aquel lino nasciese, que se les seguiría ende muy grant dapno, et que les aconsejaba que antes que el lino nasciese que fuesen allá et que los arrancasen, ca las cosas son ligeras

de se desfacer en el comienzo, et después son muy peores et muy graves de se desfacer.

Et las aves tovieron esto en poco, et no lo quisieron facer, et la golondrina les afincó dello muchas veces, fasta que vió que las aves non se servían desto nin daban por ello nada; et lino era ya tan crescido, que las aves non lo podían arrancar con las unnas y con los picos.

Et desde esto vieron las aves, que el lino era crescido, et que no podían poner consejo al dapno que se les ende seguía, arrepintiéronse ende mucho, porque ante non habían y puesto consejo; pero el arrepentimiento fué a tiempo que non podía tener pro. Et ante desto, cuando la golondrina vido que non querían poner las aves recabdo en aquel dapno que les venía, fuese para el home et metióse en su poder, et ganó del seguridad para sí et para su linaje, et después acá viven las golondrinas en poder de los homes et son seguras dellos, et las otras aves que se non quisieron guardar, tómanlas cada día con redes et con lazos.

Dice un sabidor que si entendieres que te puede venir dapno de alguna cosa, obra con que te asegures de ella, ca non es cuerdo el que ve la cosa después que es acaescida: asaz más es cuerdo el que por una señaleza et por un movimiento cualquier entiende el dapno que le puede venir, et pone y consejo, porque non le acaezca dapno.

(Del libro de Patronio*.)

Cuestionario.—Observaciones pertinentes al lenguaje y a las ideas.—Consecuencia que puede deducirse para el bien vivir.

11. Ventajas del ahorro y de la previsión.—El ahorro y la previsión son dos hermanas

gemelas. Reunidas las dos, crean la seguridad de una vida tranquila, la paz del hogar, el bienestar, la dicha. El obrero asegura con ellas su propia suerte y no tiene que temer los efectos de una huelga, de una enfermedad, de un accidente, de la misma vez que nos debilita.

El trabajo asegura al pobre el pan de hoy; el ahorro y la previsión le dicen que también tendrá pan mañana, aunque la desgracia le persiga y la enfermedad le hiera.

Mira sereno el porvenir, porque sabe que podrá evitar el azote de las deudas, que es para un obrero la miseria eterna, el engranaje terrible que hace presa en una uña, y poco a poco va consumiendo el dedo entero. Mira el porvenir sin inquietudes, y esta tranquilidad le da más coraje, más energía para contribuir con su trabajo al bienestar de su familia y a la prosperidad de la patria.

El ahorro y la previsión ahogan los hábitos que no responden a necesidades verdaderas. Y hay algunos de estos hábitos que son a la vez tan caros como perjudiciales. Tales son, para los hombres, los del tabaco y el alcohol; para las mujeres, el lujo desmedido, el afán de bien parecer. El tabaco y el alcohol son verdaderos venenos.

El ahorro previene la intemperancia; entre los desgraciados que veis andar dando traspiés por la calle, tened seguro que no hay ninguno que practique el ahorro, porque el ahorro le hubiese preservado de tal desgracia. En cuanto al gusto desmedido por el lujo, tenedlo presente: es causa de la ruina de muchas familias y la perdición de algunas jóvenes que quieren mantenerlo a toda costa.

El ahorro domina a la voluntad, y la voluntad conduce al cumplimiento del deber. El hombre que ahorra sabe vencerse; sabe resistirse a las tentacio-

nes de placenterós deseos que podría satisfacer; se prohíbe satisfacciones propias para poder atender mejor a las necesidades de su familia.

Esta fuerza de voluntad, este olvido de sí mismo dan al hombre un gran valor moral, que ennoblece su carácter. Se hace dueño de sí mismo y sabe dirigir los pasos de su vida, mientras que el hombre débil, juguete de sus deseos y pasiones, es fácilmente llevado hacia donde su veleidad le empuja.

El ahorro hace a las familias unidas y prósperas. Un obrero que ahorra no va nunca al café ni a la taberna; pasa las veladas y los domingos en su casa, disfrutando los sencillos placeres que proporciona la familia. A los ruidos de la taberna, prefiere él la tranquilidad del hogar.

En las horas de descanso, él sale con su mujer y sus hijos; habla de las cosas de ellos; se interesa por sus progresos escolares y toma parte en sus juegos y diversiones. El obrero que ahorra será un buen marido y será un buen padre.

Una joven que se habitúa a ahorrar tiene mucho adelantado para hacer una buena boda: casada, se hace hacendosa y económica; crea un hogar tranquilo y retiene en él a su marido, haciéndole gozar los placeres más puros de la vida, los que proporciona el cariño de una esposa dulce y unos hijos amantes, cuando se disfruta de cierto bienestar y no hay que preocuparse mucho del porvenir.

Si el ahorro y la previsión fueran generales entre los obreros, no habría seguramente pobres que pidieran limosna.

Los recursos de la pública beneficencia son frecuentemente empleados ahora en aliviar miserias causadas por la pereza, por el alcoholismo, por la imprevisión.

La embriaguez y la degradación, desaparecerían;

el porvenir de las familias obreras sería menos incierto; en los hogares habría más vida, más animación, más bienestar. Los obreros serían más independientes, porque, contando con sus propios recursos, no tendrían que mendigar la beneficencia pública sino en circunstancias excepcionales, rarísimas. Y ganarían también en su propia estimación y en la consideración de los demás.

Trabaja hoy para tener mañana. Resuélvete, en fin, a no ser pobre, que ningún hombre puede ser dichoso cuando necesita ayuda.

Cuestionario.—Enumerar algunas ven ajas que proporcionan el ahorro y la previsión en la vida de familia.—Su trascendencia a la vida social.

12. Ejercicio de ortografía.—Trabajo y economía.—(Cópiese el siguiente trozo; súbrayense las palabras donde haya letras de dudosa escritura y expóngase la regla pertinente.)

El camino de la fortuna no es tan difícil de encontrar como muchos creen. A él conduce el trabajo cuando se ayuda por la economía.

Quien desee alcanzar el término, que es donde está la riqueza, no tiene más que saber aprovechar el tiempo y el dinero; es decir, ser trabajador y económico.

El que gana todo cuanto puede ganar honradamente con su trabajo, y ahorra todo lo que gana después de pagar los gastos necesarios de la vida, dice Franklin, no puede dejar de enriquecerse, a menos que el Sér Supremo, que gobierna el mundo, y hacia el cual todos deben elevar los ojos para alcanzar la bendición de sus esfuerzos, no haya determinado, en la sabiduría de su providencia, alterar el concierto admirable del Universo.

Difícil: Se acentúa en la penúltima sílaba por ser palabra llana terminada en consonante que no es *n* ni *s*.

El: Se acentúa por ser pronombre personal; no se acentuaría si fuera artículo.

Trabajo: Se escribe con *b*, como trabajar, por el uso.

Economía: Se acentúa en la *i* para indicar al lector que no forman diptongo las dos últimas vocales.

Término: Se acentúa por ser palabra esdrújula.

Está: Se acentúa por ser voz aguda acabada en vocal.

Más: Se acentúa por ser adverbio; no se acentúa cuando es conjunción.

Saber: Se escribe con *b*, porque en esta letra se ha convertido la *p* del latín *sapere*.

Aprovechar: Se escribe con *v* porque *provecho*, del latín *profectus*, se escribe con esta letra. La *f* latina se ha convertido en la *v* castellana en muchos casos.

Tiempo: Antes de *p* se escribe *m* y no *n*.

Honradamente: Se escribe con *h*, como *honra*, de donde procede. También se escriben con *h* *honor*, *honorable*, *honorar*, *honoríficamente*, *honorífico*, *honroso*, *honrable*, *honradamente*, *honradez*, *honrado*, *honrar*, *honrilla*, *honrosamente*, y algunos otros compuestos y derivados.

Ahorra: Se escribe con una *h* intermedia, como *ahorro* y *ahorrar*, voces procedentes del árabe.

Vida: Se escribe con *v*, del latín *vita*, procedente del verbo *vivere*, vivir.

Sér Supremo: Se escribe con letras mayúsculas como nombre propio, equivalente a *Dios*, etc.

13. Inestabilidad de las cosas humanas

Ufano, alegre, altivo, enamorado,
rompiendo el aire el pardo jilguerillo,
se sentó en los pimpollos de una haya;
y con su pico de marfil nevado;
de su pechuelo verde y amarillo
la pluma concertó pajiza y gayá;
y celoso se ensaya
a discantar en alto contrapunto
sus celos y amor junto,
y al ramillo, su apoyo, y a las flores,
libre y gozoso, cuenta sus amores.
Mas, ¡ay!, que en este estado
el cazador cruel, de astucia armado,
escondido le acecha,
y al tierno corazón aguda flecha
tira con mano esquiva,
y envuelto en sangre al suelo lo derriba.
¡Simple avecilla errada,
imagen de mi suerte desdichada!

VIDA Y FORTUNA

De la custodia del amor materno
el corderillo juguetón se aleja,
enamorado de la hierba y flores,
y por la libertad del pasto tierno
el cándido licor olvida y deja,
por quien hizo a su madre mil amores,
sin conocer temores
de la florida primavera bella;
el vario manto huella
con retozos y brincos licenciosos,
y paze tallos tiernos y sabrosos;
mas, ¡ay!, que en un otero
dió en la boca del lobo carnicero,
que en partes diferentes
lo dividió con sus voraces dientes,
y a convertirse vino
en purpúreo el nevado vellocino.
¡Oh inocencia ofendidal
¡Breve bien caro pasto, corta vida!

Rica con sus penachos y copetes,
ufana y loca, con ligero vuelo
se remonta la garza a las estrellas,
y puliendo sus negros martinetes
procura ser allá, cerca del cielo,
la reina sola de las aves bellas;
y por ser ella de ellas
la que más altanera se remonta,
ya se encubre y trasmonta,
a los ojos del lince más atentos,
y se contempla reina de los vientos.
Mas, ¡ay!, que en la alta nube
el águila la vió, y al cielo sube,
donde con pico y garra
el pecho candidísimo desgarró
del bello airón que quiso
subir tan alto con tan corto aviso.
¡Ay pájaro altanero,
retrato de mi suerte verdadero

Al son de las belisonas trompetas
y al retumbar del sonoro parche,
formó escuadrón el capitán gallardo;

con relinchos, bufidos y corvetas
pidió el caballo que la gente marche,
trocando en paso presuroso el tardo.

Sonó el clarín bastardo
la esperada señal de arremetida,
y en batalla rompida,
teniendo cierta de vencer la gloria,
oyó a su gente que cantó victoria.

Mas, ¡ay!, que el desconcierto
del capitán bisoño y poco experto,
por no observar el orden,
causó en su gente general desorden;
y la ocasión perdida,
el vencedor perdió victoria y vida.

¡Ay fortuna voltaria
en mis prósperos fines siempre varial

Sobre frágiles leños, que con alas
de lienzo débil de la mar son carros,
el mercader surcó sus claras olas;
llegó a la India, y rico de bengalas,
perlas, aromas, nácares bizarros,
volvió a ver las riberas españolas;
tremoló banderolas,
flámulas, estandartes, gallardetes;
dió premio a los grumetes
por haber descubierto
de la querida patria el dulce puerto.

Mas, ¡ay!, que estaba ignoto
a la experiencia y ciencia del piloto
en la barra un peñasco,
donde tocando de la nave el casco,
dió al fondo, hechos mil piezas,
mercader, esperanzas y riquezas.

¡Pobre bajel, figura
del que anegó mi próspera ventural

Canción, ve a la columna
que sustentó mi próspera fortuna,
y verás que, de mármoles y bronces,
hoy es mujer, y en suma:
¡Breve bien, fácil viento, leve espumal

*Antonio Mira de Amescua**

14. Ejercicios de dictado. — Consejos.

Huye de los juegos de azar, pues sabido es que con el juego se pierden tres cosas, a saber: el tiempo, el dinero y la conciencia.

La pasión del juego hace perder el tiempo; el cebo de una ganancia arrastra al jugador a nuevas pruebas que absorben todo su caudal; finalmente, por satisfacer su pernicioso hábito, es capaz del engaño, del robo: hasta del crimen.

La disipación ha arruinado a muchos; en cambio, la economía ha sabido labrar de la nada grandes fortunas.

El hombre previsor no economiza dinero en los días prósperos por el gusto de guardar, sino por hacer con lo que guarde un beneficio para sí o para sus semejantes cuando vengan los tiempos adversos.

VOCABULARIO

Mira de Amescua (Antonio): Poeta español nacido en Guadix. Fué capellán de los Reyes de Granada, muy elogiado por Cervantes y émulo de Lope en la comedia, de las que se conservan hasta cincuenta, siendo muy notable *El Fénix de Salamanca*.

Patronio: Colección de apólogos *Del libro de Patronio y por otro nombre del conde de Lucanor*, compuesto en 1335 por el infante Don Juan Manuel.

VI.--Mutualidad escolar

1. La mutualidad.—Cuando el hombre que vive aislado encuentra una dificultad en la vida, siéntese naturalmente inclinado a buscar la ayuda de los demás. El esfuerzo de un hombre solo es insuficiente para acometer ciertos trabajos; la unión de varios hombres reunidos multiplica los esfuerzos y da el éxito en una empresa. Así nacen las asociaciones.

Pero no es prudente esperar a formar una asociación en el momento mismo en que la ayuda ajena se hace necesaria por las circunstancias. Es menester prevenir los sucesos, para que éstos no nos sorprendan, cogiéndonos desprevenidos. Hay que anticiparse a ellos. En esto consiste la previsión.

Da firmeza a la mutualidad el número de los adeptos que en ella colaboran. Por eso conviene a las mutualidades buscar sus socios entre los jóvenes, y aun mejor entre los niños, para estar seguros de que su energía y su adhesión han de durar muchos años, con lo que podrán servir mejor a la causa de los comunes beneficios. He ahí el por qué de las mutualidades escolares.

La mutualidad debe buscar lo necesario a todos, por lo superfluo de cada uno, sobre todo en las eventualidades dolorosas de la enfermedad y la vejez. La mutualidad puede asegurar a todo hombre una ayuda, una pensión que le ponga a salvo de estos riesgos.

Tales son los principales objetos que las mutualidades se proponen.

He aquí por qué las mutualidades escolares se han extendido rápidamente por el mundo, preparando al niño a la solidaridad, y habituándolo a vivir para los otros, mientras que los otros viven para él.

Las mutualidades se fundan en la asociación, en la cordialidad, en el amor. Su lema es éste:

Cada uno para todos; todos para cada uno.

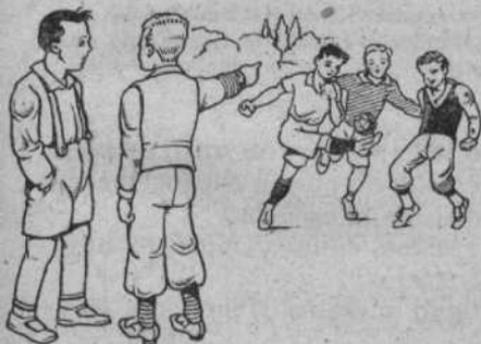
EJEMPLOS

1.º Ramiro era un pobre escolar sin amigos, sin juguetes, siempre aburrido.

Eugenio, su vecino, tenía buenos amigos en la escuela, con los que solía jugar alegremente.

«¿Quién os ha comprado ese balón?»—dijo un día Ramiro—. Ese es de los más caros.

—Lo hemos comprado nosotros mismos—contestó Eugenio—. Tenemos establecida una mutualidad escolar, con buen fondo, y de ella hemos tomado 95 pesetas para comprar el balón. Pronto Ramiro se cambió de escuela.



2.° Una tarde vi pasar, con muy corto intervalo de tiempo, dos carros mortuorios al cementerio.

El primero llevaba una pobre caja sin coronas, sin acompañamiento apenas.

En el segundo iba el féretro casi cubierto de flores, y multitud de obreros, vestidos con sus trajes de fiesta, le seguían.

Eran los muertos dos obreros, según pude saber. Pero el segundo pertenecía a una mutualidad, y ésta le costaba el entierro, como le había costado antes la asistencia médica y las medicinas.

Formaban el acompañamiento los mutualistas amigos del finado.



3.° Don Pedro era el abuelo de dos niños, a quienes todos los días acompañaba hasta la puerta de la escuela, despidiéndolos con un beso.

Cierto día, los nietezuelos dieron limosna a un pobre anciano, y éste les dió las gracias con tiernas expresiones.

Don Pedro, que le reconoció al instante, cuando dejó a los niños volvió en busca del pordiosero para socorrerle.

Los dos habían ido juntos a la escuela. Pero D. Pedro había ingresado muy pronto en una sociedad mutualista, y ahora disfrutaba de una decorosa pensión de retiro; el otro, que no se había preocupado nunca de mutualidades ni seguros, se encontraba a la vejez sin medios de fortuna, y siendo una carga para sus hijos, también necesitados, había tenido que recurrir al trance amargo de pedir limosna.

¡Cuán distinta era la vejez de los dos antiguos camaradas!

Cuestionario.—¿Cómo nacen las asociaciones?—¿En qué consiste la previsión?—¿Dónde se asienta la firmeza de una mutualidad?—Objeto de las mutualidades escolares.—Ejemplos.

2. Sociedades de socorros mutuos.—He aquí el diálogo entablado un día entre el maestro y un antiguo alumno de la escuela:

Andrés.—Vengo a usted, como siempre, en busca de enseñanzas y consejos.

Maestro.—Tu antiguo maestro siente una viva

satisfacción al verte y al recibir de ti esta nueva prueba de cariño.

A.—Oigo hablar mucho actualmente de sociedades de socorros mutuos. Se me dice que son muy útiles y se solicita mi adhesión. No comprendo bien estos asuntos, y antes de comprometer mi dinero quiero preguntar a usted qué opina de estas sociedades.



do bien estos asuntos, y antes de comprometer mi dinero quiero preguntar a usted qué opina de estas sociedades.

M.—Las sociedades de socorros mutuos son unas excelentes instituciones, querido Andrés, y tú te convencerás

de ello, como yo lo estoy, en cuanto comprendas los principios en que se fundan.

Recordarás de una historieta que hemos referido muchas veces en la escuela para probar el principio de que «la unión es la fuerza».

A.—Recuerdo de que Sertório decía a sus soldados que si una a una fueran arrancando las cerdas de la cola de un caballo, dejarían la cola pelada; pero si pretendían arrancarlas todas de una vez, les sería absolutamente imposible.

M.—Es verdad; pero me refería a esta otra: un padre quería probar a sus hijos las ventajas de la unión. Tomó un día algunas flechas y las fué rompiendo con facilidad de una en una.

Tomó después un haz de ellas, intentó romperlas, pero no pudo lograrlo por muchos esfuerzos que hizo.

Con ello les mostró que uno a uno podrían ser fácilmente vencidos; pero si se mantenían en estre-

cha unión ofrecerían a sus enemigos resistencia insuperable.

Pues bien; los obstáculos, las desgracias abaten al hombre que lucha aislado; pero se resisten y vencen cuando los hombres se unen y se prestan mutua ayuda. Esta unión fraternal, esta mutua ayuda que se prestan los hombres es lo que se llama «mutualidad».

La mutualidad agrupa a los hombres en poderosa falange para resistir, por el esfuerzo común de toda la masa, el revés que los aplastaría, la desgracia imprevista que los conduciría a la ruina si lucharan solos o aislados.

Voy a ponerte un ejemplo para que veas más claramente la utilidad y el alcance prodigioso de los socorros mutuos.

Tú estás casado y tienes dos hijos. Pues bien; suponte que caes gravemente enfermo. No hay en tu casa más que tu salario para vivir, y al faltar el jornal tendrás que ir empeñando o vendiendo las ropas y el ajuar. La familia, en fin, será víctima de la miseria. ¿No es esto triste y doloroso?

A.—Yo tengo una libreta en la Caja de Ahorros. Pero si los cuatro habíamos de comer de estos ahorros, pronto los agotaríamos.

M.—Considera los gastos que supone una enfermedad, añadidos a los gastos ordinarios de la casa. Y cuenta que la enfermedad puede tenerte en cama durante muchos días.

A.—Me vería obligado a ir al hospital. Esto me repugna; pero no habría más remedio que tomarlo como último recurso.

M.—Tú estarías allí muy bien cuidado. Pero debe ser muy triste separarse de las personas queridas en la enfermedad y en el sufrimiento, mayormente cuando se las deja sin recursos... Durante algún

tiempo, malvendiendo o empeñando, se puede hacer frente a las necesidades. Mas si la enfermedad se prolonga, ¿qué hacer?... No habría más remedio que contraer deudas sobre deudas; tal vez tener que mendigar...

Seguramente que este pensamiento, en el hospital, te quitaría muchas veces el sueño y retardaría tu curación.

Mas supongamos que por fin te curas. Volverías a tu casa y te encontrarías a tus hijos extenuados; los muebles, empeñados o vendidos; las deudas, agobiando con sus créditos. No podrías recoger a tiempo los objetos empeñados en el Monte de Piedad, y los perderías. ¡Situación verdaderamente desastrosa!

A.—Creo que, aunque me curara, sería muy difícil reponerme.

M.—Lo serías si lucharas solo. Pero suponte que esa pérdida, para ti enorme, se reparte entre cincuenta o entre cien individuos; ¿tendría tanta gravedad? ¿Sería de tan terribles consecuencias?

A.—¡Ah, no! Sería poca cosa para cada uno.

M.—Pues bien; he ahí lo que hace la sociedad de socorros mutuos: reparte entre todos los miembros la pérdida que sería insoportable para uno solo de sus individuos.

A.—Explíqueme bien estas cosas, que nunca he acabado de comprender.

M.—Es muy sencillo. Supongamos que una sociedad de socorros mutuos cuenta con cien miembros. Durante un año, habrá entre ellos quien tenga alguna ligera enfermedad; acaso habrá dos o tres que sufran enfermedades graves; pero la inmensa mayoría no tendrán ninguna novedad.

Mas todos, sin distinción, habrán pagado su cuota a la sociedad, que puede ser, por ejemplo, de

6 pesetas al mes. Este ahorro colectivo sirve para hacer un fondo común, y de él se socorre a todos los socios que enferman. La sociedad paga la asistencia médica y los gastos de medicamentos, y aún añade una indemnización, que puede ser, por ejemplo, de 6 pesetas diarias, mientras dura la enfermedad.

El ahorro individual es muy débil para defender al obrero de los gastos que irroga una larga enfermedad. La Caja de Ahorros no puede darle sino el dinero impuesto, acrecido con un módico interés.

Pero el ahorro colectivo le libraré de las consecuencias de la desgracia cuando se le haga fecundo por medio de la mutualidad; el ahorro colectivo dará al obrero enfermo los cuidados necesarios todo el tiempo de que tenga necesidad, y le asegurará el pan de la familia. La sociedad le dará el equivalente del jornal mientras por enfermo no pueda ganarlo.

A.—Ahora lo comprendo. ¡Qué bien combinado está todo esto!

M.—Las cuotas se pagan en días fijos; el que no la paga, se expone a perder los derechos de socorro. Y como nadie sabe con antelación si enfermará o no, cada uno tiene interés en estar siempre al corriente en el pago de cuotas.

A.—¿Y la sociedad tiene siempre dinero suficiente para socorrer a todos los enfermos?

M.—La sociedad tiene el deber de abonar a todos los miembros enfermos los socorros ofrecidos. Es un contrato al que no se puede faltar. Si por una epidemia u otra causa el número de enfermos es muy grande y los fondos no alcanzan, la sociedad, reunida en asamblea, acuerda lo que crea más conveniente. Una sociedad bien administrada no suele llegar nunca a estos extremos; más frecuente es que

haya fondos sobrantes y se inviertan en negocios seguros y lucrativos, como fondo de reserva.

A.—Pero si yo no enfermo, no veo que tenga ninguna ventaja en la sociedad.

M.—¿Y estás seguro de que tú no has de enfermar nunca? Si tienes una enfermedad grave y te abonan tu salario como si trabajases, verás las ventajas de la sociedad mutualista; si tienes la fortuna de no enfermar, gozarás, al menos, la tranquilidad que da la certidumbre de ser socorrido en caso de necesidad, y no sentirás inquietud por tu suerte o la de tu familia.

Si tu dinero no ha servido para socorrerte, habrá servido para socorrer a un compañero, a un consocio, a un hermano. La mutualidad, no solamente salva de la ruina al obrero necesitado, por las ventajas materiales que ofrece, sino que crea también una generosa y fraternal solidaridad entre los miembros mutualistas.

Tú no sabes lo que atan los intereses comunes. Cuando se tienen fondos de reserva e intereses creados, la sociedad se convierte en una familia donde todos los miembros se aman y se ayudan mutuamente. Por eso, las sociedades de socorros mutuos tienen por divisa: *Amaos como hermanos; ayudaos los unos a los otros.*

Cuestionario.—Objeto de las sociedades de socorros mutuos. Ejemplos de que la unión hace la fuerza.—Exponer los beneficios que se obtienen de estas sociedades.—Fin altruista en que se inspiran.

3. ¿Qué es una mutualidad escolar?—

Un día el maestro, desde la plataforma, habló así a los niños:

—Ante todo, sepamos que *mutualidad* viene de *mutuos*, que quiere decir recíproco. Se dice, por

ejemplo, «Sociedad de socorros mutuos», y es lo mismo que decir sociedad en la cual los socios se socorren o se ayudan recíprocamente unos a otros.

La mutualidad escolar es precisamente una sociedad de mutuo socorro entre los niños. ¿Qué especie de socorro? Un socorro de dinero que se da al socio enfermo y necesitado.

Vosotros sois muy jóvenes; por fortuna sois aun niños, y no queréis pensar en cosas tristes. Hacéis muy bien en ello. Pero sabed que la vida no es siempre una cosa alegre, como no son de sol claro y espléndido todos los días del año.

Aun en las familias más ordenadas puede suceder, y sucede algunas veces, que el cabeza de familia, el que trabaja para mantener a su mujer y a sus hijos, un día... enferma. No puede ir a la oficina, al taller, al trabajo en que se ocupa. No trabajando, no gana el jornal, y... no cobra.

Y ahora, que es cuando más falta le hace el dinero, es cuando el dinero le falta.

Pero la necesidad no tiene espera: hay que tomar una resolución... Hay que tomarla pronto.

Se comienza por contraer una pequeña deuda, por malvender un objeto que se tenga en grande estima, o por empeñarlo en el Monte de Piedad, cuando existe esta institución benéfica. De todos modos, a la puerta de aquella casa se ha asomado la miseria, y el pobre enfermo que sufre en el lecho, a sus dolores físicos tiene que añadir el dolor de



ver sufrir a los seres más queridos: a su mujer y a sus hijos.

Otras veces sucede algo peor: un accidente desgraciado en el trabajo, un accidente que puede convertir a un hombre sano y vigoroso en un inválido. No pasa día sin que se lea en los periódicos que un operario ha sido herido en una fábrica; que un albañil se ha caído de un andamio. ¿Qué sería de estos infelices, qué de sus familias, si una ley, verdaderamente providente y justa, no hubiera creado el seguro en favor del operario?

La miseria horrible, humillante, irremediable. Pero hagamos la mejor de las suposiciones. Puede suceder que el cabeza de familia goce de una salud a prueba, que no enferme nunca; y puede ser tan afortunado que no sufra el menor accidente en su trabajo, que no pierda un día de jornal. Mas los años pasan para todos; un día ocurre que sus miembros se fatigan, que su vista se acorta, que su mano tiémbla...: es la vejez que ha llegado, que reclama el debido reposo en el trabajo, en ese trabajo con que gana el pan de cada día.

¿Cómo vivir ahora? ¿A cargo de la caridad pública, que muchas veces humilla al socorrido, y otras veces le rechaza mostrándole el disgusto con que se encarga de su asistencia?

¿Y si está enfermo? No le queda más recurso que ir al hospital.

Ya en este punto me preguntaráis: ¿Pero no tiene hijos u otros parientes que le asistan? Es verdad. Ellos tienen la obligación de pensar en sus viejos, de atender a su sostenimiento; pero, por regla general, los parientes de los pobres suelen ser pobres como ellos, y no les es siempre posible tomar a su cargo al que poco gana y nada posee.

También hay viejos que no tienen parientes a

quien recurrir, que deben buscar un asilo, y... desgraciadamente no puede haber asilos para todos. El viejo que se encuentra en estos casos debe tener una vejez llena de angustias, de zozobras, de dolores. ¡Qué triste debe ser haber vivido largos años sin pensar en el mañana, para llegar a este final de la vida!

Por fortuna, en nuestros tiempos hay ya muchas gentes previsoras que, tomando en cuenta el antiguo refrán de que «la unión hace la fuerza», se han unido para constituir sociedades de socorros mutuos.

Cada socio paga una cuota: supongamos una peseta al mes, lo que hace doce pesetas al año. Pequeña suma como veis. Mas como cada uno de los otros paga otras doce pesetas, todas las pesetas unidas hacen una suma respetable con que venir en ayuda del socio necesitado. Así uno, mientras ayuda a los otros, tiene derecho a ser ayudado de los demás. Este es el socorro recíproco, el socorro mutuo, la mutualidad.

Si quisiéramos resumir en pocas palabras los beneficios de la mutualidad escolar, diríamos: La mutualidad proporciona a sus asociados la asistencia medicofarmacéutica en caso de enfermedad; una suma convenida para gastos funerarios, y un seguro de vida en caso de fallecimiento; una dote para la mayor edad y una pensión de retiro para la vejez.

Estos son los bienes materiales. Pero la mutualidad es además una institución que habitúa a los niños al ahorro y la previsión, educando indirectamente la voluntad y dándole el dominio de sí mismos; la mutualidad enseña prácticamente la economía, acostumbrando a los niños a no gastar sus pequeños ahorros en cosas inútiles o superfluas, con lo que se corrigen los excesos del egoísmo y se

fortifica la dignidad personal; la mutualidad, en fin, inicia a sus adeptos en la obra de la asociación, creando hábitos de sociabilidad y prácticas societarias que han de serles muy útiles cuando de lleno tomen parte en las luchas de la vida.

La mutualidad escolar es la más eficaz de las mutualidades por el mayor espacio de tiempo que se puede pertenecer a ella.

Cuestionario.—¿Qué se entiende por mutualidad escolar?—La enfermedad, la invalidez; la vejez: ¿cómo pueden prevenirse y aminorarse sus daños?—Consideraciones oportunas.

Gil y los pájaros

Vió Gil de un árbol caer
cinco pájaros, y todos,
corriendo por varios modos,
los quiso a un tiempo coger.

—Deja, buen Gil, de correr,
pues no cogerás ninguno.
¿A qué tras cinco, ¡importunol,
a un tiempo vas con ahinco,
si para coger los cinco
tienes que empezar por uno?

Ramón de Campoamor.

4. Cómo se debe emplear el ahorro.—
El maestro, hablando un día con los niños más adelantados de la clase, les decía:

—Esta mañana habéis traído todos algo para la Caja de Ahorros. Está muy bien. Pero es menester perseverar en el ahorro, porque la eficacia y la virtud no nacen de un hecho aislado, sino del hábito de bien obrar. Quiero decir que habéis de ahorrar siempre; que si en la escuela aprendéis a ahorrar de niños, en la vida os será muy fácil después aho-

rrar de jóvenes, porque habréis contraído el hábito que os hará el ahorro tan fácil como placentero.

Pero no es bastante el ahorrar. Importa también mucho el ahorrar con regularidad y saber dirigir el ahorro al fin que se propone. Me explicaré con un ejemplo:

He conocido un matrimonio de obreros, sin hijos, de vida arreglada y tranquila, que era la admiración de sus vecinos. Marido y mujer eran de la misma edad; contaban cuarenta años. Todas las semanas ingresaban 5 pesetas en la Caja de Ahorros desde que se habían casado, y hacía quince años.

Se habían propuesto con este ahorro reunir, poco a poco, un capitalito que les ayudara a satisfacer sus gastos cuando dejaran de trabajar. ¿Qué pensáis que deberían hacer con este objeto?

Luis.—Creo que debían seguir ahorrando con regularidad e imponiendo su dinero en la Caja de Ahorros; es una colocación segura, y los intereses se van acumulando al capital.

Maestro.—Vamos a hacer un cálculo.

Supongamos que ellos quieren descansar a los cincuenta y cinco años. Puesto que han comenzado a los veinticinco, el ahorro de treinta años, a 5 pesetas por semana, lo representaremos así: En un año, 5 pesetas por cincuenta y dos semanas, igual 260 pesetas. En treinta años, 260 pesetas por treinta años, igual 7.800 pesetas.

Tendrán, pues, a los cincuenta y cinco años un capital de 7.800 pesetas, al cual habría que añadir los intereses compuestos correspondientes a cada año.

Si ellos hubieran ingresado las 260 pesetas juntas al fin de cada año, se elevaría su capital e intereses compuestos a 12.369,68 pesetas. Pero como han ido ingresando todas las semanas, durante cada

año tendrán un poco más, y será, próximamente, 12.400 pesetas en junto.

José.—Realmente este dinero será una buena ayuda para esos obreros a su vejez. El capital está bien colocado en la Caja de Ahorros; es lo mejor que han podido hacer.

Maestro.—Sí, se ve que han colocado una suma de 7.800 pesetas y han ganado, además, 4.600 por los intereses compuestos. Pero veamos cómo habrán de administrar luego este fruto de sus ahorros.



Supongamos que para contribuir a sus gastos deciden dedicar cada año 1.000 pesetas de la suma que han recogido a sus cincuenta y cinco años. ¿Durante cuántos años podrán contar con esta ayuda?

Pablo.—Es bien sencillo; no hay más que ver cuántas veces están contenidas 1.000 en las 12.400 que recibieron; es decir, dividir esta cifra entre 1.000; resulta doce años y aún queda un sobrante de 400 pesetas.

Maestro.—Está bien pongamos dos años más porque la parte de capital aún no gastada continúa produciendo intereses; pero si viven más de los sesenta y nueve años, y es frecuente llegar

hasta edad más avanzada, se les habrá terminado entonces la provechosa ayuda que les venía proporcionando el resultado de sus ahorros. ¿Qué deberían, pues, haber hecho?

Pablo.—Muy sencillo; podían haber procurado ahorrar más de las 5 pesetas semanales.

Maestro.—Pero ¿cuánto debieron haber ahorrado?

Pablo.—Esto ya es difícil de decir. Se necesitaría saber cuánto tiempo habían de vivir. Y... todos sabemos que nos hemos de morir, pero nadie sabe cuándo.

Maestro.—He ahí justamente lo que ellos no pueden saber: cuándo hayan de morir.

Sería hermoso, sin embargo, cuando se llega a viejo, poder vivir tranquilo, seguro de poseer los mismos medios de fortuna hasta la hora de la muerte. La Caja de Ahorros no puede dar esta seguridad. Los obreros que han impuesto su dinero en la Caja de Ahorros no pueden hallar satisfacción cumplida a sus deseos. Pero hay otra institución que da esa seguridad completa.

Los niños.—¿Cuál es?

Maestro.—El Instituto Nacional de Previsión.

El Instituto Nacional de Previsión recibe las impositivas desde 2 pesetas en adelante, anotándolas en una libreta individual, de modo semejante a la Caja de Ahorros. Pero el Instituto de Previsión no devuelve ahora el dinero al imponente. Lo hará, si lo piden, después de la muerte, a los legítimos herederos; por ejemplo, a la viuda o a los hijos. Las sumas ingresadas sirven para asegurar una renta vitalicia, una pensión para la vejez, pues el Instituto pagará todos los años la suma a que tenga derecho el imponente, aunque ésta llegue o pase de los cien años.

Pedro.—Me gustaría saber qué renta hubieran tenido nuestros obreros de haber hecho sus imposiciones en el Instituto de Previsión.

Maestro.—Vamos a verlo.

Antes os he de decir, sin embargo, que la imposición puede hacerse de dos modos: a capital cedido y a capital reservado. A capital cedido, el capital no se recobra nunca; pero, en cambio, produce alto interés; a capital reservado, los herederos del imponente recobran todo o parte del capital; pero el interés es menor. También puede hacerse la mitad a capital cedido y la otra mitad a capital reservado. Puesto que los obreros de que hablamos no tenían hijos y sólo buscaban la mejor renta para la vejez, supondremos que hacían las imposiciones a capital cedido, y a nombre del marido, como cabeza de familia.

Las imposiciones fueron 5 pesetas semanales, desde veinticinco a cincuenta y cinco años. Por la tarifa del Instituto vemos que una peseta en las condiciones indicadas produce una renta de 247,41 pesetas; luego imponiendo 5 por semana, tendremos una renta de 247,41 por 5, igual 1.237. Como veréis, son 1.237 pesetas anuales; más de las 1.000 pesetas que pensaban destinar cada año para ayuda de sus gastos. Con la particularidad de que esta renta, todos los años igual, quedaba asegurada para la vida entera. ¿Qué os parece de esto?

Pablo.—Que es muy bueno; que es precisamente lo que nuestros obreros buscaban.

José.—Está muy bien si el marido vive más que la mujer. Mas ¿de qué vivirá ella si muere antes el marido?

Maestro.—Tu observación es prudente. Pero tal vez encontraréis alguna combinación para evitar ese caso, que es muy posible.

José.—Si, por ejemplo, el marido y la mujer hicieran sus ingresos en libretas distintas, por mitad, cada uno podría tener su propia renta.

Maestro.—Me parece muy bien. Es muy justo que la mujer tenga su pensión, ya que ella trabaja y contribuye como el marido a la ganancia y al ahorro.

Adoptando la nueva combinación, el marido y la mujer ingresarían cada uno 2,50 pesetas por semana; y puesto que los hemos supuesto de la misma edad, tendría cada uno la mitad de la renta antes obtenida; es decir, 1.237 entre 2, igual 618,52 pesetas a la muerte de uno de los cónyuges, y entre los dos 1.237 mientras subsistiera el matrimonio.

Supongamos que el marido cobra su pensión durante diez años, ¿Cuánto le habrá pagado el Instituto?

José.—Le habrá pagado 618,52 por 10, igual 6.185,20 pesetas.

Maestro.—Y si la mujer sobrevive diez años al marido, ¿cuánto será lo que cobre?

Pablo.—Si disfruta veinte años de pensión, cobrará las 618,52 por 20, igual 12.370.

Maestro.—De donde resulta que habrán cobrado, en total, 6.185,20 pesetas, más 12.370 pesetas, igual **18.555,20 pesetas.** ¿Recordáis ahora lo que habían ingresado?

Pedro.—Sí, señor; habían ingresado solamente 7.800 pesetas; y como cobraron 18.555,20, la diferencia es un beneficio considerable. ¿Cómo puede el Instituto de Previsión dar tanto dinero?

Maestro.—Y no es eso sólo, sino que hubiera seguido la misma cantidad anual por muchos años que hubieran vivido.

Luis.—Pero díganos: ¿Cómo puede el Instituto

de Previsión pagar una suma mayor que la del capital y los intereses acumulados?

Maestro.—Sencillamente; porque cuenta con el capital, más los intereses compuestos; como la Caja de Ahorros; pero además tiene otros capitales a su disposición, como os voy a explicar.

Millares de personas ingresan sus ahorros en el Instituto de Previsión para proporcionarse una pensión a la vejez; más algunos, bastantes, muchos, mueren antes de llegar a la edad fijada para obtener la pensión; otros hay que llegan a esa edad, pero disfrutan la pensión muy poco tiempo; hay otros, en fin, que viven mucho tiempo, y estos son los afortunados, porque se aprovechan de sus ahorros y de una parte de los ahorros de los demás. Por eso es el Instituto Nacional de Previsión tan ventajoso para los supervivientes, porque en la esencia es una verdadera sociedad de socorros mutuos, en la cual, con el interés producido por el dinero de todos, se paga la pensión a los que sobreviven.

Augusto.—Esto está verdaderamente bien combinado.

Pablo.—No hay más que una cosa que me parece desfavorable para el Instituto de Previsión: que el imponente no puede sacar nunca su dinero, y puede suceder que se vea algún día en verdadera necesidad.

Maestro.—Pero si el Instituto hubiera de devolver fondos a cada petición, no podría ofrecer las grandes ventajas que hemos enumerado. Pocos obreros llegarían a crearse una renta para la vejez; a cada necesidad de dinero pedirían alguna devolución, y harían seguramente menguados adelantos. Si se quiere obtener una pensión para la vejez, no habrá más remedio que consolidar el ahorro, y po-

ner una cantidad en el Instituto de Previsión para renta de la vejez, y otra cantidad en la Caja de Ahorros para las necesidades eventuales.

También suele recurrirse a este medio: imponer los ahorros semanalmente en la Caja hasta la edad de cincuenta y cinco años, y entonces liquidar la cuenta y llevar los fondos íntegros al Instituto para proporcionarse una pensión inmediata; pero ahora sería muy inferior a la antes indicada. Refiriéndonos al caso de nuestros dos obreros, con el capital de 12.400 pesetas tendrían a los cincuenta y cinco años una renta inmediata de 477,40 pesetas cada uno, ó 954,80 pesetas en total; es decir, 282,20 pesetas anuales menos. Y esto ya no os satisface.

En resolución: que no basta ahorrar; es menester emplear los ahorros de manera que puedan obtenerse de ellos las mayores ventajas. El ahorro se triplica y, a veces, se quintuplica con la previsión.

Colocando su dinero en la Caja de Ahorros, nuestros dos obreros, para irlos gastando conforme a sus necesidades en la vejez, pudieran haber llegado a la miseria de prolongarse su vida; hubieran visto turbada su tranquilidad por el temor de que llegara un día en que carecieran de lo necesario para vivir. Colocando la misma suma en el Instituto Nacional de Previsión, tendrían la completa seguridad de cobrar su renta hasta el fin de su vida, y vivirían tranquilamente con la satisfacción de que seguían viviendo siempre del fruto de su trabajo.

No solamente se debe ahorrar, sino hacer los ahorros productivos.

Cuestionario.—Ejemplo de un matrimonio previsor.—¿Cómo hacían sus ahorros productivos?—¿Cómo se puede crear en el Instituto Nacional de Previsión una pensión para la vejez?—Cálculos comparativos.—Consecuencias.

5. Creación de una mutualidad escolar. — (Conversación entre el maestro y sus alumnos.)

Mariano.—¿Es verdad, señor, que vamos a crear una sociedad de socorros mutuos en la escuela?

Maestro.—Sí, es verdad. Dentro de un par de semanas pienso que la tendremos organizada y en marcha. Los niños que deseen formar parte de ella pueden inscribirse desde luego.

Francisco.—¿Podremos formar parte de la sociedad todos los niños?

Maestro.—Todos los niños de la escuela, cualquiera que sea su edad, pueden inscribirse como socios, siempre que no se hallen enfermos al solicitar la inscripción. Pero es menester para inscribirse el permiso de los padres.

Para recoger este permiso, la escuela facilitará unas hojas que los padres pueden firmar y que los niños entregarán al maestro.

Francisco.—Yo quiero inscribirme en seguida. Vamos a hacer como las personas mayores. Mi padre y mi madre pertenecen también a una sociedad de socorros mutuos. ¿Cómo se llamará nuestra sociedad?

Maestro.—No he pensado aún el nombre. Vosotros mismos podéis proponerlo.

Francisco.—La sociedad a que pertenecen mis padres se llama La Fraternal.

Maestro.—¿Sabes tú por qué se llama así?

Francisco.—Sí, señor; porque todos los que forman parte de la sociedad están unidos y se ayudan mutuamente como hermanos.

Maestro.—También vosotros en la escuela debéis miraros como hermanos; pero lo seréis más cuando, constituida la sociedad, tengáis intereses comunes.

Pedro.—Yo también quiero inscribirme. Pero la sociedad que vamos a formar en la escuela, ¿es lo mismo que la sociedad de socorros mutuos?

Maestro.—Nuestra sociedad no tendrá la misma organización; pero en la esencia, en el objeto que se proponen, casi serán iguales.

Estoy seguro de que Francisco sabe cuáles son las ventajas prometidas a los socios de La Fraternal, de la que sus padres forman parte.

Francisco.—Mi padre me lo ha explicado algunas veces: cuando un socio enferma, se le pasan 7,50 pesetas diarias y se le facilitan asistencia médica y medicamentos. Si la enfermedad dura más de tres meses, pasado este tiempo, sólo se abonan cantidades menores.

Maestro.—¿Y si el enfermo muere?

Francisco.—La sociedad paga una cantidad para ayudar a la familia en los gastos del entierro.

Maestro.—Veo que estás muy al corriente de todo. Efectivamente, las sociedades mutualistas tienen por objeto: 1.º, facilitar médico y medicinas a los socios enfermos; 2.º, abonarles una indemnización diaria durante el tiempo que estén imposibilitados para trabajar, y 3.º, ayudar a los gastos de entierro y funerales.

Angel.—¿Y nosotros vamos a formar una sociedad semejante?

Maestro.—Semejante, pero en pequeño. Yo me propongo formar una sociedad escolar, la cual, al socio enfermo, le pague médico y medicinas o le abone 2 pesetas diarias durante la enfermedad, y entregue a la familia 50 pesetas, caso de fallecimiento.

Mariano.—Todo está muy bien. Pero...

Maestro.—¡Acabal, ¿qué?

Mariano.—¿Y cuánto tendremos que pagar para disfrutar de esos beneficios?

Maestro.—Diez céntimos solamente a la semana. ¿Te parece mucho?

Mariano.—Al contrario. Me parece tan poco, que pienso que no habrá bastante. Se podía aumentar la cuota.

Maestro.—Nada de eso. La experiencia de muchos años ha hecho ver en otras escuelas que esa cantidad es suficiente. ¡Diez céntimos semanales!

Antonio.—A ese precio no habrá niño de la escuela que no se inscriba. Cuenten conmigo.

Maestro.—La sociedad es posible, como lo hemos de ver prácticamente. Ahora bien: ¿es útil? Que nos lo diga Alberto, que no ha despegado todavía los labios.

Alberto.—Es utilísima. Algunos niños no son bien asistidos porque las visitas del médico y las medicinas cuestan caras. Por eso no se llama al médico algunas veces hasta que el enfermito está grave. Acaso cuando ya no tiene remedio. ¡Quién sabe si nuestra sociedad salvará la vida de algún pequeño!

Maestro.—Muy bien, Alberto. La sociedad es utilísima por los beneficios que presta; pero lo es también por los hábitos de sociabilidad que crea preparando un contingente precioso de socios inteligentes y convencidos para el día de mañana. Las ventajas de la asociación no podéis aún vosotros comprender; pero son de asombrosa evidencia. La asociación engendra simpatía y eleva los corazones. La asociación no suma los hombres y sus esfuerzos individuales, sino que los multiplica, y donde hay diez tienen la fuerza de ciento y más.

En fin, os diré que hay sociedades que dan a las viudas y huérfanos una pensión, aunque sea módica.

ca, y otras que conceden socorros extraordinarios para los socios ancianos, y también para los enfermos e incurables. Nosotros no estamos en este caso, pero haremos otra cosa. Pagando cada semana un poco más, podéis aseguraros una pensión de retiro, para la vejez o una dote para los veinticinco años, cuando queráis estableceros. ¿Qué os parece de esto?

Varios niños.—¡Muy bien! ¡Admirable!

Maestro.—Pues hablaremos de ello otro día. Ahora explicad a vuestros padres nuestros propósitos, y que uno de vosotros vaya formando una lista de adhesiones.

La mutualidad escolar es una institución altamente educadora y benéfica.

Cuestionario.—Hacer un resumen de la conversación habida entre el maestro y los niños.—Beneficios que se obtienen de una sociedad de socorros mutuos.—Principios para la creación de una mutualidad escolar.

6. Las pensiones para la vejez.—(Conversación del maestro y sus alumnos.)

Alberto.—Señor, si usted me permite, le suplico que nos hable hoy de las pensiones de retiro para la vejez, como nos tiene ofrecido.

Maestro.—Precisamente ahora pensaba que habláramos de ello. Será el complemento de nuestra sociedad la pensión de retiro que contrataremos para cada uno de los socios.

Francisco.—En la sociedad mutualista a que mis padres pertenecen hay una sección de seguros y pensiones para la vejez.

Maestro.—Y para ella pagarán una cuota especial.

Francisco.—Sí, señor; todas las semanas vienen

a cobrarla a casa. Mis padres tienen cada uno su libreta, y yo tengo la mía.

Maestro.—Lo celebro mucho, porque me place que mis discípulos sean previsores, y porque podrás instruirnos en algunos detalles.

Angel.—¿Pero Francisco no es pequeño todavía para tener una libreta propia?

Francisco.—Hay niños más pequeños que yo, y, sin embargo, la tienen.

Maestro.—Francisco ha dicho bien. En el Instituto Nacional de Previsión hay niños inscritos de menos de diez años. Pero para inscribirse necesitan el permiso de los padres.

Conviene que sepáis que cualquier edad de la vida es útil para contratar una pensión de retiro; pero, indudablemente, pueden obtenerse mayores ventajas si se empieza a ahorrar en los primeros años de la vida. Un corto ahorro desde los primeros años, repetido periódicamente, permite, por los efectos de la acumulación de intereses y también por los de la mortalidad, adquirir una pensión suficiente para subvenir en la vejez a las más apremiantes necesidades de la vida.

Además, os he de decir otra cosa. El adquirir desde los primeros años el hábito del ahorro y conservarlo durante la juventud es un poderoso elemento de educación moral. Tal vez el beneficio menor que redunde a un niño el hábito del ahorro será el crearse para la vejez una pensión de retiro; importa mucho más la moderación que crea, el espíritu de asociación que inicia, los actos de virtud a que conduce. Todos los niños de la escuela deben tener su libreta, como Francisco.

Mariano.—Que nos diga Francisco, si lo sabe, cuánto paga.

Francisco.—¿No he de saberlo? En nuestra so-

ciudad, los hombres y las mujeres pagan una peseta semanal; los niños mayores de diez años pagan 50 céntimos; los de menor edad, 25 céntimos solamente. Pero se puede imponer más, y casi todos lo hacen.

Maestro.—Habéis de saber que los miembros de las sociedades mutualistas ahorran generalmente mucho más que las gentes no asociadas; lo primero, porque ahorran con regularidad, y lo segundo, porque son estimulados los unos con el ejemplo de los otros. Sería vergonzoso gastar el dinero destinado al ahorro y no poder satisfacer las cuotas con regularidad.

Mariano.—Pero las imposiciones en el Instituto de Previsión han de ser, por lo menos, de dos pesetas, y para hacer las imposiciones suele perderse mucho tiempo.

Maestro.—No encontraréis semejantes dificultades. Vosotros podréis traer a la escuela semanalmente vuestros 30 céntimos; la Junta directiva de la sociedad hará los ingresos cuando convenga, sin que los demás socios se molesten.

Vamos a hablar ahora de la forma de los contratos.

Cándido.—¡Atención!, que esto debe ser lo más interesante.

Maestro.—El Instituto Nacional de Previsión admite diferentes formas de pensión de retiro para la vejez. Indicaremos las de capital cedido, de capital reservado y de dotes infantiles.

Capital cedido.—Se llama así porque si el socio fallece antes de llegar a la edad convenida (que suele ser los cincuenta y cinco, los sesenta o los sesenta y cinco años), el capital acumulado por las imposiciones se *cede* íntegro en favor de la mutualidad. Conviene este seguro a las personas que no

tienen obligaciones de familia y aspiran a aumentar en lo posible la pensión.

Si un niño de seis años impusiera semanalmente sobre 25 céntimos, y continuara esta imposición hasta los sesenta y cinco años, tendría, a partir de dicha edad, una peseta diaria de renta, ó 365 pesetas anuales.

Capital reservado.—Se llama así el seguro cuando el asegurado establece que a su fallecimiento, si ocurre antes de la edad de retiro, se entregará a su familia la totalidad de las imposiciones que hubiese hecho. Conviene este seguro a las personas que tienen deudas de familia a quienes se quiere favorecer en caso de fallecimiento. La pensión es algo menor que la de capital cedido.

Si un niño de seis años va imponiendo desde esta edad 30 céntimos semanales, al llegar a los sesenta y cinco años se habrá hecho la renta de una peseta diaria o una pensión de 365 pesetas anuales.

Dotes infantiles.—Se llaman así los seguros cuando se hacen para formarse un capital de que se pueda disponer en la edad de tomar estado.

Cuando un niño, a la edad de seis años, pide una libreta de previsión, eligiendo la forma de la dote infantil, si entrega cada mes a la mutualidad 9,32 pesetas, cuando llegue, por ejemplo, a los veinticinco años de edad, podrá retirar en efectivo la cantidad de 3.166,30 pesetas para montar un taller, establecer un comercio, etc., o si prefiriese dejarla para pensión de retiro, tendrá asegurada, sin necesidad de otro pago ulterior, una renta anual de 1.500 pesetas próximamente, a capital cedido, desde los sesenta años.

Hay, además de éstas, otras varias combinaciones que facilitan en el Instituto Nacional de Previsión. Una combinación muy corriente es la de adop-

tar una forma mixta de capital cedido y capital reservado, conciliando así la mayor cuantía de la pensión y las afecciones de familia.

Francisco.—He oído algunas veces que el Instituto Nacional de Previsión hace a sus imponentes ciertas bonificaciones. Pero no sé en qué consisten.

Maestro.—Bonificaciones son las mejoras o aumentos que experimentan las pensiones de retiro por virtud de subsidios o imposiciones que hacen el Estado, el Municipio u otras entidades. Hay varias clases de bonificaciones y algunas se refieren a los niños en particular.

Mariano.—Y estas bonificaciones de los niños ¿en qué consisten?

Maestro.—El Instituto Nacional de Previsión les concede una bonificación anual de tres pesetas, a no ser que las cantidades impuestas por el niño en todo el año no lleguen siquiera a dicha cifra. Desde que los niños cumplen dieciocho años, la bonificación del Estado aumenta hasta 12 pesetas anuales.

No olvidéis, además, que la Mutualidad tendrá socios protectores, y que seguramente conseguiremos subvenciones del Ayuntamiento y de otras entidades. Podéis, pues, estar seguros de que el fruto de vuestros ahorros crecerá notablemente una vez depositado en nuestra sociedad mutualista. Procuraremos también organizar un Coto escolar que, aparte de sus muchas ventajas educativas, tendrá la de proporcionarnos nuevos ingresos para la Mutualidad. Además, crearemos un fondo de solidaridad, que engrosará las aportaciones de los poco pudientes y servirá también para demostrar los sentimientos de caridad y compañerismo de todos.

Mariano.—Mañana mismo vamos a constituir la Mutualidad escolar. ¡A inscribirnos todos!

En interés de los padres está el hacer pronto a sus hijos mutualistas.

Cuestionario.—¿Cuál es la edad más conveniente para contratar una pensión de retiro, y por qué?—Pensiones a capital cedido y a capital reservado; sus ventajas.—¿Qué son y cómo se constituyen las dotes infantiles?—¿Qué son las bonificaciones?

7. Constitución de una mutualidad.—
(Conversación del maestro y sus alumnos).

Maestro.—Vamos a constituir nuestra mutualidad, empezando por sentar las bases para hacer un reglamento. ¿Qué nombre le daremos a la sociedad?

Francisco.—Yo la llamaría La Infantil, porque es cosa de niños.

Mariano.—Yo, La Fraternal, porque en adelante debemos ser todos los socios como hermanos.

Maestro.—Ambos nombres le cuadrarían bien; pero son muy generales. Hay que buscar algo que la caracterice, que la haga inconfundible con otras del mismo género. ¿Con qué nombre se distingue nuestra escuela?

Cándido.—Con el nombre de la calle, que es el del insigne pintor Claudio Coello.

Antonio.—Entonces no hay más que hablar. «Mutualidad Claudio Coello» será su nombre. ¡Viva la Mutualidad Claudio Coello!

Todos los niños.—¡Vival

Maestro.—Procedamos con orden, como las personas formales, porque se trata de una cosa seria. Hemos bautizado la mutualidad: ya tiene nombre. ¿Qué fines hemos de proponernos en ella?

Francisco.—Ayudarnos y socorrernos.

Antonio.—Asegurar una pensión para la vejez.

Maestro.—Voy yo a concretarlo. Que escriba Antonio lo que voy a decirle.

La Mutualidad escolar Claudio Coello tiene como fines:

1.º El ahorro e interés compuesto.
2.º El seguro mutuo para caso de enfermedad o fallecimiento del mutualista.

3.º La constitución de dotes infantiles.

4.º La formación de pensiones de retiro para la vejez.

5.º Cualquiera otra obra de previsión o de bien social, tal como formar una cantina, una colonia escolar, etc.

Cándido.—¿Y cuánto podremos dar en caso de enfermedad o fallecimiento?

Maestro.—La experiencia acredita que imponiendo semanalmente 0,20 pesetas (0,10 para el seguro mutuo y 0,10 para la pensión de retiro), pueden darse al enfermo 1,50 pesetas diarias durante el primer mes y 0,75 durante los dos siguientes, y constituirse además una pensión de retiro para la vejez.

Si la enfermedad fuese más larga de tres meses, o si el socio falleciese, la Junta directiva determinará la cantidad con que debe ayudarse a la familia.

Antonio.—No sé si habrá bastante para tanto, porque hay algunos niños, como el *Gibita*, que están en cama la mitad del tiempo.

Maestro.—Habrá bastante, porque, además de



que los niños suelen tener, generalmente, buena salud, consignaremos las siguientes restricciones:

1.^a El derecho a socorro no se adquiere sino después de tres meses de haber ingresado en la sociedad.

2.^a No serán admitidos los niños que padezcan alguna enfermedad crónica o incurable.

3.^a Tampoco se abonará socorro cuando la indisposición sea menor de cuatro días.

Cándido.—¿Y sólo pagaremos veinte céntimos?

Maestro.—Veinte céntimos nada más a la semana; de ellos destinaremos diez a socorros mutuos y otros diez a constituir, a favor de cada socio, un seguro dotal o pensión de retiro para la vejez en el Instituto Nacional de Previsión.

Mariano.—¿Qué día de la semana pagaremos?

Maestro.—El lunes por la mañana. Quien se descuide o no traiga los veinte céntimos antes del jueves, deberá abonar cinco céntimos de multa. En una libreta particular se anotará a cada niño la cantidad ingresada, para que le sirva de justificante.

El fondo social se formará por las cuotas de los socios, por los derechos de entrada que más tarde cobraremos, por los intereses de los fondos invertidos, por donativos y suscripciones de los socios protectores u honorarios.

Antonio.—¿Pero va a haber varias clases de socios?

Maestro.—Ciertamente. Habrá socios mutualistas que seréis los niños de la escuela, y habrá también socios protectores u honorarios, que serán los que contribuyan con cuotas mensuales a acrecer el caudal social, o que procuren con su trabajo e influencia la prosperidad de la asociación.

Los socios protectores y honorarios no partici-

pan de los beneficios económicos de la sociedad. Para tener estos socios, empezaremos por invitar particularmente a las personas pudientes, y no dudéis que aceptarán algunos este honor.

Antonio.—¿Quién va a cuidar de todas estas cosas, porque para usted solo va a ser mucho trabajo?

Maestro.—Nombraremos una Junta, que, según la ley, debe ser de personas mayores, y se compondrá de presidente, secretario, tesorero, contador y algunos vocales; pero cada cargo tendrá como adjunto un niño de vosotros, que será el que trabaje. Es decir, que, para la responsabilidad legal, la Junta estará constituida por personas mayores; para el trabajo y marcha de la sociedad estará formada por niños elegidos entre los socios mutualistas.

Tendremos unas elecciones formales.

Cándido.—¿Y cuándo va a ser la elección?

Maestro.—Dentro de pocos días. Voy a redactar un reglamento, para que lo discutáis y lo enviemos a la aprobación de las autoridades, y en seguida, reunidos en asamblea, procederemos a la votación para constituir la Junta.

Mariano.—¡Cuánto me gusta todo esto!

Pocos días después de estas agradables conversaciones quedaba oficialmente constituida la Mutualidad escolar Claudio Coello.

Cuestionario.—Nombre de la nueva mutualidad escolar. ¿Qué fines debe proponerse esta mutualidad?—¿Cuál debe ser la cuota semanal?—Restricciones para los socorros.—Distintas clases de socios.—Votación para elegir la Junta directiva.

8. Pensemos en los viejos.—Hoy—dijo el maestro al acabar la clase—tenemos quince minutos disponibles, y voy a hablaros de los viejos.

¡Quién sabe cuántos de vosotros llegaréis a serlo!
Consideremos una familia de obreros en la edad madura. El padre ha cumplido sus deberes cívicos; la hija mayor, se casa; el hijo que le quedaba va al servicio militar.

Durante su vida no le ha faltado el trabajo; pero no ha sabido hacer economías ni se ha preocupado nunca del porvenir. Ahora que sus hijos se van y se le llevan lo que pueden, es cuando observa que casi a la par la vida se encarece, las fuerzas se acortan, las ganancias disminuyen.

Los tiempos se ponen malos.

Frisa el marido en los cincuenta y cinco años y la mujer en los cincuenta. Durante algunos años todavía pueden trabajar; pero ¡cómo se sienten fatigados!

Para el marido, las herramientas pesan más que antes; para la mujer, las agujas son más difíciles de enhebrar. El precio del trabajo disminuye. Algunos días no hay jornal. Es que los patronos prefieren los obreros más fuertes y más hábiles.

El tiempo corre, y ya tienen nietezuelos. Pretenden seguir trabajando; pero es en vano; las fuerzas se agotan, la vejez se acerca.

Los pobres viejos no poseen nada. Han ganado mucho; pero todo lo han gastado con su familia. Nada tienen que reprocharse, porque han trabajado hasta que sus fuerzas se lo han permitido; pero se ven próximos a la miseria; el pan les va a faltar.

¿Qué hacer en este caso?

Me diréis que pueden ir a casa de sus hijos.

Y, efectivamente, como éstos conocen los sacrificios que sus padres se impusieron por ellos, les asistirán mientras puedan.

Pero veréis como se ven los viejos sometidos a una nueva prueba, la más triste de todas.

Hace algún tiempo que los abuelos están en casa de su hija. El yerno gana apenas para las necesidades de la familia, que los muchos hijos hacen cada día más difíciles.

Los tiempos son duros. El trabajo escasea. Y cuando las dificultades de la existencia son muy grandes, la lucha repetida cansa y enerva. El hombre de mejores sentimientos, cuando se ve enfrente de la penuria, se hace impaciente, injusto, colérico. Hay en su casa un malestar físico en estado latente; hay malestar moral bien manifiesto.

Toda la familia parece tocada de mal humor; se irritan por el más leve motivo.

Las discusiones, que deberían apaciguarse con una palabra de cariño, con una mirada de dulzura, se enredan y avivan frecuentemente, llegando hasta la violencia y el ultraje en presencia de los niños. Se olvida que debe darse buen ejemplo a los pequeños si éstos han de respetar después y querer a los mayores.

La hora de la comida, en lugar de ocasión de contento, de calma, de conversación íntima, lo es de intranquilidad y de cólera. En seguida de comer, el padre ya no juega con sus pequeñuelos, sino que se va a la taberna o al café. La mujer y los abuelos se quedan en la mesa, y todos hablan mal del ausente. Pronto se convencen los viejos que de aquella manera es imposible vivir.

Y se trasladan a casa de su hijo.

Al principio todo va bien, porque los viejos han cobrado un pequeño préstamo que habían hecho a un convecino en tiempos mejores.

Luego empieza la estrechez, y con ella los disgustos. Huye la alegría de la casa, pierde la conversación su amenidad y sólo se habla a medias palabras.

El marido y la mujer dicen que ellos trabajan lo que pueden, pero no alcanzan a cubrir todas las necesidades de la familia.

No pueden volverse contra los niños, a quienes ellos han dado el ser, y su pensamiento va a caer, insensiblemente, fatalmente, sobre los viejos. ¡Si no tuviésemos esta carga! ¡Antes todo marcha bien!

También los viejos, que notan cierta frialdad de cariño, y hasta algo de desamor, se convencen pronto de que son una carga pesada para sus hijos. ¡Cuántas lágrimas derraman en silencio!

En fin, el viejo sucumbe, y la abuela vive penosamente, y aun se habla de llevarla a un asilo.

.....

Me diréis que no todas las familias son así.

En efecto; hay hombres previsores que saben aprovechar la juventud para proporcionarse una vejez independiente y tranquila.

Cuando llegan a viejos, como tienen con qué vivir, no son carga para nadie y todos los aman.

No necesitan grande capital, porque ni la comida ni el vestido exigen considerables gastos. Considerad cómo hubieran vivido los viejos de que hemos hablado si se hubiesen proporcionado de jóvenes una renta cada uno de tres pesetas diarias. Lejos de ser una carga para sus hijos, hubieran sido una ayuda, y se habrían disputado el tenerlos en su casa.

La felicidad hubiera reinado en la familia.

¿Y sabéis cuánto os puede costar esta renta, si desde hoy os proponéis ahorrar para ella?

Menos de 30 céntimos diarios.

La mutualidad escolar aspira a crear una renta o pensión de retiro para la vejez.

Cuestionario.—Ejemplo de una familia obrera al llegar a la vejez.—¿Qué es de los hijos?—¿Qué es de los padres?—Los abuelos van a casa de su hija.—Los abuelos van a casa de su hijo.—Resultado final.—¿Cómo pueden evitarse estos peligros?

9. Sé mutualista.—Pequeño escolar: Tú, que asistes ahora a la escuela para alcanzar el grado de instrucción que te disponga a las luchas de la vida en que has de verte muy pronto. Tú, que no sabes todavía la suerte que el destino te depara, y hasta ignoras la carrera, profesión u oficio en que más tarde has de desenvolver tus talentos y energías. Pequeño escolar, hazte mutualista.

Puedes enfermar y ser gravoso a tus padres, si la enfermedad se prolonga mucho. Pasarán los años y te encontrarás en el caso de establecerte o de tomar estado. Llegarás a viejo, te faltarán las fuerzas, y no podrás ganar con tu trabajo lo que necesites para el sostenimiento de tu familia.

La mutualidad puede ser tu salvación. Te dará un socorro en caso de enfermedad para ayudar en los gastos a tus padres; te facilitará el constituir una dote infantil para que a los veinticinco años de edad tengas un capitalito con que establecer te; te irá formando una renta para que a la vejez puedas lograr un bienestar libre de inquietudes y cuidados.

Pequeño escolar, tú debes hacerte mutualista.

Joven obrero: Tú, que te propones ganarte la vida con el trabajo de tus manos, ya manejando la



azada o la pluma, ya el pico o el martillo. Lo mismo que pases la vida laboriosa en medio de los campos sufriendo los rigores de la intemperie; que encerrado en la oficina respirando un aire enrarecido y viciado; que en el fondo de las minas, adonde nunca llegan los rayos del sol espléndido; que en el taller o en la fábrica, entre los ruidos más o menos ásperos de las máquinas; joven obrero, tú debes ser mutualista.

Lleno hoy de fuerzas y de vida, debes pensar que la salud más robusta se ve aniquilada por la enfermedad traidora; tal vez mañana, el instrumento de trabajo que manejas se caerá de tus manos débiles y sin fuerzas. Si no eres mutualista, tendrás que recurrir a tus padres, para quienes serás una carga pesada. Querrás animarte para vencer el mal, pero el mal puede ser más fuerte que tú; y cuando, tendido en el lecho del dolor, pienses acaso que no tienes otra alternativa que morir falto de cuidados o ser conducido a un hospital, lamentarás amargamente no haberte hecho mutualista, siguiendo el ejemplo de otros muchos camaradas de la escuela.

Si, por el contrario, siguiendo los consejos de tu maestro, te has inscrito en una de esas asociaciones filantrópicas que aseguran a sus miembros de la enfermedad, ¡cuán diferente será tu situación!

No tendrás que inquietarte luchando contra el mal, ni la honda pena vendrá a comprometer irremediablemente tu salud. A los primeros síntomas de enfermedad que notes, te acostarás y llamarás al médico; te serán suministrados los medicamentos que necesites; tus compañeros te visitarán para entretenerte y demostrarte que la palabra solidaridad no es un nombre vano, y, cuando estés en la convalecencia, no tendrás que precipitarte en volver al trabajo, porque la mutualidad de que formas

parte, con el nombre de indemnización o socorro, te seguirá abonando un equivalente a tu jornal o salario.

Seas niño o adulto, tú debes pensar también en la vejez, en la edad en que las fuerzas de tu cuerpo debilitado no te permitirán desempeñar bien tu oficio y atender a tus obligaciones de familia. Debes hacerte cuanto antes mutualista, porque cuanto antes lo seas, con menos trabajo y menos ahorros podrás conseguir la pensión que te propones.

Los pobres deben hacerse mutualistas por espíritu de previsión; los ricos, para ayudar a sus semejantes y tener la satisfacción del bien obrar.

Cuestionario.—¿Por qué se debe mutualizar el pequeño escolar? ¿Por qué el joven obrero?—Ventajas de la mutualidad lo mismo para el niño que para el adulto.

10. Ejercicios de composición.—**La cigarra y las abejas.**—*Asunto:* Es el invierno. Una cigarra llega a la puerta de una colmena y pide a las abejas un poco de miel para no morirse de hambre.

—¿Qué hiciste—la dicen—en el verano?

—Lo pasé viviendo alegremente.

—Pues nosotras hicimos entonces provisiones para los tiempos duros; pero sólo para nosotras. Dios te ayude.

Desarrollo: Cuando empezó el invierno, medio muerta de hambre y de frío, llegó la cigarra a una colmena y pidió humildemente a las abejas unas gotas de miel de sus panales.

Las abejas le dijeron:

—¿Qué has hecho en el buen tiempo? ¿Es que ya has consumido todas tus provisiones?

—En el verano—contestó la cigarra—pasé el

tiempo alegremente cantando entre los árboles, sin preocuparme del invierno.

—Hermana cigarra—le dijeron las abejas—, nosotras, en el verano, trabajamos afanosas para acopiar provisiones con que poder vivir en los tiempos duros, pero sólo tenemos para nosotras. ¡Dios te ayude!

Y la cigarra se murió de hambre.

11. Ejercicio de recitación.—A los niños mutualistas

(La asociación y el ahorro son las dos columnas de la mutualidad.)

Compañeros, ved la hormiga
 cómo arrastra su granito,
 cómo ayudan sus hermanas
 si se ofrece algún peligro.
 Una arrastra y otra empuja,
 y, aunque largo es el camino,
 al granero llega el grano
 y se encierra allí en el silo.
 Vendrán tiempos, tiempos duros,
 del invierno horrible y frío;
 las hormigas, previsoras,
 tendrán casa y tendrán trigo.

Constantes mutualistas
 sed todos desde niños;
 la unión os hará fuertes,
 el ahorro os hará dignos.

Compañeros, ved la abeja
 que, al llegar abril florido,
 lejos va de su colmena,
 va volando en raudos giros.
 El enjambre, de las flores,
 liba el néctar exquisito,
 y construye sus panales
 que de miel ve luego henchidos.

EZEQUIEL SOLANA

Vendrán tiempos, tiempos duros,
del invierno horrible y frío;
las abejas, previsoras,
tendrán miel, tendrán abrigo.

Constantes mutualistas, etc.

Compañeros, la cigarra,
ved también cómo en estío
todo el día entre los árboles
suena un canto monorrítmico.
No trabaja en parte alguna,
no se asocia a otro individuo,
no hace acopio de alimentos,
canta siempre... sin sentido.
Vendrán tiempos, tiempos duros,
que, holgazana, no ha previsto,
y morirá la cigarra
víctima de sus descuidos.

Constantes mutualistas, etc.

Compañeros, ved los jóvenes
que al vivir malavenidos,
van huyendo del trabajo
para hundirse en torpes vicios.
La bebida les perturba,
les pervierten los garitos,
despilfarran, y se ponen
a dos pasos del presidio.
Vendrán tiempos, tiempos duros;
mas como ahorrar no han sabido,
se entraparán, y las deudas
les serán duro suplicio.

Constantes mutualistas, etc.

Compañeros, ahora es tiempo;
como hermanos, aquí unidos,
un haz fuerte hagamos todos
y ayudémonos solícitos.
De la paz y del trabajo
nacerán frutos opimos;
de la previsión y el ahorro,
mil seguros beneficios.

Vendrán tiempos, tiempos duros;
mas los que guardar supimos,
en vejez y enfermedades
tendremos siempre un alivio.

Constantes mutualistas
sed todos desde niños;
la unión os hará fuertes,
el ahorro os hará dignos.

Ezequiel Solana.

12. Ejercicios de dictado. — Consejos.

Sé puntual y exacto en acudir a las citas y en cumplir tus compromisos sociales. El hacerse aguardar es ofender a los que esperan.

No dejes sin contestar ninguna carta que recibas. El no hacerlo es una falta de educación social. Si te descuidas en contestar, empieza pidiendo perdón por el retraso.

En las cartas debes poner siempre la fecha, la firma clara y las señas de tu domicilio. Algunos tienen la buena costumbre de escribir su nombre y señas en el reverso del sobre, para que les sea devuelta la carta si no se encuentra al destinatario.

Destierra en el trato social el mal humor y el enfado; no seas huraño; procura ser jovial; cultiva la alegría; trata a todos con cariño y con la sonrisa en los labios, y te harás simpático a todo el mundo.

VOCABULARIO

Campoamor (Ramón): Poeta y político español, nacido en Nájera (1824-1901), más célebre como poeta que como político.

VII.—Protección del Estado al trabajador

El Estado español fomenta el ahorro.

Todo lo que hasta el presente se ha dicho en las páginas anteriores nos prueba que se derivan innumerables bienes del temor de Dios y la práctica de la virtud, mediante un trabajo asiduo y un ahorro prudente. En ningún caso podemos considerarnos libres de procurar por nuestro esfuerzo el incremento legítimo de nuestro bienestar y el de nuestra familia, practicando las virtudes cristianas, ahorrando sin avaricia y sin faltar a la caridad. Es tan evidente este principio, que el Estado moderno, conociendo las dificultades que crea al trabajador una vida difícil, estimula la práctica del ahorro y fomenta el hogar cristiano mediante leyes que constituyan como obligación el reservar una pequeña parte de los ingresos para ayuda de la familia numerosa y para caso de enfermedad, contribuyendo por su parte y manejando la aportación de todos, de manera que el ahorro de la comunidad vaya actuando en beneficio de los que más lo necesiten. A este propósito obedecen la

Ley del Subsidio Familiar, la Ley del Seguro de Enfermedad, la de Protección a familias numerosas y el Plus de cargas familiares.

El Subsidio Familiar.—Durante el último recreo de la tarde se ha formado un corro de muchachos en torno del maestro. Manolo, que es muy avisado y hace siempre preguntas interesantes, salta de buenas a primeras:

—Señor maestro, ¿qué es el subsidio?

—El subsidio es una cantidad que se percibe, o



que se paga; pero puede ser de muchas clases. ¿A qué subsidio te refieres?

—No sé. Joaquín decía ayer que en su casa estaban muy contentos con el subsidio. Dice que les dan dinero porque son nueve hermanos.

—¡Ah! Te refieres al subsidio familiar, que es una cantidad que se paga a los trabajadores según el número de hijos que tengan menores de catorce años. Cuantos más hijos tengan les pagan más.

—Pues me alegro por Joaquín, porque en su

casa son muy pobres; pero, ¿quién da ese dinero?

—Pues entre todos. Lo da el padre de Joaquín y lo da el tuyo, y lo da el dueño de la fábrica donde trabajan, y lo da el Estado.

—No lo entiendo.

—Es muy sencillo; verás. A cada trabajador, tenga o no hijos, tenga muchos o pocos, se le descuentan una pequeñísima cantidad para reunir dinero con que pagar los subsidios. Las Empresas, esto es, los dueños de los lugares donde se trabaja, pagan también una cantidad por cada trabajador que tienen. Por último, el Estado pone otra cantidad. Con todo eso se forma una cantidad muy grande, que se reúne en la Caja de Subsidios Familiares, y esa cantidad se reparte luego dando a cada uno, según los hijos que tenga, un subsidio mayor o menor. Es un ahorro de todos, que luego se entrega en más proporción a los que más lo necesitan.

—Está bien pensado eso. ¿Y cuánto es el subsidio?

—Pues mira; se tiene derecho a subsidio desde los dos hijos. El trabajador que tiene dos hijos cobra 40 pesetas al mes, además de su sueldo; el que tiene tres, cobra 65; el que tiene cuatro, cobra 90, y así, aumentando un poquito la proporción, conforme aumenta el número de hijos, el que tiene seis, cobra 32 duros; el que tiene ocho, cobra 80, y el que tiene doce, cobra 216; es decir, 1.080 pesetas al mes. Y como los fondos de la Caja de Subsidios no son para negocio de nadie, sino para beneficio de los trabajadores, puede ocurrir, como ya ha ocurrido, que el subsidio sea aumentado.

—¿Cobraré también mi padre? En casa somos cuatro.

—Pues cobrará 90 pesetas, ya te lo he dicho.

—¡Anda! Pues lo que nos cuesta el piso. No es mala ayuda.

—De eso se trata, de ayudar para que viváis mejor, y... ¿sabes para qué otra cosa?

—¿Para qué?

—Para que os sea más fácil con esa ayuda guardar algún ahorrito. Porque lo que no puede hacerse, confiándose en la ayuda del Estado, es dejar de ahorrar, por poco que sea, con el esfuerzo propio.

Ayuda salvadora.—Roque y Luisa son un matrimonio ejemplar. Dios ha bendecido su unión con seis hijos. De momento, los apuros son graves. Todos los neños son pequeños; ninguno se halla aún en edad de ayudar a sus padres, y el matrimonio atraviesa por muchas dificultades, a pesar de que Roque es hombre laborioso, muy estimado en la fábrica donde trabaja, y que en los ratos libres que tiene hace trabajos en casa o *chupuzas* en casa de los vecinos para añadirle algo al jornal. Luisa desearía trabajar, pero harto hace con atender a los chicos, guisar, lavar, llevar a toda la familia muy recosida y muy planchada, de modo que se advierte, dentro de la pobreza, una extraordinaria pulcritud.

Roque y Luisa tienen una inquietud constante. No sólo no pueden ahorrar, sino que están consumiendo algunos ahorritos de tiempos anteriores, cuando tenían menos hijos y no eran tan críticas las circunstancias económicas.

—Roque; no sé qué hacer; no tengo dinero para terminar la semana.

—¿Ha habido algo extraordinario?

—Ya lo sabes; he pagado las 150 pesetas del

piso. Aunque todas las semanas separo una parte, siempre la semana en que vence el mes de alquiler es más dura de pasar.

—¡Válgame Dios! Bueno. Mañana me pagarán aquel trabajillo extraordinario y te entregaré el dinero para el gasto de casa.

—¡Qué pena que trabajes así y apenas dispongamos de lo justo! Lo de los trabajos extraordinarios debiéramos ahorrarlo, como siempre hemos hecho.

—No teníamos entonces tantos hijos. ¡Qué se le va a hacer! Dios proveerá; no te apures.

Luisa suspiró y volvió a sus quehaceres. Pasó algún tiempo, siempre con el mismo esfuerzo y con la misma estrechez. Pero un día entró Roque en su casa con aspecto risueño y dijo a su mujer:

—¿Te acuerdas de aquello que te hablé de que



iban a pagarnos *puntos*, es decir, un Plus por cargas familiares?

—Sí. ¿Hay algo?

—Sí, Luisa, hay algo. Hay que nos corresponden por *puntos* unos 50 duros cada mes. ¿No comprendes? Ya tenemos el alquiler de la casa, que tanto te costaba reunir, y todavía nos sobrará algo para reponer el calzado de los chicos.

—¿Quieres decir que vamos a tener desde ahora 50 duros más todos los meses?

—De veras. Eso estoy diciendo.

—¡Bendito sea Dios! Ya podremos otra vez ahorrar todo lo de tus trabajos extraordinarios y hasta un poquito de lo ordinario. Pero, ¿me quieres explicar qué es eso del Plus por cargas familiares?

—Justamente estoy bien enterado, porque me han nombrado de la comisión que administra este dinero en la Empresa. Verás en qué consiste: El Estado comprende que es justo ayudar de una manera especial al trabajador que no sólo se sostiene a sí mismo, sino que tiene a su cargo una familia.

Por eso creó el Subsidio Familiar y la Protección a las familias numerosas; pero ahora ha querido aumentar esa ayuda y, además, extenderla no sólo a los que tienen hijos que sostener, sino también a los que tienen otros familiares a su cargo; por ejemplo, los padres ancianos o hermanos incapacitados para el trabajo, o simplemente la mujer, cuando son casados sin hijos.

Por ello, ha dado una ley que se llama del Plus por cargas familiares; según ella, cada Empresa tiene que crear un fondo para repartir entre sus obreros y empleados, pero no a todos por igual, sino de acuerdo con el número de familiares que cada uno tiene a su cargo; el que no tiene que sos-

tener a nadie, tampoco cobra nada de ese fondo. Lo que la Empresa tiene que dar para este objeto es nada menos que el 10, el 15 ó el 20 por 100 de todo lo que pague por sueldos y jornales, así que no es poco lo que ha de repartirse.

—¿De modo que cobran más los que tienen más familia que mantener? ¡Qué justo me parece esol, y no creas que sólo porque a nosotros nos conviene. Pero, oye, ¿qué es eso de los puntos?

—Pues mira, para hacer ese reparto, según los familiares que cada uno tenga que sostener, se atribuye a cada trabajador un determinado número de *puntos*, según son sus condiciones; por ejemplo, al que es casado, aunque no tenga hijos, tiene que sostener una casa y se le dan 5 puntos; por cada hijo que tenga se le da un punto más, dos por el cuarto y tres a partir del quinto, y lo mismo por los familiares que tenga a su cargo y que no trabajen. Este número de puntos que corresponde a cada uno es muy importante, porque la cantidad total que aporta la empresa se divide por la suma de puntos que tienen en total todos los trabajadores, y la cifra que resulta, es la que se paga por cada punto, de modo que multiplicada por el número de puntos que corresponde a cada trabajador es lo que éste percibe. De esta manera, la cantidad que se cobra es mayor cuantos más puntos se tengan; puede variar un poco cada mes si varían los puntos de alguno de la empresa que, por ejemplo, tenga un nuevo hijo o, por el contrario, pierda puntos porque al ser mayor un hijo se coloque y gane por su cuenta. En la empresa donde yo trabajo creo que se vendrán a pagar unas 17 pesetas por punto, y como nosotros tenemos, gracias a Dios, seis hijos, nos corresponden 16 puntos; así que multiplicando 17 por 16 resul-

tan 272 pesetas cada mes; ya ves, más de los 50 duros que te dije.

—Y que van a ser una ayuda salvadora para nuestros apuros, Roque. Pero me ha parecido un poco complicado todo lo que me explicaste. ¿Cómo estás tú tan bien enterado?

—Ya te he dicho que pertenezco a la comisión que ha de administrar estos fondos. La empresa da el dinero, pero luego quien lo administra son los propios trabajadores, y cuando éstos son muy numerosos, se nombra una comisión que goce de la confianza de todos y ella se encarga de la distribución, de acuerdo con los puntos que corresponden a cada uno. Los que somos de esa comisión si que tenemos que estudiar la ley a fondo, no sólo para hacer la distribución con justicia, sino también para informar y aclarar las dudas de nuestros compañeros. En fin, lo importante es que ahora no tendrás ya los apuros para pagar el cuarto, y aun todavía podremos ahorrar, como hacíamos antes, y como ha sido siempre nuestro deseo.

Y en efecto, la familia, sin entregarse a gastos inútiles ni considerar más que en su valor justo el apoyo del Estado, siguió, gracias a la protección a las familias numerosas, su sistema de ahorro, y pudo mantenerse en un grato y limpio bienestar.

El Seguro de Enfermedad.—El maestro dirigió la vista al grupo que estaba ya, al parecer completo, esperando la hora de empezar la clase, y exclamó:

—No veo a Nazario. ¿Sabéis si le ocurre algo?

—A él no, señor maestro—contestó el siempre avisado Manolo—; pero su padre está muy enfermo y necesita a Nazario en su casa.

—¡Vaya por Dios! No sabía nada. ¿Y está muy grave su padre?

—Pues dicen que como para morir no está, pero que tendrá que pasarse en la cama un mes o dos.

—¡Sí que están arreglados!—dijo otro de los chicos—. ¡Con lo pobres que son, y ahora sin ganar el jornal el padre y teniendo que comprar medicinas!

—Bueno—dijo el maestro—, pero ¿no le corresponde el seguro de enfermedad?

—¿Y qué es eso?

—Pues eso es una nueva ley que ha dado el Gobierno de Franco y que está implantándose rápidamente para beneficio de los trabajadores, a los que durante sus enfermedades se pasará la mitad del jornal, la asistencia médica y farmacéutica y estancia en hospitales.

—¿Y en las enfermedades largas también?

—Está previsto en la ley el caso hasta de veintiséis semanas de duración de una enfermedad. ¿Te parece bastante? Supone medio año.

—Es estupendo. Pero... ¿quién paga todo eso,



señor maestro? Porque los señores médicos tienen que vivir y las medicinas cuestan mucho dinero.

—Bien preguntado. Con una buena organización de seguro, la cosa no es tan difícil como parece. El sistema es por el estilo del que os expliqué para el subsidio familiar. El trabajador pone su parte, como es justo, realizando un pequeño ahorro, que no le bastaría si lo guardara él, pero que entra a formar parte de un fondo al que contribuyen los empresarios, o dueños del negocio donde uno trabaja, y el Estado, que también pone una parte. Así se forma un capital con el que se paga a los médicos, se costean las medicinas y se pasa la mitad del salario.

—Pues digo que está muy bien, porque las enfermedades en casa de los pobres... Dios nos libre.

—Dios nos libre a todos; pero ya que sufrimos inevitablemente ese castigo del cielo, bueno es aliviar la situación de los humildes, que lo necesitan más.

—Claro que casi tanto es que se ponga malo el que trabaja, como su mujer o sus hijos.

—Es que a ellos también les alcanzan los beneficios de asistencia medicofarmacéutica del seguro de enfermedad.

La cajita de marfil.—En ninguna parte se recibió con más alegría la promulgación de la Ley del Seguro de Enfermedad que en la casa de nuestro amigo Roque.

Luisa miró encima de la cómoda, donde se ostentaba una preciosa cajita de marfil, trabajo del siglo XVIII, que era un recuerdo muy antiguo de familia.

—¿Te acuerdas, Roque?—exclamó.

—Calla, mujer; no me recuerdes aquéllo. El día

que sacaste de casa la cajita para llevarla a la casa de empeños creí que de verdad me moría.

—¡Y qué remedio nos quedaba! Tú llevabas un mes con fiebres infecciosas, y aquella terrible epidemia de sarampión postró en la cama a los cuatro nenes que entonces teníamos. ¡Qué días y qué noches, Señor! Se acabaron en un vuelo los cuatro cuartos de la cartilla y hubo que empezar a empeñar cosas de algún valor. Lo que más valía y lo que servía menos era la cajita.

—Sí; pero era para ti un recuerdo querido, y al ver que yo no podía valerme para sosteneros y tenías que desprenderte de tus alhajitas, creo que me puse peor. ¡Oh, Dios mío! No quisiera que volviesen aquellos momentos.

—No volverán, Roque. ¿No dices que la nueva ley previene esos casos?

—Sí, mira; aquí la trae el periódico íntegro. Vamos a recortarla y la guardaremos en la cajita de marfil, que ya no saldrá de casa nuevamente.

Ejercicio de recitación.—La vejez tranquila

Mienten los que dicen que la vida
es la copa dorada y engañosa,
que si con dulce néctar se rebose
ponzoña de dolor lleva escondida.

Que es la juventud senda florida
y es la vejez pendiente que, escabrosa,
va recorriendo el alma congojosa
sin fe, sin esperanza y desvalida.

Mienten si el corazón sus homenajes
a la virtud rindió con sus querellas;
no contesta del tiempo los ultrajes,
que tiene la vejez horas tan bellas
como tiene la tarde sus celajes,
como tiene la noche sus estrellas.

Vicente Riva Palacio.



Ejercicios de dictado.—Consejos.

Descansa del trabajo o del estudio, dedicándote algún tiempo a deportes al aire libre; no hay medicamento que más tonifique y vigorice.*

Aficiónate al campo. La naturaleza prodiga sus favores a quien la admira; da alegría y salud, hace pensar y sentir. Ama en todo la belleza y la perfección.

No te descorazonas por ninguna contrariedad. Desecha el pesimismo. La nube más negra brilla por el dorso a la luz del sol. Busca el porvenir marchando siempre adelante.

Acuérdate que hay tres cosas que no se obtienen con dinero: el tiempo pasado, la salud perdida y la felicidad. Pero esta última está al alcance de todas las fortunas: basta creerse feliz para serlo.

Tres recetas.—1.* Para tener salud.—

Haz ejercicio proporcionado a tus fuerzas, pero diario y al aire libre: nunca comas hasta la saciedad

ni bebas hasta la embriaguez; sé limpio hasta la pulcritud, pero no uses cosméticos ni otras supercherías de tocador; no contraigas, en fin, hábitos viciosos, porque el hábito es un tirano.

2.^a *Para ser rico.*—Trabaja siempre mientras puedas y en lo que entiendas; gasta siempre un poco menos de lo que ganes; paga siempre al contado; nunca prestes cantidad mayor de la que, en su caso, puedas buenamente condonar o dar; nunca respondas de la solvencia de otro sin tener disponible la cantidad por la cual salgas fiador, ni comprometas en especulaciones lo que necesitas para vivir.

3.^a *Para ser feliz.*—Procura disfrutar de buena salud y poseer lo necesario para vivir honestamente; conténtate con poco; cumple con todo rigor las obligaciones de tu estado; sé compasivo y benéfico, y, ante todo y sobre todo, ama a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo.

FIN

INDICE

Págs.

A quien leyere	7
Para vosotros, jóvenes	9

I.—LA VIDA

El saber vivir	11
Ejemplos	12
La salud	14
La educación	16
El deber moral	18
El cumplimiento del deber	20
La felicidad	21
¿Dónde está la felicidad?	23
La patria	25
Un ejemplo de lealtad	27
La honradez	28
Vida honrada (<i>verso</i>)	30
El caballo robado	31
Valor y uso del dinero	32
La gallina de los huevos de oro (<i>verso</i>)	34
Haz bien sin mirar a quien	34
La reina Guillermina de Holanda	36
Solidaridad humana	37
La legítima defensa	39
La religión	40
El nido (<i>verso</i>)	43
El salmo de la vida (<i>verso</i>)	43
Ejercicios de dictado.—Consejos	44
Vocabulario	45

II.—EL TRABAJO

Págs.

El trabajo como fuente de bienes	46
Ejemplos	48
Para el trabajo no hay obstáculo	49
El mal escultor (<i>verso</i>)	52
La elección de carrera	52
Cómo se debe trabajar	54
El astrónomo Herschell	56
Perseverancia en el trabajo	57
La verdadera independencia	58
El hombre trabajador y el hombre vago	59
El camino de la dicha	62
Un consejo que vale un tesoro	63
Un rasgo de Montesquieu	64
El amor al trabajo	67
La necesidad de trabajar	69
El trabajo (<i>verso</i>)	70
Ejercicios de dictado.—Consejos	71
Vocabulario	72

III.—LA ECONOMÍA

La economía es el complemento del trabajo	73
Ejemplos	74
La educación y la economía	75
El orden, principio de la economía	77
La mujer, providencia del hogar	78
Cuándo se debe economizar	79
El alfiler y la suerte de un hombre	81
El gusano de seda y la araña (<i>verso</i>)	83
La palabra economía	83
El tesoro del avaro	85
El zarzal y la cordera (<i>verso</i>)	86
La economía del tiempo	86

V I D A Y F O R T U N A

	<i>Págs.</i>
El cultivo del café en América	88
Un método de economizar	89
Los pobres pueden hacerse ricos	90
No basta ganar, sino economizar	92
Los criados invisibles (<i>verso</i>)	94
La economía nos hace independientes	95
La economía lleva a la moralidad	96
Los juegos de azar	97
La embriaguez	100
El hijo pródigo (<i>verso</i>)	101
Ejercicios de dictado.—Consejos	103
Vocabulario	104

IV.—EL AHORRO

El ahorro	105
Ejemplos	106
¿Cómo se ahorra?	107
El mejor sistema de ahorro	109
El ahorro del tiempo	110
Tiempo perdido (<i>verso</i>)	111
De cajista a impresor	112
La hucha	113
La hucha de barro	115
Ventajas materiales del ahorro	118
Dinero produce dinero	121
La Caja de Ahorros	122
La rebanadita de pan (<i>verso</i>)	127
Un ejemplo práctico	129
Origen de una fortuna	130
Ejercicios de cálculo sobre el ahorro	132
El avaro (<i>verso</i>)	134
Ejercicios de dictado.—Consejos	135
Vocabulario	136

V.—LA PREVISION

Págs.

Qué es la previsión	137
Ejemplos	140
Pensemos en lo porvenir	141
El tesoro escondido	142
Cómo se alcanza el bienestar	144
La viuda de Soriano	146
Cómo pueden ahorrar los obreros	149
También las obreras pueden ahorrar	153
El ahorro y la vida de familia	155
De obrero a millonario	159
De lo que aconteció a la golondrina cuando vido sembrar el lino (<i>Apólogo del siglo XIV</i>)	163
Ventajas del ahorro y de la previsión	164
Trabajo y economía	167
Inestabilidad de las cosas humanas (<i>verso</i>)	168
Ejercicios de dictado.—Consejos	171
Vocabulario	171

VI.—MUTUALIDAD ESCOLAR

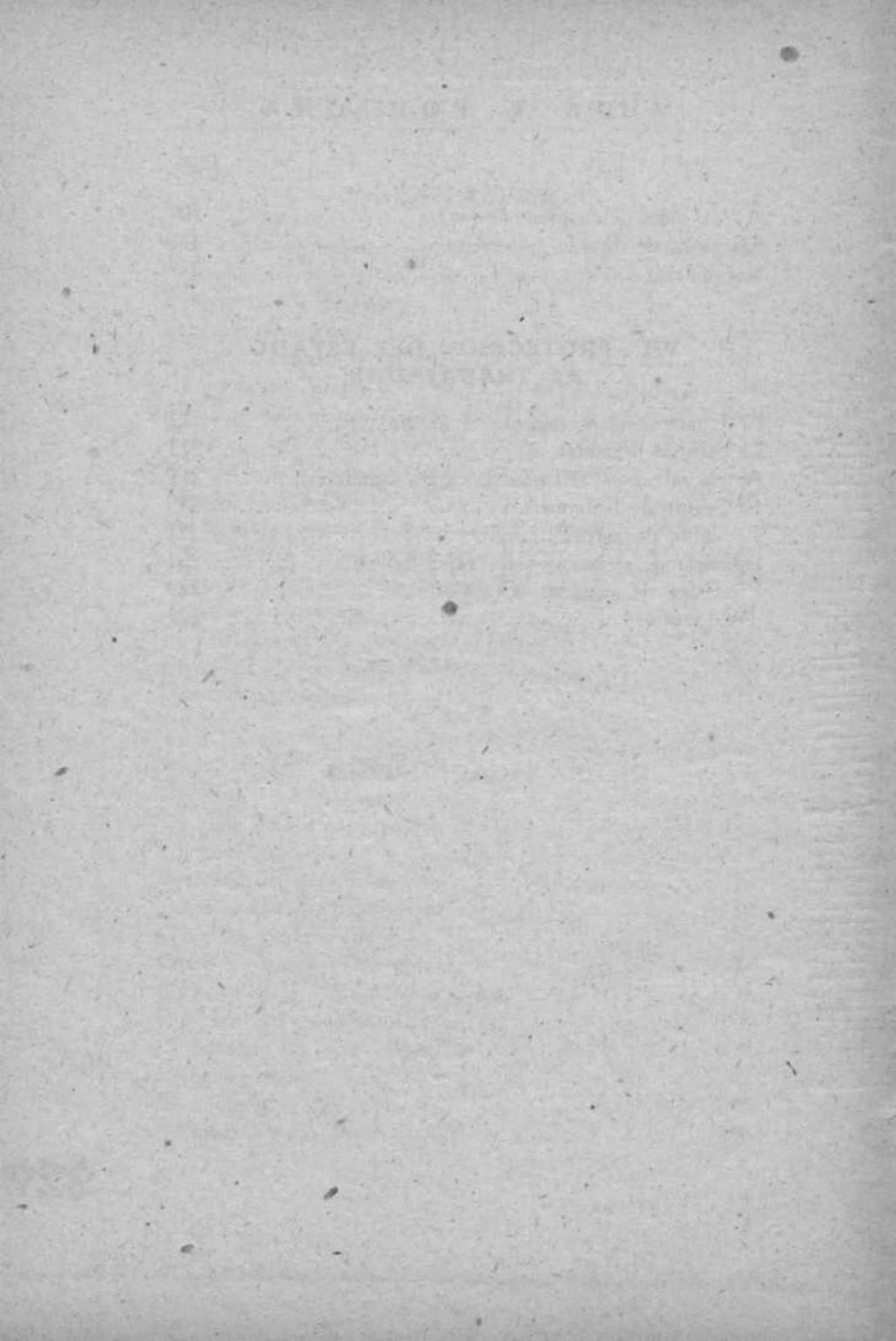
La Mutualidad	172
Ejemplos	173
Sociedad de socorros mutuos	174
¿Qué es una Mutualidad escolar?	179
Gil y los pájaros (<i>verso</i>)	183
Cómo se debe emplear el ahorro	183
Creación de una Mutualidad escolar	191
Las pensiones de la vejez	194
Constitución de una Mutualidad	199
Pensemos en los viejos	202
Sé mutualista	206
La cigarra y las abejas	208

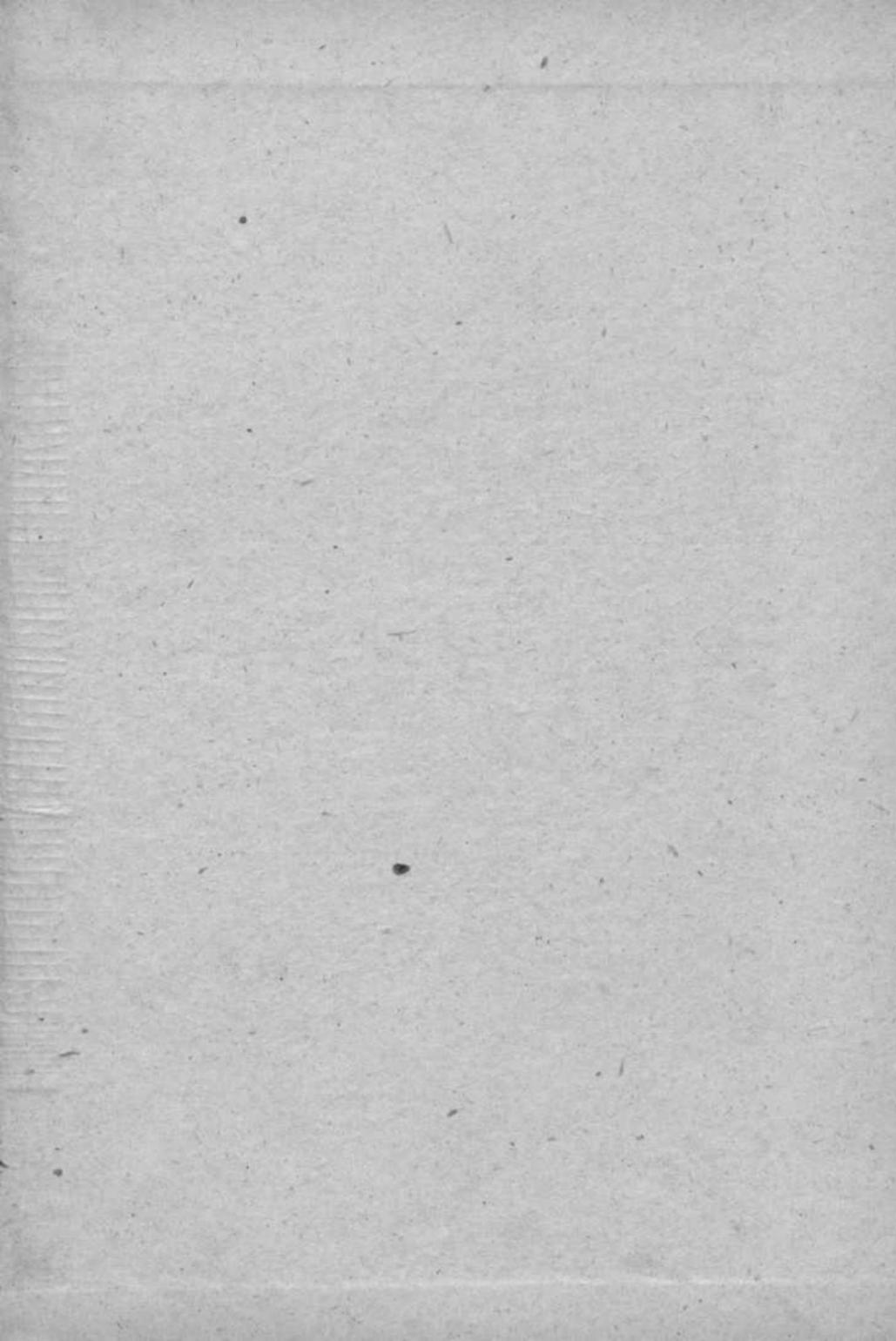
VIDA Y FORTUNA

	<i>Págs.</i>
A los niños mutualistas (<i>verso</i>)	209
Ejercicios de dictado.—Consejos	211
Vocabulario	211

VII.—PROTECCION DEL ESTADO AL TRABAJADOR

El Estado español fomenta el ahorro	212
El Subsidio Familiar	213
Ayuda salvadora. (El plus de cargas familiares)	215
El Seguro de Enfermedad	219
La cajita de marfil	221
Ejercicio de recitación.—La vejez tranquila	222
Ejercicios de dictado.—Consejos	223
Tres recetas	223







100